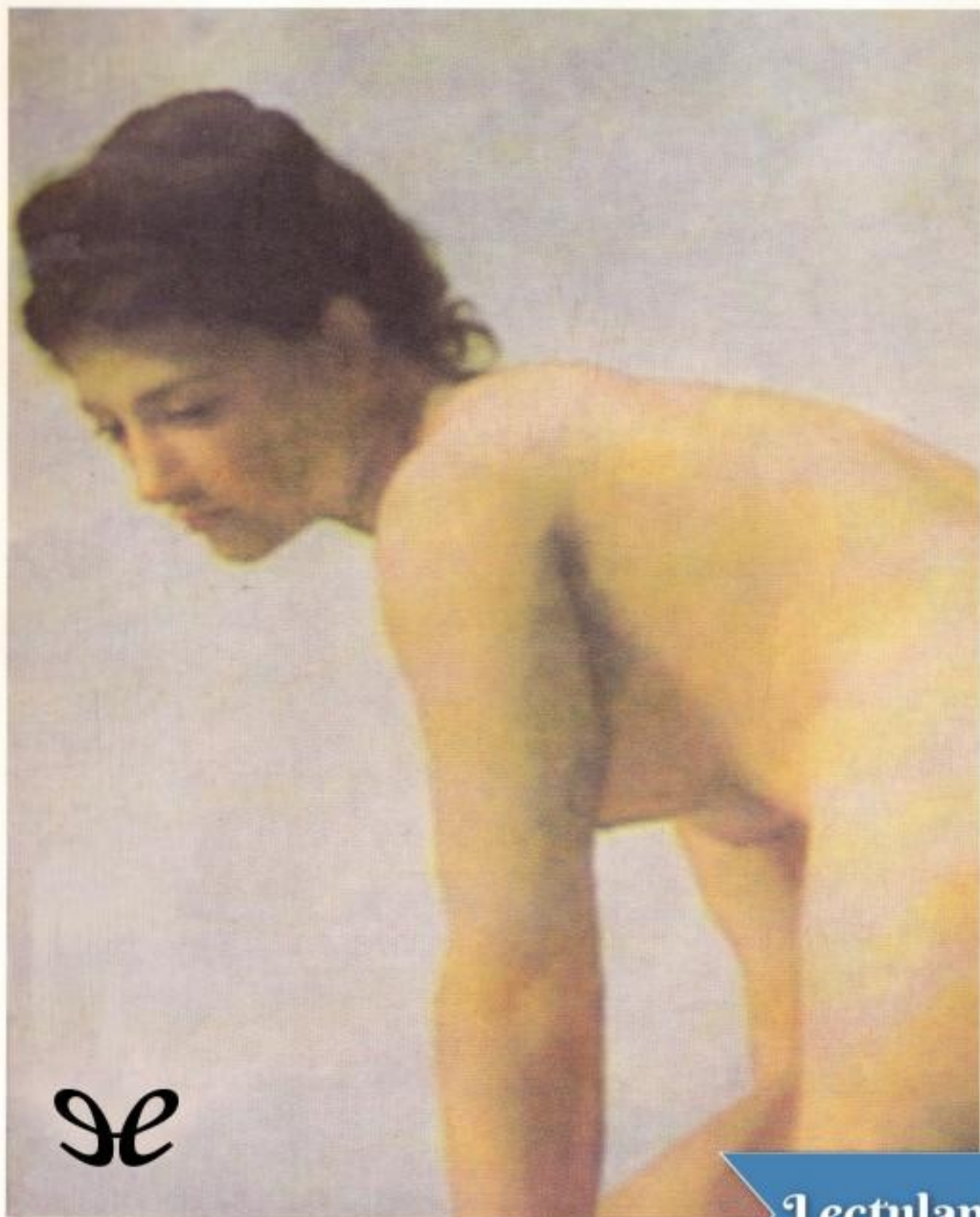


Sealtiel Alatríste

Verdad de amor



Lectulandia

Chema sólo sabía amar y lo hacía con todo el corazón, pero se equivocó de mujer. Nadie, nunca, debía enamorarse de María. Era una maldición hacerlo y Chema no pudo escapar: amaba hasta la locura al gran mito del cine mexicano, la gran mujer y elegante dama.

Hay todo tipo de amores, pero este, obsesivo, necio, grandioso, sin esperanza y a la vez altísimo, estaba condenado desde el principio al sufrimiento, a la duda, al deseo y a los caprichos del destino. Pero a Chema no le importó o al amor no le importó: fue hasta París, le arrebató a Efraín Huerta y a Fernando Benítez el secreto, vivió con Jean Renoir y sedujo a la sobrina de éste, Mademoiselle Tina, para lograr su objetivo.

Este amor, todo este gran y tormentoso amor, nació porque veinte años atrás, siendo su vecino, veía cómo en las noches María llegaba a su casa y se desnudaba poco a poco frente a un espejo, acariciándose los senos y toda la piel.

Cualquiera se hubiera enamorado como Chema, pero no todos se habrían arriesgado a tanto...

Lectulandia

Sealtiel Alatríste

Verdad de amor

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Verdad de amor*

Sealtiel Alatraste, 1994

Esta novela obtuvo el Premio Planeta/Joaquín Mortiz 1994, concedido por el siguiente jurado: Alí Chumacero, Joaquín Díez-Canedo, Julio Ollero, Gustavo Sáinz, Manuel Lombardero, Luis Gutiérrez Rodríguez e Ikram Antaki

Ilustración de la cubierta: *Bañistas* (1884), de William -Adolphe Bouguereau

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Sergio Fernández, por lo mucho que le debe mi escritura.
Para Carlos Fuentes, por las zonas sagradas compartidas.*

Eras tú una verdad,
sola verdad que busco,
más que verdad de amor, verdad de vida.

Luis Cernuda: *A un muchacho andaluz*

Tu suave corazón, tu carne mía
(¡Oh jaula de mi voz,
prisión de mis tinieblas!)
me duela con las mismas
lentas eternidades.

Efraín Huerta: *Tu corazón, penumbra*

UNO

Cuando nos conocimos, ni Chema ni yo éramos famosos. Él empezaba a frecuentar el pequeño círculo de los escritores latinoamericanos que hacían la bohemia parisina viviendo en buhardillas malolientes, corrigiendo sus manuscritos en el Deux Magots o la Brasserie Lipp, y vagando hasta las tantas por las callejuelas del Barrio Latino. Aunque ya tenía una cierta fama en México como periodista y había escrito algunos poemas (que él hubiera calificado de «malditos»), sus amigos creían que era un reportero con posibilidades, pero con demasiado apego a sus muchas frivolidades como para descollar en el difícil mundo de las letras americanas de ultramar. Yo, por mi parte, queriendo hacerme de un nombre dentro del mundo culinario parisino, acababa de ingresar al Lapérouse, y ya fuera por mi remoto origen mexicano (un abuelo mío hizo la guerra del Imperio en la lejana Puebla, al lado del general Basaine), por mi juventud, o por lo que fuera, en aquella élite gastronómica solamente pude ser admitido como barman en la barra de la planta baja. Así pues, nuestra situación era más o menos la misma, y supongo que eso facilitó nuestra amistad: ambos confiábamos, a despecho de los demás, en un éxito evidente, montado en las ilusiones de un futuro promisorio. Alguna vez, incluso, con la última copa de la noche en la mano, brindamos por ese triunfo asegurado que el destino nos deparaba. Él lo lograría gracias a un nuevo estilo periodístico (que aunque derivado de John Reed, tendría otro aliento en sus notas sobre el Séptimo Arte), y yo, por los cócteles con los que pensaba innovar el tradicional gusto galo por las bebidas solas.

Transcurrían los últimos años de la década de los cuarenta y todo era deslumbrante: París, el tiempo, el mismo aire parecía distinto, nuevo, cargado de presagios maravillosos, y nos consolaba pensar que los horrores de la guerra se habían acabado para siempre. Quizá por huir o por negar nuestras miserias, correr en pos de nuevas experiencias era moneda corriente, y para no ser menos que otros, abandoné mi puesto de ayudante de cocina en Vagenende. No podría decir, ahora, a tantos años de distancia, qué fue lo que me impulsó a buscar ese cambio, pero podría alegar que anhelaba vivir algo diferente, una cierta aventura, y por un golpe de suerte ingresé a Lapérouse. ¿Qué mejor que la barra de ese restaurante de lujo para un joven ambicioso como yo?, ¿en qué otro sitio podría haber conocido a la gente que quería, si por ahí pasaba lo más granado de la sociedad francesa del medio siglo?

Al final de la guerra, la cocina del restaurante seguía teniendo la misma organización, entre militar y de rígidas castas sociales, que su fundador, Jules Lapérouse, había ideado desde 1870 para diferenciarse de los muchos restaurantes que empezaban a abundar en la *Rive gauche*. Así, cada salón tenía su propio chef, ayudantes de cocina, capitanes y meseros, que estaban en competencia con el

personal de los otros salones. Si el salón *des Amours* era famoso por sus tartas y compotas, y el *La Fontaine* por sus carnes, el Singes fincaba su fama en sus mariscos y pescados. En Lapérouse tener un cliente asiduo era signo de poder y perderlo de desprestigio; ver, por ejemplo, que un viejo comensal del Singes salía complacidísimo de otro salón al que visitaba por primera vez, y prometía regresar la semana siguiente con unos amigos (para deleitarse con el soberbio *Coq'au vin* que había degustado esa noche), era motivo de desgracia para el personal entero del Singes, que veía partir al antes fiel amigo llevándose consigo su prestigio hecho trizas. Fueron muchas las veces que un chef vino a sentarse a mi barra y maldijo a «aquél» colega traicionero que le había robado un clientazo. Ahí, al amparo de sus quejas, mis cócteles empezaron a hacerse famosos, y supe que si al *Martini* se le pone una gota de angostura mitiga el rencor, tanto como lo despierta si al *Old fashion* se le agregan unas gotas de esencia de naranja.

Este ambiente cerrado y competitivo de Lapérouse, tenía la compensación de la amistad (o como se le quiera llamar a esa complicidad que inspiramos los barmans), y en él pude codearme con lo mejor de la intelectualidad que vivía en París. Ahí conocí a Henry Miller (la primera vez que lo invitó a cenar Anaïs Nin); con el tiempo nos corrimos varias farras juntos y al final de una de ellas, en el cuartucho que rentaba en el hotel Clichy, me dedicó el borrador de *Max y los fagocitos blancos*, que conservo hasta la fecha. Jean Renoir, antes de emigrar por primera vez a los Estados Unidos, solía frecuentarnos acompañado de las actrices que interpretaban sus películas, y aunque solamente venía a cenar, se detenía un rato conmigo en la barra y le ponderaba a sus «amiguitas» mi forma de preparar los Mint juleps. Jules Masperó, el famoso librero, me halagaba con una suerte de confianza literaria y me contaba todo lo que sabía sobre los escritores que habían sido famosos en París; alguna vez me dijo que Lapérouse había sido el restaurante preferido de Henry James, y por eso el personaje central de la mejor de sus novelas, *The ambassadors*, lo frecuentaba todas las noches. A Ernest Hemingway se le ocurrió que a los *Daiquiris* le pusiéramos un poco de licor Marrasquino, y el nuevo sabor (que muchos años después se haría famoso, gracias a él, en el bar Floridita de La Habana) le ayudó a olvidar la maleta que su mujer había perdido en la Gare de Lyon, con el manuscrito de sus primeros cuentos. André Gide me pedía que me sentara con él en una mesa apartada y me aseguraba que la vieja rivalidad que se murmuraba había tenido con Marcel Proust, era falsa, que fue inventada por Gastón Gallimard, su editor, como un truco publicitario para que *A l'ombre de jeunes filles en fleurs* fuera comentada en la prensa y ganara el *Goncourt* del 19; aún más, según él, Marcel había sido íntimo suyo, y muchas noches cenaron juntos en Lapérouse para que Gide le contara todo lo que sabía acerca de su admirado Charles Haas; cuál no sería la sorpresa de mi querido André cuando descubrió la huella de aquellas conversaciones en el pasaje de *Du cote du chez Swann*, en que el protagonista invita a salir por primera vez a su adorada Odette: aquel restaurant (que con el tiempo se identificaría como «muy proustiano»)

era Lapérouse, y las palabras de Swann, sin ser las mismas, tenían el sabor de las que Gide había referido a Monsieur Proust a lo largo de los años. Con todo, mi relación con aquel periodista de segunda, mexicano de nacimiento y de nombre José María Sánchez, alias Lucifer (mejor conocido por sus amigos como Chema), fue, si no la más frecuente, sí la más fecunda y la que quizás acabó por ser más íntima.

Chema solía pasar por el bar de Lapérouse una vez al mes, para ver de lejos a las personalidades que tomaban el elevador a los salones del primer piso. A veces venía acompañado de su amigo René Clair y mataban la tarde hablando de las posibilidades trágicas del vaudeville. «Hay que convencerse», decía Clair, «la guerra solamente nos dejó abierta la puerta del humor para acceder a la tragedia». Chema le sugería, riendo, argumentos trágicos que al ilustre cineasta (cuya afición al vaudeville era más que conocida) no le costaba ningún trabajo convertir en farsas. Alguna ocasión trajo a un jovencito norteamericano, llamado Paul Bowles, interesado en aprender los modismos mexicanos de Chema, y platicaron quién sabe qué tantas cosas en algo que sonaba a medio camino entre el español del País vasco y el inglés de Cornwall. La mayor parte de las veces, sin embargo, Chema venía solo y sentado en la barra escansaba silenciosamente de un Manhattan sus propias fantasías con tragos cortos. A mí me gustaba acompañarlo y hablar con él de tontería y media. ¡Qué señorío tenía desde esa época! La luz indirecta del bar me mostraba las muchas complejidades de su cráneo cubierto de una enmarañada melena, su nariz chata, sus cejas abultadas, o la gran solemnidad que adquiría aún con la naturalidad con la que se quitaba el sombrero. Pero con toda la afabilidad que me dispensó, nunca lo pude conocer del todo y siempre me pregunté cómo era en realidad, qué pretendía de la vida, cuáles eran sus verdaderos anhelos, qué ocultaba tras su mirada de señorito lánguido. Extraño pero divertido, brillante pero casual, enigmático pero corriente, soñador pero práctico; cursi, singular, exagerado, sensacionalista, desconcertante: yo pensaba que mi amigo Chema era como un poema estridentista publicado en una revista dedicada al cine. «Algún día tiene que subir al Singes», le decía yo, «y probar la bouillabaise de la casa». «Algún día, querido amigo», me respondía él acariciándose la mejilla, «cuando tenga el dinero suficiente para pagarme esa cena, o usted convenza al chef de que acepte mi receta mexicana de la bouillabaise como pago».

En una de esas tardes se me ocurrió preguntarle por qué se conformaba con ser simplemente crítico, y no actor, si tanto le gustaba el cine. «Estoy curado de espantos», me respondió solemnemente mientras daba vueltas a su vaso. Un instante después agregó: «No, no es por eso. Miento. Estoy rodeado de espantos a los que una película sólo daría vida, mientras que la crítica me permite mitigar sus gestos espeluznantes. Prefiero ver a que me vean, ¿sabe usted?». Cuando Chema se emborrachaba —lo que sucedía con relativa frecuencia— hablaba de esos espantos, de mujeres extraordinarias que lo acosaban, y de una bailarina de tiempos de María Castaña que extorsionaba sus pesadillas. Era evidente que no me tenía la suficiente confianza e inventaba esas historias, con un ánimo de fabulador infatigable, para

ocultarme algo de sí mismo, de su vida o sus miedos. «No tiene usted una idea de lo que son mis sueños», me decía mirándome fijamente, rascándose la nuca como si lo pusiera muy nervioso narrar aquellas aventuras oníricas. «Siempre me encuentro en la parte prohibida de una ciudad, que tal vez sea la Guadalajara de mi juventud, pero que no coincide con mis recuerdos del turbio barrio del vicio tapatío, aunque como en aquel, las leyes de la realidad y las reglas de la vida parecen estar suprimidas. Todo puede ocurrir y todo ocurre. Camino lentamente por calles iluminadas, llenas de alboroto, hasta que me meto a un cabaretucho de mala muerte. Ahí se aparece una bailarina, una mujer que no he visto nunca antes, pero que me exige no sé cuantas cosas o espera explicaciones que no encuentro cómo darle. A veces se me presenta disfrazada con diferentes vestidos, con máscara o antifaz, para hacerme creer que es otra, pero yo sé que tras sus fachas se encuentra la misma bailarina de todas mis pesadillas. Siempre aparece de la misma forma, abriendo una puerta por la que se filtra una intensa luz azul. Su figura se recorta al centro y yo sé que me mira fijamente, aunque no pueda verla a los ojos porque es sólo una figura refulgente apoyada en el picaporte de la puerta».

Yo lo escuchaba sonriendo, José María Sánchez, alias Lucifer, era capaz de contar, con el mismo tono exagerado, un sueño, las aventuras de su abuelo en la Revolución mexicana, sus muchos amoríos juveniles, la forma en que le habían plagiado un poema bellísimo, o, en fin, las aventuras más extravagantes, con tal de dar coherencia a las muchas fantasías que poblaban sus borracheras.

Como la mayoría de sus historias se resolvían como si fueran ilusiones inacabadas y portentosas, siempre sospeché que eran mentiras, pero nunca imaginé que me llegaría a enterar de esa otra, la aventura verdadera, que una vez me narró por una mera casualidad, y que a pesar de ser la más descabellada, de estar contaminada del mismo anhelo fabulador, desde el principio supe que era cierta. Estábamos, como siempre, sentados a la barra del bar, cuando entró María. María la voz, María la bella, María la única, la más grande de todas las Marías. Sus enormes ojos negros iluminaron el restaurante entero. El elevadorista vino hacia ella titubeante para recibir su abrigo y balbuceó alguna tontería admirando su atuendo: vestía una blusa transparente, azul oscuro con encajes color chedrón, bajo la cual se insinuaba su piel blanca; la falda era de tonalidades durazno, larga y abultada en las caderas, adornada con bieses de cortina: miraba agresivamente a su alrededor bajo la sombra de un sombrero monumental (de más o menos un metro de diámetro) con flores secas saliendo de todos lados; su belleza era espectacular, pero su elegancia desastrosa. Al verla, Chema dio un salto y se quedó paralizado en medio del salón. Parecía recién salido de la peluquería, con el rostro ansiosamente encendido por el deseo de causar una grata impresión. La de la famosa voz de barítono le dirigió una sonrisa helada mientras alborotaba su cabellera negra, y antes de irse del brazo de su acompañante (al que nadie, hasta ese momento, había prestado atención) se despidió de él con un gesto indiferente. Chema dejó espacio en su rostro a la presión de una risa estrepitosa

y jadeante, y su mirada se arrugó en un gesto de puros nervios. «Ahora sí, lo invito a que tomemos juntos esa cena tanto tiempo pospuesta», me dijo con una rara voz de ferrocarril saliendo de la Gare Saint Lazare. «Pídale al chef que me prepare la boullabaise siguiendo estas indicaciones, y después me alcanza allá arriba». Me entregó un chile que se sacó del bolsillo, y en una servilleta empezó a anotar algunas indicaciones precisas para la preparación de la bouillabaise. Corpulento y rígido de espaldas, trataba de escribir con paciencia y buena letra, pero los pies que colgaban del banco lo traicionaban y se movían inquietos como badajos de campana a la hora del *Angelus*. «Mándeme una botella del mejor champagne de la cava, y pida que me den una mesa desde la que pueda observar, de lejos, a esa diosa».

Sería de madrugada cuando José María Sánchez, alias Lucifer, me narró su primer encuentro con María, la diva más prodigiosa que ha dado la cinematografía mexicana. Ya no quedaba nadie en Lapérouse y yo había decidido beberme con él (por cortesía de la casa) la tercera botella de champagne. Afuera, por la ventana, veíamos el lento fluir del Sena que reflejaba las farolas del Palais de Justice. Así como antiguamente Proust mandaba traer a un cuarteto para que le interpretara música de Faure o Saint Saëns, así, esa noche, Chema mandó traer un trío de Jazz de un bar cercano (estaba despilfarrando el poco dinero que había ganado en una traducción reciente para el Consulado mexicano), y les pidió que interpretaran una y otra vez *Nuages*, esa melodía de Django Reinhardt cuya tonada se abre con un solo de saxofón que insinúa un París criollo, como traído de regreso de la lejana New Orleans.

«No me lo va a creer, amigo mío», me dijo con la mirada turbia, bebiendo a pequeños sorbos de su copa, «pero debo ser uno de los pocos privilegiados que han visto desnuda a María». Como siempre, me sonreí y le di unas palmadas en el brazo. Él detuvo mi mano y con mucha seriedad me pidió que por favor le creyera. «No ha sido gracioso, el duende de María, que no ella, me ha perseguido toda la vida».

Todo había sucedido hacía unos doce años, cuando Chema y María estaban por cumplir los veinte; para más datos, durante el verano del treinta y cuatro, cuando él se trasladó a Guadalajara para probar fortuna como periodista y estudiar Letras en la Universidad del Estado. Ya fuera por uno de sus frecuentes líos de faldas, ya porque no aguantaba más las presiones constantes de su familia para que no abandonara su carrera de abogado y se dedicara a la literatura, su vida había entrado en un periodo de zozobra del que quiso escapar fugándose de su natal Silao. Ya en Guadalajara se inscribió a la Universidad y rentó un departamento en la calle de Pedro Moreno, hacia el seiscientos más o menos, con la firme intención de olvidar su pasado pueblerino. Ahí tuvo de vecina a una mujer espigada, altiva, muy guapa, que con el tiempo sería una de las luminarias del cine nacional. Entonces, María de los Ángeles, como efectivamente se llamaba, era una bella desconocida que había trastornado la apasible vida de los vecinos de la calle de Pedro Moreno. Si estaba casada o no, era cosa sin importancia, pues hacía vida marital con un interfecto (que para todos era un crápula)

como si nada.

Dicen las malas lenguas que María había abandonado su pueblo, en la lejana Sonora, muy chica; que durante un tiempo anduvo por ahí a la caza de un buen partido, hasta que se fugó con ese tipo, algo mayorcito para ella, conocido simplemente como don Rosendo. Este don Rosendo fue la oveja negra de una de las mejores familias coahuilenses, que anduvo metido en cuanto negocio turbio le pusieron enfrente. Si cuando fue señorito pintiparado había dilapidado en juergas y mujeres la fortuna que le dejó su padre al morir, acabó (gracias a las amistades que le quedaron de ese tiempo de despilfarro) convertido en una suerte de extorsionador de mujeres o, si se quiere, en un disimulado tratante de blancas que surtía de jovencitas a los burdeles más elegantes del México de principios de los años treinta, lo que, con el tiempo, le ganaría el apelativo de «don».

Si la hubo, nadie ha podido precisar jamás la fecha de la boda entre estos dos chalados, y aunque la mayoría de sus biógrafos (los de María) han preferido escamotear este negro suceso y ubican el inicio de su vida sentimental a partir del matrimonio con el agente de ventas de Max Factor (conocido como el señor Álvarez a secas), unos cuantos dan noticias de este primer amor clandestino diciendo que es muy posible que las cosas hubieran sucedido por una mera casualidad: don Rosendo, que entre muchas cosas fue uno de los personajes más controvertidos de la Guadalajara de aquel tiempo, tenía fama de pederasta y buscaba muchachitas por todos lados; alguna vez, en un merendero de los muchos que rodean la Plaza de Tlaquepaque, se topó con una jovencita encantadora que lo fascinó con su porte y su voz de barítono; quizá desde ese primer instante el mentado don Rosendo vio en María la encarnación de su fortuna: esa especie de ninfa griega, de cara tierna e inocente y cuerpo de Venus del Milo, le granjearía muchos favores de los aristócratas jaliscienses cuando se las ofreciera en una de las tantas casas de mala nota que regenteaba. Empezó a cortejarla con el único fin de embaucarla con las bondades de su negocio, pero pronto se convenció que solamente casándose con ella, la canija ninfa accedería a dejarse guiar por sus locuras. Don Rosendo no paró en mientes y nada lo detuvo hasta que consiguió en matrimonio a aquel bombón de mujer.

Otros, sin embargo (con el mismo estilo mala lengua), cuentan la historia diferente: dicen que fue el mismo padre de María el que la llevó a la capital tapaba en calidad de mercancía, que la inscribió en la escuela del *Sacre Coeur* para que aprendiera a escribir con buena letra (creía que las mujeres con caligrafía clara y cuidada eran la locura de los hombres ricos), y que los domingos la llevaba al jardín del Carmen para que pescara novio. María conmocionó con su cara y meneío de cadera a cuanto macho se le puso enfrente y le declaró su amor; pero, pese a su éxito, todos esos amoríos terminaron mal, por celos o indiferencia, pues María no se conformaba con que nada más un hombre admirara su belleza; hombres como aquellos, claro está, que no le llegaban ni a los talones, pues cuando le llegó la horma de su zapato y le vieron cara de billete de lotería, se rindió a los encantos del tal don

Rosendo, y fue ella quien, sin pensarlo un rato, lo persiguió por toda Guadalajara hasta que lo obligó a fugarse con ella. La inversión que durante tantos años y con tanto sacrificio había hecho su padre, vino a terminar en nada.

Fuera la historia como fuera, en cualquiera de sus variantes, María se encontró con don Rosendo, dando pie a la leyenda de que él no sólo sería el primer hombre en su vida, sino el primero en querer comerciar con su cuerpo. Pero si ésta era la intención del canalla, algo falló en su estrategia, pues el maleante sucumbió a los encantos de la chiquilla y pasó de traficante de mujeres a inocente corderito: como para tantos villanos de la historia y la literatura, abandonar el mal fue su desgracia, y una desafortunada racha provocó que el comercio de ese primer amor —formal y delictivo, ilícito y clandestino— de María, fuera denunciado a la policía por algún influyente despechado (al que posiblemente le negó los favores de su flamante esposa), y con acta en mano y un pico de gendarmes rodeando su casa, un matón se llevó al señor mayorcito, conocido simplemente como don Rosendo, a pasar una temporada a la cárcel, dejando a María, apasionada y voluptuosa, con el diablo metido en el cuerpo: jovencita todavía, pero con los ardores de mujer madura que la acompañarían hasta el final de sus días.

Como bien se sabe (con este señor o con cualquier otro), los primeros amores de María marcaron su estrella erótica para siempre y nunca jamás pudo encontrar un hombre a su medida: tuvo muchos amantes, varios esposos y un sinnúmero de amigos de ocasión, pero todos sus romances acabaron en pleitos, escándalo y desamor. Su vida íntima fue la comidilla de sus muchos incondicionales, pues desde aquella época María se cuidó muy poco de ocultar aquellos amoríos, al fin y al cabo, su público (que entonces se reducía al de los vecinos de la calle Pedro Moreno) vivió siempre entregado a ella y ella no los privó nunca del placer del cotilleo.

Lo grande, el escándalo mayor vino después, dijéramos que junto con la fama, pero entonces, cuando tenía apenas diez y nueve años, simplemente se quedó sola, en una suerte de viudez prematura, y en la calle de Pedro Moreno todos pensaron que María se iba a comportar como una gran señora, reservada y discreta, pero quedaron boquiabiertos el día en que la vieron salir de su casa —altiva, coqueta y orgullosa— luciendo un amplio vestido de crinolina (estilo imperio tardío), con un escotazo que dejó fríos a los vecinos de todo el barrio. Con este comportamiento (ligeramente brutal en una mujer tan desgraciada, pero muy de la María de todos los tiempos), la próxima luminaria de la cinematografía nacional estaba demostrando que la soltería (y su edad) no la preocupaban y podía darse el lujo de exhibir su grandeza por donde fuera.

Para disimular sus ganas, los hombres decían compadecer su soledad; y para ocultar su envidia, las mujeres se ofrecían a ayudarla con el mercado y la invitaban a rezar el rosario a las seis en punto en la Iglesia de la plaza. Que pobrecita muchachita, decían por ahí; que tan inocente, tan guapa y sin encontrar un marido a su altura; que tan endeble y tan poco respetada, pero qué bueno que había venido a alegrar aquella

callejuela llena de beatas y burócratas.

Lo que para todos fue motivo de sueños indecentes, pero sin consecuencias en su vida personal, para Chema fue prácticamente el derrumbe de sus ilusiones (o el nacimiento de ellas, como se quiera ver), ya que en el silencio de su habitación, sin haber conocido nunca a María, sin haber cruzado una sola palabra con ella, se había enamorado perdidamente de los secretos que escondía su cuerpo alabastrino, de gladiolas perfumado, pues cada noche de aquel otoño definitivo vio la consumación de un ritual que le trastornó la cabeza para siempre: llegaba de madrugada, agotado de corregir galeras en el periódico donde trabajaba para financiar sus estudios, con el tiempo justo para ver a María desvestirse, pausadamente, en el recuadro de una de las ventanas del otro lado de la acera. Era casi una escena de cine mudo. Chema —boquiabierto, las manos sudorosa, la piel crispada— la veía aventar sus prendas íntimas a un macetero, para continuar, frente al espejo, con morosas caricias a sus senos y pubis. A lo lejos, curiosamente, se oía el sonido apagado de un saxofón que tocaba un *dixieland* criollo. Chema, que con el tiempo la vería representar a mujeres engalladas, a tiranas apocalípticas, a celebridades despechadas, a un sin fin de soldaderas, y que durante muchas noches la soñaría interpretando los papeles más extraordinarios de la historia del teatro, se llenaba de ilusiones mientras María actuaba la única escena que reservó para su intimidad.

«Así la vi todas las noches», me dijo Chema, sentado en una de las mesas del salón Singes, con el nudo de la corbata a un lado del cuello, la camisa desabrochada y haciendo un gesto con la mano como si estuviera, en ese momento, viendo la ventana encendida frente a la suya. «Se deshacía paulatinamente de todas sus prendas y las aventaba a un macetón lleno de flores de papel maché —coloradas, verdes y amarillas— convirtiéndolo en una naturaleza muerta con pasiones encendidas. Después se paraba frente al espejo para iniciar el sobeteo. Aquella larga espalda tras la ventana, y los senos y el sexo en el espejo, me estaban quitando la voluntad para siempre. Pobrecito de mí, a los mortales no nos está permitido tocar la gloria, mucho menos a un soñador en ciernes como yo. ¿Qué me quedaba, querido amigo?, ¿masturbarme, buscarla y declararle mi amor? Nada, enloquecer y ya. Nadie en mi familia lo va a insultar si dice que soy un esquizofrénico, pues de ahí en adelante no he hecho más que soñar con ella y volverme un esquizofrénico de remate».

Pero esos momentos de delirio idílico no fueron más que el preámbulo de su tragedia, pues un día, tiempo después de ver y rever la manera como el proyecto de diva saciaba sus deseos, Chema se atrevió a hacer lo insospechado: saltó al jardín de la casa de María y trepando por una enredadera llegó hasta su recámara. La sorprendió en el ritual de las caricias. Ahí estaba ella, dándole la espalda inmensa, grandiosa, rosada; ahí él, admirando sus nalgas; los dos mirándose a través del espejo. Ella se volvió y lo encaró cubriendo su sexo con una mano y los senos con el antebrazo de la otra; con las rodillas juntas y los muslos frotando el oscuro callejón de sus delicias; el cabello negro desparramado por los hombros y la mirada (un tanto

ausente y gelatinosa) puesta en el intruso: toda ella encantada. «¿Quién eres tú?», preguntó la voz de barítono. José María Sánchez, alias Lucifer, hizo una mueca cómica, se limpió las manos sudorosas en el pantalón y contestó rápidamente: «No importa mi nombre María, sólo sé que te amo, que he perdido la razón por ti». Silencio. Zumbido de moscas. Chema no podía apartar la mirada de sus caderas redondas, un tanto oscilantes, un tanto temblorosas: el culo como centro vital de su universo. El cuerpo de ella, entonces, se fue cubriendo de un rubor escarlata, y el bello de su pubis —fino y escaso, tan negro como el de su cabello— se crespo todito, como poseído de un enjambre de deseos pecaminosos; su mirada, en cambio, se heló llena de indiferencia: parecía la mirada de una muerta. Chema trató de avisarse del peligro incierto que tanta belleza le anunciaba, pero siguió adelante, sin compostura alguna: «Quiero hacerte el amor, María, a eso he venido. Todas las noches desde que me mudé a esta calle te veo tras la ventana, observo detenidamente cómo te desvistes, cómo te acaricias... Me has robado el seso». Esta poética exposición de sus urgencias, que estaba destinada a inflamar el pecho (y todo lo demás) de María, no consiguió sino hacerla pasar de su pseudoindiferencia a la cólera que hizo famosa muchas de sus escenas: «Vete», le contestó sin un solo gesto, como si su cara inerme y su cuerpo mohíno se hubieran divorciado; y con un suspiro largo y melancólico, como si estuviera considerando sus conceptos sobre lo que es la vida y la muerte, agregó: «a mí nadie, nunca, va a volver a hacerme el amor». «Emitida la declaración de principios», me dijo mi amigo con voz ya no trémula, pero sí indecisa, a la que dio un descanso de suspenso con un trago del champagne, «la escena parece introducirse en la leyenda o volverse calumnia de periodicucho barato»:

María se volvió hacia el espejo para continuar el rito lúbrico de sus caricias, y mientras elevaba el rostro al techo, gimió por el placer solitario que a sí misma se prodigaba. El aire enrarecido del cuarto —apenas iluminado por una luz ambarina, con el aroma de los nomeolvides del jardín repentinamente flotando en todas partes— cubrió el cuerpo de la diva con una pátina que daría forma al mito que José María Sánchez, alias Lucifer, el futuro creador de la columna amarillista de *Cinema Reporter*, iba a perseguir por el resto de sus días, pero él, haciendo honor a la tradición de su familia, se comportó no como el crápula que su padre cree que lo convertirá su vocación periodística, sino como el caballero que su mamacita había querido educar: no hace nada, no mueve un dedo, está tocado en lo más vivo y se queda inmóvil, con los brazos inertes sobre los muslos, admirando solamente aquel cuerpo perfecto, que ahí, tan real, al desatarse en un murmullo desenfrenado de placer, se empieza a convertir en su fantasma. Chema, sospechando que María no se ha percatado realmente de nada, empezó a caminar de espaldas sin apartar la mirada de su nuevo mito; tenía los ojos enrojecidos y el pelo, prematuramente cano, se retorció en su cabeza como llamas de fuego fatuo. Antes de saltar nuevamente por la ventana ya sabe que su vida rueda por un abismo de nostalgias.

¿Se puede imaginar lo que pudo ser aquello para cualquier hombre? ¿A la María

que todo México idealizaría, desnuda, actuando desde entonces su propio personaje? No creo que ni él ni nadie hubiera sospechado en lo que se iba a convertir María con el andar del tiempo, pero una década después, cuando Chema vio su primera película —¿qué otra cosa le quedaba?— decidió perseguir la imagen de su diosa en cualquier cine, aunque fuera de barriada, aunque fuera a representar los papeles más extravagantes (en una de sus muchas obras mediocres) o su interpretación resultara ramplona (pero siempre altiva): a Chema no le interesaba la película, ni la trama, ni la fotografía; el cine era lo de menos y María lo de más; él, hiciera lo que hiciera, la imaginaba repitiendo aquella escena que había representado solamente para él. Muchas noches, a solas o acompañado, se emborrachó hasta decir basta pensando una y otra vez aquella escena de su desnudez.

«Si usted la vio alguna vez, querido amigo», me comentó Chema, acomodando su plato en la mesita lateral que nos habían dejado los meseros antes de irse, «estará de acuerdo conmigo en que el suyo era un cuerpo irresistible pero maléfico, que nadie, en su sano juicio, sería capaz de olvidar jamás».

En su voz había un resto de nostalgia, de envidia incluso, nada más de imaginar que alguien pudiera disfrutar una imagen de María que, estaba seguro, solamente le pertenecía a él. Ese recuerdo, ese desnudo guardado en su memoria, fue su tesoro máspreciado.

Salimos de madrugada. La franja naranja del horizonte le daba al Sena una apariencia de melocotón maduro y París entero era como un fantasma al arbitrio de la luz. Dejé a José María Sánchez, alias Lucifer, en la esquina del Boulevard Saint Michelle. Antes de despedirse me hizo el comentario más críptico y extraño de aquella noche: «¿Sabe?», me dijo con una voz apenas audible, «para mi desgracia, María era sonámbula. Como de película muda, ¿no le parece? Estoy seguro que aquella noche sonambuleaba y no me reconoció». Calló un momento, bajó los ojos y se quedó mirando el adoquín de la calle, se dio vuelta y lo vi alejarse lentamente, bamboleándose, con la botella de champagne, que había insistido en llevarse, colgada de una mano.

Es verdad que siempre me ha costado trabajo asociar las actitudes del Chema que todos llegamos a conocer —el gran chismoso de la prensa cinematográfica, «el morboso de ocho columnas» como lo llamaba Efraín Huerta con cierto celo— con las del Chema, soñador y poético, que él me dejó entrever esa noche, pero sin duda, y quizá sin que lo supiera nadie, él siempre había sido varios personajes: el abogado que echó por la borda una brillante carrera comercial por una oscura vocación literaria: el caballero vestido a la Clark Gable (en *San Francisco*) que, aún en sus épocas de miseria, se paseó elegantemente por los jardines de las Tullerías; el seductor de tantas mujeres; el calumniador de tantos reporteros; el *voyeur* de María en la calle de Pedro Moreno; el jugador de cartas que era capaz de meterse en cualquier tugurio; el aficionado y teórico de las películas vaudevillescas de su amigo René Clair; en fin, tantos y tantos personajes posibles, que apenas y me atrevo a

imaginar.

Aunque en esa temporada nos vimos muchas veces, cuando regresó a México supe poco de él, y solamente por un recorte de prensa que me envió en una de sus escasas cartas, me enteré que había fundado una revista (que se llamaba, como lo apodábamos, *Lucifer*) y que estaba dedicada a su María: «Después de triunfar plenamente en el extranjero», decía la dedicatoria, «con esa rara combinación de belleza, personalidad y talento, con que la Madre Naturaleza quiso dotarla, nuestra Adorada vuelve al calor, a la paz, y al bienestar de sus lares. Soberana por derecho propio, regresa al palacio y al trono que abandonó temporalmente, donde la aguarda el homenaje rendido de sus vasallos, anhelantes de su retomo. Yo, el más humilde de todos, como periodista, como entusiasta del Séptimo Arte y como hombre, te he consagrado y te sigo consagrandote, María, mi más ferviente admiración. Hago votos porque tu arte y el amor de tus películas, se prolongue hasta el infinito».

Chema traía en el corazón, el pobrecito, una mezcla de Rubén Darío con Agustín Lara que le hacía los estragos propios de los que han sufrido un infarto cardiaco. Debo confesar que lo extrañaba, que me hubiera gustado que me siguiera visitando e inventáramos juntos una nueva forma para preparar los Margaritas, pero comprendí que no era posible, que Chema iba a estar siempre donde viviera María.

Por ello tal vez me sorprendí tanto el día que me visitó en el Harry's bar (del que ahora soy dueño aunque siga atendiendo la barra) y me contó que había vuelto para buscar una película que contenía una secuencia nunca vista de María. Efraín Huerta y Fernando Benítez, me confiaron, le habían asegurado que cuando su diosa filmó con Renoir se grabaron unas escenas con un desnudo suyo. No era posible, pensó desesperado, pero la duda caló en su curiosidad al punto de que regresó a París, después de tantos años, para buscar esa, de existir, curiosidad del cine erótico.

Los días alegres de la mitad del siglo habían quedado atrás; no éramos más aquellos muchachos esperanzados en el futuro; habíamos entrado en carnes y perdido un poco de pelo; se hubiera esperado de nosotros un poco de prudencia, algo de eso que llaman «madurez», y no que nos diéramos cuerda para vivir aquella lamentable aventura en la que nos vimos envueltos; o mejor, aquella aventura que Chema vivió febrilmente, entregado a los mismos desvaríos que lo habían llevado, muchos años antes, a saltar al balcón de la que sería su musa y su desgracia.

DOS

La casa tenía aspecto de palacete decorado especialmente para que un espectador, como Chema, pensara en su antiguo esplendor. Había algo en ella que evocaba los viejos cuadros de Monet: el sol, las sombras, la luz difusa de aquel atardecer en que él lo observaba, indeciso, desde la esquina de enfrente. La amplia fachada, con el balcón de piedra que corría de extremo a extremo del piso principal, era, digámoslo así, bastante arquitectónica; la pátina que entonces cubría casi todas las casas y edificios del Quarter Latin, presentaba en ella un matiz amarillento que a Chema se le antojó como un remedo veneciano: la sorprendente forma que tenía Italia para aparecer inusitadamente en cualquier calle de París. No era una construcción excesivamente antigua, pero inevitablemente inspiraba un denso desaliento, una sensación de fracaso que él no pudo dejar de asociar consigo mismo.

Eran apenas las cuatro y faltaba hora y media para la cita que su amigo, René Clair, le había concertado con Jean Renoir, el dueño de aquella casa decadente, entre seductora y repulsiva.

«¿Cómo estará ahora?, ¿tendrá buena salud?, ¿seguirá siendo tan cordial como dicen que fue en su juventud?», se preguntó Chema. «Si Renoir nació en el 94, este año cumplirá setenta y cinco, pero quizá sea más viejo y esté arañando el siglo».

Era más que factible: la edad de Jean Renoir siempre fue un misterio para todos. Don Augusto, su padre, lo pudo muy bien concebir a los treinta años y no a los cincuenta y tres como decían todos sus biógrafos. Aunque claro, el viejo siempre fue un pícaro que se jactó de seducir a todas las jovencitas que se le cruzaron en su camino, y pudo tener a su pilluelo a cualquier edad. De cualquier manera daba lo mismo setenta y cinco que cien: Renoir era la gloria viva más grande del cine francés, y ahora, el hombre más importante para él, José María Sánchez, alias Lucifer.

«¿Tendrá efectivamente la película?», siguió preguntándose Chema, sentado a la mesa de la terraza de un bar, mientras esperaba que el mesero le trajera el Ricard que había ordenado para matar el tiempo.

La casa, obsesiva, tercamente, seguía dejando que los colores de la tarde barnizaran su descolorida fachada.

Los últimos días habían sido una locura para Chema. Una interminable locura en la que se embarcó apenas sin saber cómo. No hacía ni tres semanas que comiendo con Efraín Huerta y Fernando Benítez en La Mundial, la cantina de todos los periodistas, se había enterado de que era probable que existiera una película con desnudos de María. Aquella tarde Chema había ido a entrevistar al joven Cazáis, que insistía en ir a la sierra para filmar una película sobre los infortunados sucesos (o consecuencias) del movimiento estudiantil del año antepasado. Pocos años antes,

Chema había fundado la revista *Lucifer*, y ese tipo de entrevistas era lo único que le garantizaba una sobrevivencia, más o menos raquíca, en un medio social que había perdido todo el entusiasmo por la cultura y cuya única pasión era, ya, leer las páginas de nota roja de los periódicos. La entrevista le había salido muy bien, pero lo retrasó lo suficiente como para encontrar a sus amigos bien comidos y con más copas encima de las que él hubiera querido. Su desgracia se inicia, así, más o menos a las cinco de la tarde: La Mundial está sumida en el alboroto de la sobremesa, y Chema ve, desde la puerta, que Huerta y Benítez platican animadamente en la mesa del último rincón. Hay algo en el aire de una nostalgia conmovedora, justo como debe ser cuando uno va a recibir una noticia siniestra. Chema camina agitando los brazos hacia sus amigos y se quita el sombrero de fieltro que todavía usa como reminiscencia de sus primeros años de reportero.

—Te tengo una sorpresa, Chemita —le dijo Efraín apenas lo vio, dejándole el tiempo justo para ordenar una cuba con ron blanco—. No la vas a creer, mi hermano.

Le entregó un relicario de plata con incrustaciones de concha nácar. Chema lo abrió con cuidado. En cada lado había una pintura, en miniatura, con un desnudo de su diosa.

—Se lo compré a un anticuario francés —comentó Efraín muy sonriente—, que, a su vez, lo adquirió de Jean Renoir.

Benítez soltó una carcajada que retumbó en los oídos del pobre Chema, quien no podía apartar la mirada de la miniatura. Viendo la tersura de la piel de María —su gesto altivo, sus cejas a media frente, las manos sosteniendo un corset— se olvidó de que tenía un hambre caníbal, de lo que le contó Cazals (y quería confirmar con Benítez), y de que Efraín disfrutaba atizando sus celos por María. Se olvidó de todo: había demasiados cadáveres en su pasado, demasiados malentendidos infectados, y se sumió en un temor muy cercano a la languidez y a la ternura. Sin haber pronunciado una sola palabra, Chema se sentía al borde de una fatalidad. Miraba, solamente miraba como hipnotizado, al relicario: del lado izquierdo vio a María de espaldas (luciendo la larga espalda y las redondas nalgas de sus tormentos), probándose un corset; del derecho, como si fuera la imagen de un espejo, María (con el encanto que fascina en su mirar) ajustaba el corset a la altura de los senos, luciendo, por lo bajo, su pubis negro, escandaloso y sensual, susurrante entre los muslos alabastrinos. Por algún matiz, por el color o por la luz, María, las dos Marías, la de frente y la de espaldas, parecían salirse de la pinturita.

—Debe ser falso —respondió Chema tartamudeando—. Hay mil retratos falsos con desnudos de María.

—¿Te refieres a que María no posó para el pintor? —preguntó Benítez como si todo le divirtiera mucho.

—Eso mero.

—Tienes y no tienes razón, Chemita —volvió a intervenir Efraín—. Según el susodicho anticuario, esta pintura fue sacada de una de las tantas fotografías que

Renoir guarda con desnudos de María, las cuales, agárrate bien, quiere vender pues necesita dinero para una película, una serie de cuentos que transcurrirán en un escenario en miniatura, ya ves que el viejo tiene pasión por las maquetas.

—¡Ah qué cabrón este Renoir! —comentó sarcásticamente Benítez—. ¿No será pornógrafo, tú?

Chema tuvo un ataque de discolería indomable: según se había prometido alguna vez, nadie vería jamás desnuda a su María, y el destino le estaba haciendo fracasar en tan inconsecuente propósito. Para que sus amigos no se dieran cuenta de su portentosa envidia, optó por preguntarse qué pasaría si pudiera publicar esas fotos. Su revista se iría a las nubes, vendería más que el *Life*, más que el *Selecciones del Reader's Digest*, se volvería la revista de cine más importante de América y él se haría rico. De ser cierto el cuento de Efraín, se tenía que adueñar de las mentadas fotos. Pero ¿cómo iban a existir?, ¿a poco Renoir las había tenido escondidas tanto tiempo?

—Parece que Renoir tiene más que simples fotografías —comentó el telépata Fernando Benítez—. Según me dijo Carlos Fuentes, el viejo cabrón tiene una película porno actuada por María. La filmó cuando hacían juntos aquella memorable película que resultó un homenaje a la pintura de su padre.

Era cierto. Carlos Fuentes había dicho que alguna vez le envió una carta a Renoir pidiéndole que lo dejara ver la película. Estaba escribiendo *Zona sagrada* y ese pequeño filme le sería de mucha utilidad para documentar una parte de su novela. Fuentes había recibido una contestación histérica, de mano de una tal Mademoselle Tina, sobrina del cineasta, en donde lo mandaban a freír espárragos. «Monsier Renoir», decía la respuesta manuscrita, con letra grande, redonda y cuidada, de trazos finos, «me encarga manifestarle que no logra siquiera imaginar lo que se propone al importunarnos con semejante disparate. ¿De qué película nos habla? No poseemos ninguno de esos despojos cinematográficos —no encuentro otro término para definirlos— a los cuales alude usted. Pero aún en caso contrario, no tendríamos la menor intención de exhibirlos bajo ningún pretexto».

Como el editor de Carlos Fuentes había leído la carta el día de la presentación de *Zona sagrada*, Chema pensó que se trataba de un truco publicitario para crear expectación en tomo a la novela, como si por ella misma no tuviera los suficientes valores (literario-chismosos) para crear expectación.

«Una mentira más sobre los inexistentes desnudos de María», pensó Chema, mirando a sus amigos con los ojos semicerrados, socarrón e intrigante. «Por verla desnuda, muchos venderían su alma al diablo».

El desnudo había perseguido a María por todos lados y la mitad de los directores con los que filmó, para decirlo generosamente, se habían arrojado a sus brazos esperando que ella los amara locamente y accediera a desnudarse frente a su cámara; después, para disimular su fracaso, contaban maravillas de la capacidad amatoria de la diva, de su desparpajo en la intimidad y de su pudor en el set, pero que no podían

decir más, callaban por respeto a María, a ese pudor del que se había deshecho en su presencia, y a ciertos juramentos que comprometían su honor. Pamplinas, falsedades, calumnias, palabras y más palabras, pues de ellos (los desnudos) no hubo nunca más testimonio que una miserable estatua para la cual, estaba más que probado, María solamente prestó la cara. ¿Por qué, entonces, habría de creer que las fotos de Renoir eran auténticas?

—Mentira, mentira, mentira, tal y como reza el bolerazo —dijo Chema, con la sonrisa socarrona petrificada en medio de la cara.

—Ya nos imaginábamos que dirías eso —dijo Efraín—, pero no quisimos dejar de decírtelo. Allá tú. Salud y devuélveme mi relicario.

Chema le entregó (con un inmenso dolor en el pecho, hay que reconocerlo) el estuchito de plata y concha nácar que encerraba el desnudo de María. Seguía argumentando en su interior, tratando vanamente de convencerse de que era falso, que no era posible que existieran ni las fotos ni el filme pornográfico, pero la duda se había encendido en su maltrecho corazón de admirador empedernido.

—¿Cómo puedes probar que es auténtico? —preguntó Chema, indeciso, sin atreverse a soltar el relicario del todo.

—Ya te lo dije. Me lo envió un anticuario parisino al que le he comprado algunas joyas. En su carta dice que es copia fiel de una fotografía de Renoir, y que tiene otros objetos relacionados con María.

—A lo mejor entre esos «otros objetos» está la película —dijo Benítez.

—¿Y tú te fias de ese anticuario? —preguntó Chema, viendo vorazmente cómo Efraín guardaba el relicario en el bolsillo de su saco.

—Le confiaría las niñas de mis ojos llorones si tuviera que venderlas —respondió Efraín dejando escapar una de las minúsculas lágrimas que le habían ganado el apodo de El cocodrilo.

—De quién fue la culpa no quiero saberlo —tarareó Benítez con aire churumbelero—. No sé si fue tuya o fue de la suerte, o fue culpa mía por no comprenderlo, que en vez de olvidarte penaba por verte.

Chema tomó el vaso que el mesero había puesto sobre la mesa. Trató de sonreír para hacer un brindis por algo —por cualquier cosa, por Renoir o por María— pero su cara se deshizo en una mueca de rencor. La escandalera de la cantina se le confundía con los acelerados latidos que retumbaban en su pecho.

—Tienes el corazón más sordo y necio que un puñal aterido —recitó Efraín—, más hueco que un milagro. ¡Tu corazón, penumbra aniquilada!

Aquellos versos (que Chema sabía habían sido dedicados a María) acabaron por dar forma a la incongruencia de su deseo, al poder de sus dudas, a la amarga sensación que le crecía en el bajo vientre cuando pensaba que su amor se había desnudado para otro.

—Tu suave corazón, tu carne mía (¡oh, jaula de mi voz, prisión de mis tinieblas!) me duele con las mismas lentas eternidades.

De ahí al insomnio, a la desesperación, al recuerdo obsesivo de aquella vez en que saltó al cuarto de María, había pasado un suspiro, una noche o dos; de esa declaración infausta de Efraín a llamar a su amigo René Clair a París para pedirle que averiguara si Renoir estaba vendiendo unos objetos relacionados con María, había habido unos cuantos sobresaltos, unos pocos días; de la voz cascada de René Clair (que llamó de regreso al poco tiempo para hacerle un guiño a su destino y confirmar sus sospechas), a tomar el avión, a hospedarse en el hotel D'Angleterre en la Rue Jacob y planear la entrevista con Renoir, hubo solamente un momento de locura que duró semana y media. Pocas cosas hay tan excitantes en la vida como irse en pos de una fantasía.

El graznido de una bandada de patos que volaba hacia el sur lo trajo de regreso a la terraza del café desde donde observaba la casa de Renoir. A su lado una pareja de franceses se hacía arrumacos y el mesero, recargado en la puerta, encendía un cigarrillo con la mirada perdida en la Rue Monge. Todos ignoraban que en la casa de enfrente se escondía un tesoro por el que Chema podría dar parte de su vida, un tesoro que había inspirado, incluso, una suerte de plan a lo Henry James, fraguado entre René Clair y él mismo, pero que en su mayor parte se debía a la imaginación del gran director de comedia ligera, al verdadero creador de la imagen de Veronica Lake en *I married a Witch*. El vaudevillista nato que había en Clair sobrevivía a pesar de los años.

La noche anterior se habían citado a cenar en La Closerie des lilas, para que Chema le diera los pormenores de cómo Efraín y Benítez lo habían informado, serena y despiadadamente, de las reliquias que quería vender Renoir; describió, con morosidad inacabable, los más insignificantes detalles de la imagen encerrada en el relicario de plata y concha nácar (como si en verdad un desnudo de María pudiera ser una reliquia); le repitió que estaba desesperado y le rogó que lo ayudara: o se hacía de las fotos o enloquecería sin remedio. Clair le pidió un poco de tiempo, por lo pronto no sabía qué aconsejarle. El sonido apagado del *blues* que interpretaba el pianista de la entrada acentuó la imagen insomne que Chema llevaba colgada de las ojeras. De no ser por la cantidad de gente que se perdía tras las arcadas verdes y las jardineras con lilas que cubrían el restaurante, Clair hubiera entonado ahí mismo uno de los *spirituals* negros a los que era tan afecto. El fantasma burlón de los velorios daba marometas de saltimbanqui a su alrededor.

—Váyase a dormir tranquilo, Chema, —dijo René Clair entre bostezando y sonriendo— le aseguro que ya se me ocurrirá algo por la mañana y entonces lo llamaré.

Ese «algo» fue que le había concertado una cita por teléfono con Jean Renoir.

A las tres volvieron a encontrarse, junto a la estatua de María Estuardo, en los jardines de Luxemburgo, para que René Clair lo acompañara hasta las puertas de la casa Renoir. Chema estaba en ascuas, sólo tenía la promesa de su amigo de que todo iría bien, que ya le contaría cuando se vieran. Era una tarde clara y brillante, que

desmentía a todos los poetas que han cantado al cielo plumizo de París. La arboleda ya estaba pintada con los ocre y sienas del otoño, y el pico de la torre Eiffel señoreaba a lo lejos apuntando al infinito.

Mientras esperaba, Chema evaluó su vida: en París o en México, viajando o metido en su apartamentucho de la colonia de los Doctores, hiciera lo que hiciera, siempre había vivido deambulando por los oscuros cuartos de su deseo, paseándose en silencio por la fantasmal calle de Pedro Moreno que guardaba en su memoria. Todo lo demás se opacaba, perdía consistencia, pues al menor pretexto —un hecho fortuito, un ruido, el aroma perdido de un platillo, cualquier cosa— lo llevaba en cuestión de segundos hasta el soñado cuarto de María. Podría asegurar que había vivido en aquel sueño, haciendo de vez en cuando visitas furtivas a la realidad. Ante semejante conclusión (que dejaba su vida en calidad de estantigua) no se le ocurrió otra cosa más que subirse a una destartada báscula y por un franco supo que tenía cinco kilos más de lo que creía era su peso normal.

René Clair apareció al poco tiempo, rengueando por una vereda. Era imposible que perdiera su aire de duende socarrón.

—¿A qué hora le llamaste? —preguntó Chema, con ansiedad irreprimible, saliendo con un respingo de sus cavilaciones.

—Muy temprano. Renoir, como yo, es un madrugador —contestó tomándolo del brazo—. Le dije que querías hacerle una larga entrevista, que eras un chico brillante al que yo conocía desde hace años. Le pedí que te viera esta misma tarde.

—¿Qué te contestó? —volvió a preguntar Chema, sobándose la mejilla, para disimular su nerviosismo, al ritmo del paso cansado de René Clair.

—Que estaba bien, que te vería a las cinco y media. No mostró mucho interés, pero estará intrigado por saber cuánto te puede sacar. Renoir siempre ha sido muy tacaño, no te creas. Si es verdad que quiere hacer una nueva película por su cuenta, estará ansioso por conseguir quien lo financie, y ahí es donde entras tú.

—¿No había dicho que se retiraba?

—El cine es una enfermedad, una adicción muy difícil de curar. Yo estuve con él cuando anunció su retiro. No te lo puedes imaginar, es un viejo con gracia pero muy mentiroso, dijo que era una pena abandonar una profesión en la que estaba empezando. ¡Qué bárbaro! A los setenta y cinco cree que apenas empieza. A eso llamo yo optimismo.

En la columna de espectáculos del Boulevard Saint Michel, Clair se detuvo para ver el afiche que anunciaba el concierto que George Moustaky, el triunfador del Festival de la canción ligera de Venecia, daría la próxima semana.

—Supongamos que accede a lo de la entrevista —continuó Chema, tirando del brazo del director—, ¿cómo le voy a hacer después para sonsacarle lo de las fotos?, ¿no te dije lo que le contestó a Fuentes?

—¡Ay Chemita! Nunca vas a cambiar, ¿verdad? Irás a la cita, te harás pasar por un periodista sofisticado y decadente, con mucho *glamour*, de esos que tienen casas

en Acapulco y toda la cosa —René Clair hablaba moviendo las manos y el cuerpo, ajustando sus gestos a la idea del hombre que tenía que interpretar Chema, como si lo estuviera preparando para la próxima escena que filmarían juntos—. Digamos que te presentarás con un *touch* de cine mudo en tus maneras y le pedirás que te rente un cuarto. Su casa es muy grande y parece que tiene muchas habitaciones desocupadas.

—¿Cómo crees, René? Yo soy más torpe que un oso bailarín para andar diciendo esas cosas.

—Es un buen pretexto. Se me ocurrió en la madrugada y todo lo que se me ocurre en las madrugadas es genial. Así lo podrás entrevistar cuando esté desocupado y no tendrás que concertar citas sin ton ni son. Ya en la casa tendrás oportunidad de intimar con él y le caerás con lo de las antiguayas. Ofrécele una buena cantidad por el cuarto, si es verdad que necesita el dinero aceptará sin chistar.

René Clair era casi tan viejo como Renoir, se veía muy cansado y caminaba quejándose de una gota que acabaría por llevárselo a la tumba, pero no perdía el buen humor y el gusto por las aventuras que él definía como «simpáticas».

—¿No sería mejor ir con el anticuario y ver los objetos? —preguntó Chema, deslumbrado ante la inesperada aparición del Panthéon: *Aux grand hommes la patrie reconnaissante*.

«Cualquiera, con un poco de sensibilidad», pensó Chema, leyendo las letras doradas que resaltaban bajo el frontón neoclásico, «hubiera escrito ese —¿mensaje, slogan, declaración de principios?— en latín».

—¿Y si no tiene la película? Porque a ti lo que te interesa es la película, ¿no? ¿Qué vas a hacer entonces?, —dijo Clair, con la vista puesta, como Chema, en la alta cúpula del monumento en honor a los héroes de la Francia. Porque el anticuario va a salir corriendo a comprarla y quién sabe si te la quiera vender después.

—Pues sí, en eso tienes razón.

—Además, no tendría ningún chiste —agregó sonriendo—. Es como si Calixto hubiera ido a ver al papá de Melibea para pedirla en matrimonio y sanseacabó.

Pasaban junto al hotel tres estrellas llamado Des Grans Hommes. Chema pensó que era una parada obligada si uno quería acabar sus días en el *Panthéon*.

—¿No hay algo que puedas tomarte en serio? —preguntó Chema sin saber a qué se refería.

René Clair miró despreocupado hacia la estatua de J. J. Rousseau.

—Por ahí andan diciendo que Jean se ha vuelto un poco brujo —comentó el director de *vaudevilles*, como si las dudas e inquietudes de Chema lo tuvieran sin cuidado—, que le da por ritos misteriosos y que colecciona toda clase de objetos extraños.

—No puede ser. Son puros cuentos de sus detractores.

—A lo mejor no. Él mismo me contó alguna vez que un amigo de su padre era aficionado a la brujería y le confiaba los experimentos que hacía con magia negra. Jean, escondido en el estudio de don Augusto, escuchaba cosas espantosas que a su

padre lo hacían reír. A lo mejor le ha dado por buscarle por ahí, ¿no te parece? A la vejez viruelas.

Clair soltó una carcajada tosijienta que se fue rebotando por las paredes de la callejuela empinada por la que caminaban.

—En cualquier caso —dijo Chema—, nada de eso tiene que ver con mi proyecto.

—De no ser porque te puedes aprovechar de su locura, nada, pero no importa, dejémoslo así. En algo sí tienes razón, estoy seguro que aceptará la entrevista, pero no hay garantía del resto. Conseguir la película va a depender únicamente de tu ingenio.

Cruzaron en silencio la Place de la Contrescarpe. El viejo reloj de la esquina marcaba las cuatro de la tarde y el sonido de la fuente diluía el taconeo de una jovencita que caminaba presurosa entre los árboles y las farolas muy *Belle Epoque*. La plática de los parroquianos de La Chope parecía condensar el rumor monótono de cada rincón de la plaza. Chema se dio cuenta que, entre otras cosas, este París de ahora estaba como habitado por un río de ruido que se arrastraba por todas sus calles.

René se detuvo un poco, cargó el cuerpo sobre el brazo de Chema y se apretó el corazón con la mano derecha.

—No entiendo por qué me gusta caminar, si parece que dejo la vida en cada paso —y dando un suspiro de gracia señaló una calle peatonal en la que Chema pudo leer una placa: «*Rue Rollin. 1661-1741. Recteur de L'universite de Paris*».

José María Sánchez, alias Lucifer, no dijo nada, se limitó a dejar que su amigo se abandonara a su cuidado. Se sintió prisionero de un temor que había ido creciendo hasta aparearse con su melancolía, y que alcanzó su mayoría de edad cuando se percató, a los pocos pasos, de que la Rue Rollin destruía todos los ruidos y se sumía en una rara tranquilidad.

—Se me está ocurriendo que solamente habrá una manera de que pueda hacerme de los tesoros de Renoir —dijo Chema, abriendo los ojos como si a lo lejos viera a un espanto.

—¿Cuál?

Chema vaciló un instante, repentinamente impresionado por el espectáculo decadente que ofrecía, a esas horas de la tarde, la casa del final de la calle.

—Haciéndole el amor a la sobrina —dijo impertérrito—. Ella me llevará a la película porno.

—¡Ah! —exclamó René Clair—. ¡Espera a conocerla primero! Buena suerte Casanova.

—Te apuesto lo que quieras que lo consigo —agregó Chema, no sé si confiando en sus dotes de galán un tanto *demodé*, o porque no tenía otra forma de aplacar su miedo.

—No apostemos, simplemente prométeme que me dejarás ver la película contigo.

Bajaron por una escalera que los condujo hasta un descanso en que se encontraba un pórtico tallado en piedra.

—Parece que yo llego hasta aquí —comentó el viejo director, dejando, como siempre, que un gesto travieso iluminara su mirada.

Chema, José María Sánchez, alias Lucifer, se quedó muy asustado, viendo cómo su amigo descendía el resto de las escaleras y abordaba un taxi, abandonándolo, como se dice, a su destino. Vio el número uno al lado de la puerta y la mano de bronce al centro de los gruesos tablones de madera. Quiso llamar pero no se atrevió. Bajó las escaleras y fue al café de enfrente a beber un Ricard que le diera ánimo.

El miedo, el susto, la sorpresa de sí mismo no lo dejaron tranquilo durante la hora y media que transcurrió desde que se despidiera de René Clair. Chema había hecho ostentación de una audacia que no tuvo siquiera en su más tierna juventud. ¡Salir con la promesa de que seduciría a la sobrina! ¡No tenía límites! «A la vejez, viruelas», pensó, recordando que Renoir podría ser un poco brujo.

En la acera de enfrente, la casa pasaba del anaranjado a una tonalidad avioletada, como si minúsculos puntos magenta nacieran entre las motas mandarina que, como reflejos de agua, se habían deslizado de arriba a abajo de la fachada, anunciando el final de la tarde.

Mademoiselle Tina era una mujer huesuda, de un metro setenta más o menos, de modales zafios, que debió haber tenido alguna gracia en su juventud, hacía ya veinte o treinta años. Ahora, a pesar del maquillaje, de los gestos exagerados, de las poses estudiadas, le era imposible disimular los rastros que la decrepitud habían marcado en cada rasgo de su rostro. Chema se sorprendió no sólo de su fealdad, sino de que ella y no un sirviente le abriera la puerta.

—*¿Se vu le mexicaine?* —le preguntó con un acento que delataba una extranjería que él no pudo identificar.

Chema asintió con la cabeza mientras la mujer le indicaba con un gesto indiferente que lo siguiera. Por el efecto de una luz que quedó a sus espaldas, sus sombras se proyectaron, enormes y delgadas, a lo largo del estrecho túnel por el que caminaban. Chema no quitaba la vista de ella, pues se había llevado un susto de angustia al comprobar su atuendo. Al principio le pareció una simple cascada de encajes y flores, pero al mirarla con atención se dio cuenta que remedaba a una ninfa. Llevaba un vestido largo, de talle plisado, con los hombros descubiertos, que se arrastraba por el suelo produciendo un murmullo intermitente; la amplitud de las caderas delataban el uso de una pequeña armazón (resto de aquellas que usaban las mujeres francesas en la corte de los Luises) disimulado tan sólo por un cinturón negro, que no era otra cosa que un largo listón de terciopelo que formaba un moño sobre las nalgas y caía con dos largas colas hasta el suelo; en la cabeza lucía una corona de margaritas y buganvillas, de la cual se desprendían algunos pétalos que quedaban como rastro de su camino.

Mlle. Tina era sin duda una mujer extravagante, que compensaba su altivez con un auténtico desprecio del ridículo. René Clair había tenido razón: antes de proponerse seducirla debió esperar a verla. Había algo repelente en ella, y la sola idea

de enamorarla lo amilanó desde el principio, pero, como decía su padre cuando alguien faltaba a su palabra, «a la promesa que se ha echado a volar no se le puede coger el ala».

Si el pasillo era oscuro y la única luz provenía de ese reflector oculto a sus espaldas, la sala que encontraron tras un recodo rebosaba una luz que parecía surgir de los colores pastel de las paredes y los muebles. Sin haberse percatado de nada, Chema estaba dentro de un cuadro de Pierre Auguste Renoir: los tapices de las paredes eran rosa, y las gruesas cortinas, aquí y allá, de color fucsia; había cojines de todos colores tirados por el suelo, entre los tapetes persas de diferentes tamaños que ayudaban a dar la sensación de que ese cuarto único era, en verdad, un conjunto de pequeñas estancias, cada una con un mueble u objeto que lo distinguía del resto: una lámpara Tiffani, una mesita oriental, un *chaise longue*, un grupo de macetas atiborradas de palmas y azaleas, un candil con velas, una puerta de caoba con finos grabados venecianos, o un viejo bargueño en un rincón; en fin, detalles y detalles por todos lados. Las paredes, cubiertas simétricamente con cuadros de mujeres desnudas (seguramente pintadas por el mismo Renoir, como si no bastara que el lugar entero emulara a alguno de sus cuadros), contrastaban con aquel amontonamiento arbitrario de objetos que, en conjunto, resultaba apabullante pero del que era imposible apartar la mirada. Chema lo recorrió todo de una ojeada, experimentando la sensación que se suele sentir en la sala de un dentista.

Mlle. Tina se tiró en un sofá, tomó una pequeña sombrilla que le quedaba a mano, y jugueteando con ella, miró a su invitado con una audacia desenfadada.

—Me voy a permitir sugerirle que no se impacienta —le dijo en un español que ya no dejaba dudas, ahora, de su origen americano—. En esta casa el tiempo transcurre de una manera extraña y seguramente mi tío vendrá en un momento.

En una esquina, Chema descubrió una terraza, cubierta por un toldo de rayas rojas y crema, que daba a un jardín. Esa visión, como un milagro, lo rescató de tanta inconsecuencia y le recordó que debía comportarse como un personaje que tuviera un *touch* de cine mudo en sus maneras.

—¡El jardín! —exclamó mientras se adelantaba presuroso hasta la puerta, haciendo una imitación bastante amateur del periodista sofisticado, con casa en Acapulco y toda la cosa—. ¡El jardín! ¡Dígame si les pertenece, por favor!

El tono, los ademanes, la mirada desorbitada resultaba muy de película de Mark Sennet, falsos a más no poder, ¿pero qué no resultaba falso o artificial en aquella sala?, ¿no era la misma Mlle. Tina la viva imagen de la artificialidad?, ¿la mujer fea, horrible, que se disfraza de ninfa?

—¡Qué fortuna! —agregó Chema moviendo los brazos en torno a su cabeza—. Yo necesito, absolutamente, tener un jardín, ¿comprende? Lejos de las flores no puedo trabajar.

Mlle. Tina lo miró asombrada, extendió las piernas en un gesto de abandono y abrió la sombrilla sobre su cabeza.

—No le entiendo. No entiendo nada de usted —fue todo lo que dijo, después de lanzar un suspiro roto.

Chema miraba arrobado hacia el jardín. Había sacado medio cuerpo a la terraza y el aroma de los nomeolvides y las flores de azar lo perturbaron. Siguió los movimientos cadenciosos de un gatazo persa que caminaba entre los arbustos, y se volvió extasiado hacia Mlle. Tina:

—No he encontrado en todo París un jardín como éste. ¿Sabe usted?, para los mexicanos las flores son indispensables, se podría decir que no podemos vivir sin ellas. Si conociera usted mi casa de Acapulco, llena de tabachines, rosales y gladiolas, me entendería. Allá trabajo febrilmente, y si pudiera hacerlo cerca de este jardín tendría al mismo tiempo algo de mi patria y de París.

Él mismo se asombró de aquel raptó que no sabía si calificar de patriotero o de fervor botánico, pero no le importó mucho porque había surtido el efecto devastador que esperaba en Mlle. Tina, quien se levantó de su asiento y mientras él hablaba se acercó un poco, como si estuviera superando una cierta desconfianza, atraída hacia Chema por un hilo invisible. Se concretó a dejarla venir, esbozando una pequeña sonrisa (a lo Clark Gable), mirándola fijamente a los ojos. Que se le hubiera ocurrido fingir entusiasmo por el jardín, que ese entusiasmo no estuviera previsto en el plan de René Clair, le infundió un valor nuevo, extraño, que mitigó su instintivo rechazo por la solterona.

—Tenemos algunas flores, pero muy comunes —dijo ella, devolviéndole la mirada penetrante—. Antes había una gran variedad, pero es muy difícil cultivarlas: haría falta un jardinero.

—Ese jardinero podría ser yo, ¿por qué no? Trabajaría sin salario... O no, mejor tomemos uno. Tendremos las flores más hermosas de París.

—Es usted muy extraño. Primero manda a René Clair para que interceda frente a mi tío y acepte darle una entrevista, y después se ofrece como jardinero. Típico de los mexicanos.

—Usted lo ha dicho, típico de nosotros. Pero no sé por qué se extraña, usted habla como mexicana.

—No soy mexicana —declaró Mlle. Tina, bajando los ojos para observarle fijamente la boca.

—¿Puedo preguntarle de dónde es? Habla usted muy bien el español.

—No sé. Creo que nací en California. Posiblemente mi familia haya sido mexicana, pero no lo sé. En verdad que no lo sé. Mi tío me recogió en su primer viaje a los Estados Unidos, hace ya muchos años.

Chema observó su rostro con el vago intento de descubrirle una recóndita belleza, pero fue inútil, como hay bellezas de las que es imposible dar una idea, así hay fealdades que escapan a cualquier descripción. No tenía ningún defecto físico, no había cicatriz alguna, era solamente muy fea. Los ojos bizcos, almendrados y hundidos, subrayados por las ojeras azuladas que nacían en el lagrimal, resaltaban al

centro de la cara como dos farolas apagadas; el color acebollado de la piel delataba, efectivamente, la posibilidad de un cierto origen mexicano; su nariz era prominente y ganchuda, y dos grandes orejas sobresalían sobre el cabello coronado por las margaritas y las buganvillas; un mínimo esfuerzo de imaginación dejaría entrever su calavera. «Podría tener una mezcla de sangre tarasca con hindú», se dijo Chema en silencio, sin que un solo gesto lo delatara.

—Permítame —dijo Mlle. Tina toda rutilante—, voy a ver qué pasó con mi tío.

Chema caminó por la sala y sobre una mesa llena de retratos antiguos descubrió, entre el polvillo de un rayo de sol, una pintura de María vestida de odalisca. Más que una pintura, era una fotografía coloreada al estilo de los viejos daguerrotipos del siglo pasado, que estaba pegada sobre un espejo antiguo, o artificialmente avejentado, y para mirarla de cerca uno tenía que ver el reflejo de su propio rostro entre los fragmentos de la hoja de platino. Chema, como le hubiera pasado a cualquiera en su caso, sintió que María, su pequeña foto coloreada, se quería meter entre sus ojos, y recordó la escena en que ella, ondulando el cuerpo, luce ese disfraz de odalisca prófuga de *Las mil y una noches*.

—¿Se podrá imaginar lo que sentí? —me dijo esa noche cuando vino a pedirme que le preparara unos Manhattan, sin poder evitar un resto de zozobra en su voz, sin evitar siquiera que se le volviera a formar un nudo en la garganta—. Esa foto, esa pequeña foto incrustada en el espejo, me hizo sospechar que el anticuario que le escribió a Efraín no mintió, y que sí, seguramente el viejo Renoir tiene las méndigas fotos con los desnudos de María.

Con la fotografía entre las manos, Chema volvió a aquella película que había acabado por convertirse en el gran homenaje que el cine hizo a la pintura impresionista, y que, como todas las de María, vivía permanentemente en su recuerdo. Dentro de la neblina en que se había convertido su cabeza surgió María, primero en un cartel (el mismo que sigue a los créditos de la película) que bien pudo ser pintado por Toulouse Lautrec, y en cuyos tonos seguramente se inspiró quien coloreó la fotografía que guardaba Renoir; al cartel siguió una María entre oriental y javanesa, sin duda exótica (aún para una odalisca), que bailaba una muy particular versión de la danza del ombligo y que gritaba a los hombres que la admiraban: «vengan, vengan que aquí estoy». En su voz había desdén, fanfarronería y vulgaridad. Entonces, un corte de cámara nos lleva a un cuarto lateral al foro donde María baila; es decir, ese corte coloca a todo el público, de metiche, entre bambalinas, pues por una puertecilla se ve a María bailar de espaldas, ondulante y sensual, moviendo las caderas; el movimiento entero de su cuerpo es demoledor, y mientras todos creemos que está concentradísima en su público, gira en redondo, queda frente a nosotros, sonrío coquetamente y desaparece avanzando al frente del escenario: los espectadores de la película (nosotros y no quien abarrota el cabaret donde está sucediendo la escena) la pierden de vista por un instante que dura una eternidad.

El recuerdo de la escena tenía paralizado a Chema, pues como si estuviera

hipnotizado por el cuadro que sostenía frente a su mirada, contemplaba cuadro a cuadro los movimientos de María; aún más, casi podría decirse que no la recordaba, sino que en cierta forma la volvía a filmar en su cabeza, como si su memoria se hubiera vuelto una cámara con la que era capaz de crear un nuevo ángulo, un encuadre distinto que le permitía descubrir que la lascivia escondida en cada escena era la del ojo tras la cerradura, la que está dentro de la penumbra del sigilo, la de un erotismo clandestino que transcurre en un instante efímero y mágico.

Algo de esa sensualidad quedaba en el espejito con la foto de María, un resto sin intención quizá, que era subrayado por el reflejo del rostro de quien se acercaba para ver mejor su figura contoneante.

—Renoir es un viejo perverso —siguió diciéndome Chema, observando a contraluz el color de su Manhattan.

—Un buen Manhattan se reconoce por su tonalidad ámbar —dije yo, pero él no me escuchó, o no quiso escucharme, pues continuó con su soliloquio:

—Un viejo perverso que nos ha hecho creer en su ingenuidad. Un viejo perverso que está a punto de romperme la vida en pedazos.

Hacía mucho que yo no veía a José María, ya lo dije al principio, él había regresado a México después de unos pocos años de estudio en la Sorbona, y se había hecho crítico de cine mientras yo ahorraba dinero para abrir mi propio bar, pero ahí, esa noche de nuestro reencuentro en el Harry's bar, volví a descubrir aquel brillo extraño de sus pupilas, esa manera (que bien podríamos calificar de infantil) de quejarse del rumbo que estaba tomando su vida, cuando lo que más quería era que ese destino se cumpliera.

—No insista, Chema, abandone la casa y ya —dije, con su mismo tono angustiado, preparando una nueva ronda de bebidas.

—¿Está loco?, ¿cree que voy a dejar escapar la oportunidad de volver a ver desnuda a María? Renoir no tiene derecho a privarme de ese placer.

Hoy evoco, casi con la misma emoción que me causaron entonces, las palabras con que Chema me narró su encuentro con Jean Renoir, no bien Mlle. Tina volvió por él (dándole el tiempo justo para colocar el espejito nuevamente entre las otras fotografías) y lo invitó a pasar a la habitación contigua para presentarlo con su tío. Chema no la oyó llegar, lo tomó como volviendo de un sueño y lo colocó frente al creador de las imágenes más exquisitas, bellas y famosas de su musa, frente a quien (podría decirse) dio brillo y pulió cada gesto de la mujer de sus insomnios, el único director que tuvo la audacia de confiar en ella y estuvo a punto de convertir a María en una buena actriz.

Ya que las sorpresas no tenían ningún recato en el palacete de Renoir, Chema sintió que había entrado a aquel cuarto como quien se mete a un estuche. Las paredes, mejor dicho, la única pared redonda y convexa del cuartito, simulaba una gran concha, una ostra perfecta, de la que emanaba una luz clara y misteriosa. No había una sola ventana y el mobiliario era escaso: un largo sofá, un taburete y un sillón

reclinable; una mesa con una lámpara para leer, algunos libros, y la roja garganta de un viejo gramófono del que ascendía muy silenciosamente, como si nadie debiera escucharla, la evocadora voz de Edith Piaf o Lucienne Boyer: «*Que reste-t-ill de nous amour. Que reste-t-ill de ces beaux jours. Une photo, vieille photo da ma jeunesse*»; y lo más atractivo para Chema, un viejo proyector de 16 mm, colocado sobre un banco (a un lado del sillón) que miraba hacia una pantalla brillante: la gran concha circular parecía abrirse para dar lugar a esa pantalla.

Chema experimentó un curioso y leve escalofrío al comprobar que estaba solo con Renoir, que Mlle. Tina había cerrado la puerta a sus espaldas, retirándose sin hacer ruido. Lo sorprendió un vago olor a podrido, a lágrimas secas o mariscos descompuestos, un olor débil pero perfectamente perceptible, acre y un poco mohoso. Solamente podía ver la nuca del director (la coronilla, para ser más exactos), cubierta escasamente por unos largos pelos blancos, sobresaliendo tras el respaldo del sillón reclinable. El hecho de encontrarse a solas con aquel mito imponente de la historia del cine lo excedía, como si se encontrara frente a alguien incorpóreo, fuera del tiempo, o literalmente resucitado. ¿Cómo iba a comportarse de ese momento en adelante, cuando él se volviera para enfrentarlo? Ya ni siquiera tenía el jardín a mano para evadirse.

Jean Renoir se levantó, apretó el botón de un aparato que estaba junto al proyector y se encendieron unas luces (ahora azuladas) que iluminaron su figura encorvada. Se volvió lentamente, tan lentamente que Chema recordó las figurillas de las cajas de música cuando se les acaba la cuerda. Había algo expectante, un mucho de suspenso en la forma en que el director quedó frente a él. Una gruesa capa de polvo cubría el rostro de Renoir, y sus labios pintados de rojo, las mejillas coloreadas con colorete colorado, los párpados ocultos por una sombra verde, le recordaron a Chema la letra de un viejo bolero. Todo su rostro producía el efecto de una máscara a punto de romperse. Renoir sonrió alegremente (sin miedo a que se le cuarteara el maquillaje), se alisó los cabellos revueltos y esperó a que Chema se acercara. Parecía —con su raído traje de satín blanco bordado en oro, las medias rosa y las zapatillas de señorito del siglo XVIII— una figura fantasmal al acecho de todo lo que pudiera hacer su invitado.

—Mi querido maestro —dijo Chema tartamudeando, tirándose a sus pies para besarle la mano.

Renoir se concretó a hacerle piojito en la cabeza, emitiendo unos mujiditos llenos de excitación. Chema comprendió que no importaba qué edad tuviera, era tremendamente viejo, tan viejo que ese vestido de abogaducho de la corte de los Luises podía pertenecerle desde su lejanísima juventud. Le tranquilizó pensar, sin embargo, que si su ídolo era capaz de maquillarse de esa forma tenía el ánimo suficiente para sobreponerse al peso de la historia; podría pensar, incluso, que se encontraba en una etapa de la vida que podríamos llamar «de remodelación».

—Levántate hijo mío —dijo Renoir—. Nada de esto estaba previsto en el guión.

El anciano tenía la voz frágil, pero su español era agradable (aunque la «g» arrastrada de algunas palabras las hicieran inentendibles). A José María Sánchez, alias Lucifer, le resultó maravilloso imaginar que esa voz había resonado alguna vez en el oído de María.

Besando la mano de Renoir atisbo el proyector y la pantalla, pues hasta ese momento comprendió que se encontraba en una sala de proyección privada, y sospechó, con un vuelco de corazón, que Renoir veía ahí las escenas prohibidas de sus películas, que tenía en ese cuarto un gran ojo de cerradura para atisbar su mundo, para ver sus sueños una y otra vez. Chema tuvo la impresión de estar agarrando la mano de un perverso camuflajeado de snob.

—Levántate, te digo —repitió sonriendo—, que no tenemos mucho tiempo.

—Es que... no esperaba verlo así.

Había dicho una torpeza de la que ya era demasiado tarde para arrepentirse o intentar componer con otra frase. Así, ¿cómo?, ¿viejo, disfrazado, calvo, pintarrajeado, iluminado por el reflector azul? Renoir no hizo caso, como si supiera que su presencia era más extraña, más inusual que su disfraz o el maquillaje, y sin embargo contestó de una manera ambigua, que dejaba abiertas todas las puertas a la imaginación.

—A mí me parece de lo más natural...

Chema se levantó, y para salir del embrollo en que tan torpemente se había metido, empezó por asegurarle que temía que su mutuo amigo, René Clair, hubiera exagerado al manifestarle sus pretensiones; él era un honesto crítico cinematográfico, que con un dinerillo extra publicaba una revista mensual, y ya que la incertidumbre de su retiro, o de su regreso, era la comidilla de todos, había pensado en hacer un largo reportaje acerca de su obra.

—¿Cómo te parece esto? —comentó Renoir, dejando aparecer en su rostro esa gran sonrisa que en la opinión de algunos lo hacían parecerse mucho a Chaplin—. «Mi vida y mis filmes».

Chema, que pensaba seguir adelante con su perorata justificatoria (asegurándole que podía confiar en que el de la voz era un hombre con palabra de honor, una persona altamente respetable e inofensiva), se vio sorprendido por ese «sí» tácito que sugería el título de la entrevista.

—Tengo muchísimas ganas de escribir un libro con ese tema —agregó el director como viendo al frente una marquesina imaginaria—: *Ma vie et mes films*. La entrevista puede darme pie a ello. La grabaremos y yo me quedaré con una copia. Será parte del arreglo.

Por un momento Renoir cambió de lugar y su rostro entró en una zona de sombras. Se movía como si supiera cada detalle de la luz y los efectos que con ella lograba. Aunque solamente podía ver la parte inferior de su rostro empolvado. Chema sintió sus ojos penetrantes clavados en él. A pesar de la edad y del largo proceso de deterioro que seguramente traía consigo esa plasta de maquillaje, su semblante

conservaba una delicadeza que alguna vez debió de ser notable. Chema se lo imaginó, en su lejana infancia, con la cara enmarcada por sus rubios caireles, posando para un cuadro de su padre. ¿Se disfrazaría en recuerdo de él, para no sentirse tan viejo, para ser siempre el personaje de sí mismo? Renoir daba la impresión de hallarse en un estado de absorta fantasía.

—¿Cuánto piensa pagarme? —preguntó el exniño de los caireles, saliendo de la sombra e instalándose nuevamente al centro de la luz azulada.

—Naturalmente le pagaré lo que usted juzgue conveniente. Y por adelantado.

Con su cálida risa jadeante, con su torpe imitación del periodista de mucho mundo, con sus manos volando frente a su cara, Chema trataba de hechizar al viejo director.

—De acuerdo, en ese caso, cinco mil francos —dijo Renoir instantáneamente, mientras la engañosa iluminación que descendía de la concha acentuaba la sombra verde de sus párpados.

Con el entusiasmo que Chema había sentido con el rápido «sí», creyó que Renoir le daría la entrevista por una bicoca, pero su lógica había fallado y la cifra era asombrosamente elevada para su bolsillo. Podía regatear, hacer al menos algún gesto de sorpresa, pero recordó los consejos de René Clair y se dio cuenta que no tendría caso discutir. Una ojeada al proyector de 16 mm lo convenció de que podía haberle pedido una cantidad cinco veces mayor, que él habría aceptado con la misma premura.

—Empezaremos cuando usted quiera.

—También está el asunto del jardín —dijo Chema tímidamente.

—¿El jardín?

—Sí, el que está afuera, el jardín de la casa.

—¿Qué tiene que ver el jardín? ¿Está usted loco?

—Perdóneme, maestro, es la emoción. Mire, mientras lo esperaba he visto que tiene usted un jardín bellissimo y pensé que podría rentarme una habitación para estar cerca de él.

—¿No tiene usted dónde vivir?

—Sí, sí tengo, pero soy una de esas personas que necesitan de las flores para inspirarse. Todo sería más fácil para mí si pudiera ver su jardín todos los días. Además, así podría entrevistarle a la hora que usted estuviera disponible sin necesidad de hacer ninguna cita previa.

—¡Qué curioso! A mi padre le pasaba lo mismo. Tenía obsesión por el perfume de las flores. Decía que lo necesitaba para trabajar. Fíjese, una vez en un pueblecito llamado Magagnosc, donde vacacionábamos todos los veranos, teníamos una preciosa casa rentada en las afueras. Habíamos pasado ahí varias temporadas y mamá estaba encantada; teníamos todo lo necesario y nadie hubiera pensado jamás que nos cambiaríamos, y sin embargo, en una visita que papá hizo a un amigo, se encontró con una cabaña vacía, incómoda y muy humilde, pero que colindaba con un

invernadero y estaba frente a un bar llamado Cafe des Amis. Mi padre no lo dudó mucho, alquiló la cabaña y tuvimos que mudarnos urgentemente. Pasó las tardes restantes de aquel verano en el bar, escuchando a la gente del pueblo mientras aspiraba el perfume de las flores que el viento le traía desde el invernadero. Durante las mañanas, en su estudio, mandaba traer a alguna de las personas que había escuchado (preferentemente una mujer), le rogaba que posara para él (preferentemente desnuda), y recordando el aroma que había acompañado sus palabras, se inspiraba para darle a su modelo el gesto preciso, el tono adecuado para cada uno de sus rasgos. En el reino de mi padre, el buqué de las flores, los desnudos y el paisaje fueron asuntos cotidianos, tanto como los picaportes, los paragüeros, las mecedoras o las lámparas de aceite.

Chema pensó que se había ganado la confianza de Renoir y que esa confianza sobre su padre le garantizaba el éxito de su empresa.

—Si me paga otros cinco mil francos —dijo Jean Renoir, contradiciendo su confianza— le rento una habitación del piso superior.

Acababan de cerrar el trato cuando se abrió la puerta y apareció Mlle. Tina en el umbral. Su figura se recortó en el callejón de luz que se formó instantáneamente. Era una silueta sin rostro, formada por una sola sombra opaca entre la luz que definía nítidamente sus contornos, con una mano puesta en el picaporte y la otra en posición de jarra sobre la cadera: una silueta perfecta, que desmentía la fealdad sin chiste de la solterona.

En cuanto el anciano director advirtió su presencia exclamó alegremente:

—¡Diez mil!... Nos dará diez mil mañana mismo. Cinco mil por la entrevista y cinco mil por un mes de renta de alguna habitación del segundo piso.

La recién llegada avanzó unos pasos hasta que la luz de la concha la volvió ella misma. Mlle. Tina movió de su tío a Chema sus ojos impacientes, y luego profirió un suspiro.

—¿Diez mil francos?

—¿Dijo francos o dólares? —inquirió vivamente Renoir.

—Usted dijo francos —repuso Chema con extrema cortesía, pero muy enérgicamente—. Mañana, cuando me mude, se los entregaré en efectivo.

—Está bien —aprobó Mlle. Tina, como si intentara disipar la situación embarazosa en la que los había colocado la pregunta de Renoir. Guiñó un ojo a Chema con malicia (y hasta con cierta obscenidad), mientras se acariciaba la cadera abultada por el armazón de alambre.

—¿Qué sabes tú lo que está bien o mal? —exclamó Renoir con un rencor lleno de vehemencia, caminando en redondo, como si quisiera exhibir la cojera de la que había hecho ostentación desde que fue herido en la Primera Guerra—. No eres más que una ignorante.

—¿Me permite estrechar su mano para sellar nuestro pacto? —fue todo lo que se le ocurrió preguntar a Chema para cambiar el rumbo de la plática.

—En mis tiempos no se estilaban esas cosas —respondió Renoir con una dignidad que desmentía su voracidad y tacañería—. Yo pertenezco a otra época.

Chema pensó instintivamente en todos los aristócratas que aparecían en sus películas. El comandante alemán de *La gran ilusión* que mientras manda a fusilar un batallón de plebeyos intima con un comandante francés porque ambos provienen de la nobleza; el barón de *Los bajos fondos*, que se deja arrastrar por un ladrón profesional después de haber cambiado su testamento; el empresario de *French Can Can* que a pesar de su entusiasmo, siempre mantiene una actitud complaciente y distante (que no se puede calificar sino de aristócrata) frente a la pasión que sus subordinados sienten por el baile popular. La aristocracia en Renoir era una idea de raza, un principio, que nada tenía que ver con los modales, y de la que, ahora lo comprobaba, ninguno de sus personajes sacó nunca el provecho que él cotidianamente obtenía.

—Usted servirá lo mismo para el caso —dijo Chema, estrechando la mano de Mlle. Tina, mientras ella hacía una ligera reverencia.

Chema sintió que la mofa, el sarcasmo y el desprecio que Renoir podía sentir por él, se concentraban en todo el cuarto hasta el punto de asfixiarlo.

Mlle. Tina le indicó con un gesto que la entrevista había terminado y le pidió que volvieran a la sala. Renoir no se dignó despedirlo y volvió a sentarse en su sillón reclinable. Apagó la luz azulada, prendió la lamparilla de mesa y tomó un libro. Chema solamente vio de él, otra vez, los cabellos alborotados de la coronilla. Se alejó con la tonadilla de la canción pegada a los labios: *Que reste-t-ill de nous amour. Que reste-t-ill de ces beaux jours.*

Pensó que su anfitriona le enseñaría sus habitaciones, pero no, sin hacer ningún comentario lo condujo hacia el pasillo de salida, mirándolo con su sonrisa opaca y su gesto de joven torpe e irresponsable, cómicamente en desacuerdo con los rasgos marchitos de su figura.

—¿Siempre se viste su tío de esa manera? —se atrevió a preguntarle a la solterona, tomando el riesgo de que le soltara un bofetón.

—No. Hoy tenemos una fiesta de disfraces. Él asistirá vestido de Casanova y yo de la Primavera en el cuadro de Botticelli.

Chema se quedó como si le hubieran dado con la puerta en las narices. ¡Una fiesta de disfraces! ¡Casanova y la Primavera! ¡Qué chasco! Es verdad que se sentía feliz por haber concretado al menos la primera parte de su plan, pero haberlo confundido todo, no percatarse de que la artificialidad de sus anfitriones no era, para decirlo de alguna manera, común, le hizo sentir una inmensa tristeza. Si todo había empezado con un enorme desconcierto (al que él trató de sobreponerse interpretando los motivos de sus anfitriones para vestirse con ese desprecio por el ridículo), terminaba en una manera devastadoramente ramplona.

Mlle. Tina le tendió la mano y Chema se la estrechó con cierta rabia, sin permitir que la retirara.

—No sé si esto cambiará su concepto de las cosas —dijo ella sin inmutarse—, pero el dinero es para mí.

—Se refiere usted a que ahora que lo sé, podré pensar que el dinero que su tío me ha pedido es demasiado —dijo Chema tratando de olvidar su torpeza, sin hacer una sola interpretación más de lo que veía o escuchaba.

—No, a que lo traiga usted mañana mismo.

Los ojos orientales de Mlle. Tina lo veían fijamente, alargándose y alargándose, dejando que el brillo de sus pupilas se encendiera entre los párpados que parecían jalados por los extremos. Era un gesto de tonta suspicacia, que de vez en cuando fallaba o caía, y el sentido de su mirada se perdía en una serie de tics incontrolados.

—Nada de eso —respondió Chema.

—Lo necesito. Lo necesito mucho —dijo ella con fervor, mirándolo con aquellos ojos que (ahora entendía la fiebre de los tics) veían uno a la derecha y otro a la izquierda.

—Va usted a conseguir que desee quedarme dos o tres meses y que pague todo por adelantado —exclamó Chema con la mayor benevolencia de la que era capaz, aunque empezaba a incomodarle la coquetería culpable escondida en su cortejo.

—Es usted muy atrevido —respondió la solterona apretándole la mano con firmeza.

«A la promesa que se ha echado a volar no se le puede coger el ala», recordó Chema. «Ciertas promesas son irreparables». Tragó saliva y agregó con voz pausada:

—Porque usted me provoca... posee una rara y secreta belleza... una belleza que tan sólo un verdadero conocedor de las mujeres percibiría... una belleza de una sensualidad refinadísima... Hace usted bien en disfrazarse de la Primavera.

Todo esto lo dijo dominado por un asco cada vez más intenso, en obediencia a una posible recriminación de su padre, pensando que Mlle. Tina no era sino su silueta recortada en el callejón de luz de la puerta de la salita de proyecciones. ¿Podría ser masoquismo o concupiscencia ese rechazo instintivo que experimentó mientras fingía que la estaba consumiendo con los ojos, maravillado del sonrojo que había aparecido en su cara macilenta?

—Que raro es usted —murmuró ella.

Y en ese mismo instante, jaló la mano bruscamente, lo empujó a la calle y cerró la puerta.

—No sé por qué le dije todas esas cosas —me comentó Chema bebiéndose su último Manhattan—. Me siento un tarugo. ¿Cómo pude creer que vivían así, que no estaban disfrazados, sino que su vida era como un continuo carnaval?

TRES

En honor de Chema (según le mandó decir Jean Renoir con su sobrina), tendrían su primera entrevista en la terraza. La noticia fue toda una sorpresa (para no hablar de la condescendencia de citarlo junto al jardín), pues Chema llevaba viviendo dos semanas en su casa y no había visto una sola vez a sus anfitriones. Se instaló entre ellos sin que, en realidad, vivieran juntos.

Un criado (un viejo chimuelo al que Chema no vio el día en que se entrevistó con Mlle. Tina y Renoir por primera vez), lo recibió cuando trajo su equipaje para mudarse. Sin decirle nada lo condujo al segundo piso y le advirtió que podía ocupar dos o tres habitaciones, las que quisiera, de las seis que estaban disponibles, y le entregó una carta que le enviaba Mlle. Tina. No se prestó a ayudarlo, ni tuvo la amabilidad de enseñarle dónde estaba el baño o los servicios más elementales.

Chema había imaginado que se encontraría con varias recámaras separadas y oscuras, con un aire algo misterioso, más policiaco al menos. Esa parte de la casa debía ser (en su imaginación) irreal, fantasmagórica y hasta un poco aterradora, pero para su desilusión era solamente aquel piso frío, dividido en dos partes sin chiste. Sin pensarlo mucho se arregló un pequeño departamento en el lado izquierdo. Pasó su primer día moviendo muebles, trayendo cosas de aquí para allá, sacudiendo y escombrando para dejar el lugar presentable: si podía ocupar las que quisiera, pensó, qué más daba que dejara vacías tres habitaciones con tal de amueblar las que había elegido. Su habitación quedó del lado del jardín; otra (que llamó estudio) daba a la calle y desde su ventana podía ver la densa espesura de las Arénes de Letuce que, en cierta forma, eran como un jardín ampliado; por último ocupó una estancia, especie de sala de recibir, que desembocaba al pasillo que lo conducía a la escalera. Sólo compartía con sus caseros el pequeño hall de la entrada, donde se iniciaba el túnel que terminaba en la sala «Pierre Auguste Renoir», como acostumbrábamos llamar a la habitación decorada como si fuera un cuadro del pintor.

Chema tomó la costumbre de venir a beber una copa conmigo antes de que cerrara el bar, y algunas noches íbamos a cenar al Lapérouse (para recordar los viejos tiempos) o a pasear por los rumbos de Pigalle.

—Me han dejado prácticamente abandonado —me decía con mal fingida melancolía—. No sé qué pasa con Renoir y su sobrina. Solamente tengo el recado que me dejó la solterona el día que me mudé con ellos, en donde me solicitaba que le hiciera llegar con su criado los diez mil francos, y me pedía, aunque en realidad me ordenaba, que esperara a que su tío se pusiera en contacto conmigo.

—¿No le estarán tomando el pelo? —le preguntaba yo, cautelosamente.

—No creo. Pienso que todo se debe a que son raros, simple y llanamente raros.

Después de todo, puedo hacer lo que quiera, y un trato así revela confianza, ¿no? Puedo vagar a mis anchas por todo el segundo piso y visitar el jardín cuando me venga en gana. Hagan lo que hagan los Renoir, yo puedo estar al tanto de todos sus movimientos y ellos no me han causado la más mínima molestia.

—¿Y qué opina René Clair?

—Todo el tiempo me reprocha mi falta de audacia. Dice que debería tocar a su puerta, dejarles un recadito, hacerles una huelga de hambre en la entrada, o al menos chiflarles cuando me paseo por el jardín. Yo le digo que hasta para ser audaz se precisa una oportunidad: uno puede deslizarse por una brecha, pero no derribar murallas. Malignamente él me contesta que la brecha que me ha abierto Renoir es como para permitir el paso de un ejército, pero que yo estoy cegado por el miedo.

—A lo mejor tiene razón.

—Sólo falta que usted, como René, me acuse de malgastar horas preciosas gimoteando por todo París en vez de estar dirigiendo el ataque en el campo de batalla.

—Yo no llegaría a tanto, mi estimado Chema, su compañía para mí es un placer. Gimotee conmigo todo lo que quiera.

Prefería, entonces, no hacer más comentarios, pero me preguntaba qué podían hacer Renoir y su sobrina encerrados en esa casa, día tras día, semana tras semana, año tras año... y no dejaba de sorprenderme ante tan rigurosa reclusión. ¿Era, más que un simple deseo de quietud, el caso de dos criaturas perseguidas, o el de dos muertos encerrados en vida? Para desmentir su encierro estaba la fiesta de disfraces, pero ésa, también, era una pista falsa para saber cuáles eran sus actividades: ¿fueron ellos a la fiesta, o unos amigos vinieron a celebrarla a su casa? Quien sabe, pues desde que mi pobre amigo vivía con ellos, no tuvieron una sola salida, ni nadie los había visitado.

La situación se pudo prolongar en esa calma chicha durante mucho tiempo, pero una mañana Chema encontró un papelito debajo de su puerta, donde Mlle. Tina le informaba que Renoir lo esperaba en la terraza a las doce del día: «Mi tío me ha solicitado que lo cite al mediodía para tomar una limonada en su honor. Suponemos que la terraza del jardín será de su agrado».

Por primera vez encontró abierta la puerta del pasillo que conducía a la sala «Pierre Auguste Renoir», y recorrió el oscuro túnel con más curiosidad que miedo. En la terraza ya estaba Jean Renoir. Vestía un traje de lino color crema, camisa de seda blanca, corbata de moño roja, y en la cabeza llevaba un sombrero panamá para protegerse del sol.

—Espléndida mañana, ¿no le parece? —dijo cuando vio a Chema parado en la puerta de la terraza—. Tenía usted razón, el aroma de las flores es muy refrescante. Cualquiera se inspira con ellas.

Así, a la luz del día, sin maquillaje y con esa elegancia tropical, Jean Renoir parecía otro, no el viejo irritable y rencoroso que lo recibiera en la salita de proyecciones, sino el hombre amigable, bonachón, que tenía fama de ser amigo a

carta cabal, ése al que María llamaba «My teddy bear», aludiendo al sentimiento, entre ternura y deseo, que sabía inspirar en las mujeres. «Mi querido Jean», decía frecuentemente, «es el hombre más acariciable que he conocido, la lascivia que despierta en las mujeres es la que alguna vez sentimos por los niños».

—Querido maestro —dijo Chema estrechándole la mano afectuosamente—, ¡qué gusto volverlo a ver! Creí que se había olvidado de mí.

—Nada de eso, amigo mío. Conmigo tendrá que ser paciente. A mi edad, la energía del cuerpo va y viene con voluntad propia y nunca sé cuándo estaré disponible para verlo.

—Ni me diga, yo estoy a sus órdenes.

Renoir estaba sentado en uno de esos sillones de columpio que aparecen en las películas campestres inglesas, y la luz del sol caía sobre él de una manera que podríamos llamar placentera. Al verlo con tal despreocupación, Chema pensó que había llegado ahí, al menos con una hora de anticipación, solamente para elegir el lugar donde la luz le sentara mejor.

—¿Sabe usted cómo defino yo a la vejez? —dijo sonriente, como el maestro que se dirige a sus alumnos antes de enseñarles la cuadratura del círculo—: como la necesidad de descansar entre una actividad y otra. Antes requería de una media hora, pero ahora, claro, a veces necesito días enteros para recuperarme y volver a hacer algo. Su visita, no me lo tome como un reproche, me dejó exhausto.

—Maestro... yo...

—No diga nada. Es un simple comentario. Vamos a lo nuestro. Siéntese ahí para que lo vea mejor.

Le señaló un sillón de mimbre que estaba en una esquina del balcón, bajo la sombra protectora de una inmensa palma y desde donde se podía ver la escuadra de la casa. Una mesa de rattan, sobre la que había una grabadora de carrete, un plato con quesos y una jarra de limonada, lo separaba de Renoir.

Chema no tuvo oportunidad, siquiera, de preguntar algo; apenas abrió su cuaderno de notas, Renoir encendió la grabadora y empezó a hablar:

—Podríamos empezar por mi matrimonio. Mi primer matrimonio, con Catherine Hessling, que en realidad se llamaba Andrée Heuschling, y a la que de cariño le decíamos Dédée.

A Chema ya no le quedó ninguna duda de que todo había sido dispuesto previamente. Jean Renoir hablaba al aire, de medio lado, y a su espalda quedaba la sala «Pierre Auguste Renoir» iluminada plenamente por el sol. Daba la sensación auténtica de ser un escenario, como si su entrevistado quisiera remarcar que el *background* de todo lo que pudiera decir estaba contenido en la estética de su padre, el Papa de la pintura impresionista, como lo llamaron en el Louvre cuando hizo su última visita para ver uno de sus cuadros expuesto junto a los de El Veronés.

—Conocí a la futura Catherine Hessling hacia el final de la Primera Guerra, cuando tomaba licencia en Les Collettes, la casa que mis padres tenían cerca del

Mediterráneo. Dédée fue el último regalo que mi madre hizo a papá antes de morir. Él estaba buscando a una modelo rubia para su gran cuadro, *Les Baigneuses*, y mamá escribió a la Academia de pintura de Niza. A los pocos días Dédée estaba tocando a nuestra puerta.

«La llegada a casa de esa mujer extraordinaria fue un alivio. En sus formas no había la vulgaridad de otras modelos, y su cuerpo de belleza clásica —proporcionado y distinguido— inmediatamente nos sedujo, sobre todo a él, a mi padre, que apenas la vio empezó a imaginar una nueva época en su pintura. Estábamos tan cautivados por ella que ninguno se dio cuenta de que mi madre, la bella Aline Renoir, agonizaba sin pausa ni queja, y que su enorme vitalidad acabaría por extinguirse en muy poco tiempo. Los médicos dijeron que murió a causa de la vieja diabetes que la aquejaba, pero yo siempre supe que la tensión nerviosa que le había causado ir a las trincheras, cuando a mi hermano y a mí nos hirieron y ella se prestó para cuidar nuestra convalecencia en el hospital que estaba a unos cuantos metros del frente de batalla, le había robado el último gusto que le quedaba por la vida. Supongo que al ver la vitalidad de Catherine, imaginó que ella podría hacerse cargo de nosotros y se dejó morir en paz».

El jardín en verdad era muy bello. Chema lo había visitado una o dos veces, haciendo como que revisaba el estado de las plantas, pero en realidad para ver si descubría algún movimiento en la casa. En ninguna de esas ocasiones se había fijado bien en él, pero ahora que estaba ahí («para inspirarse», como sugería Renoir) se sintió conmovido por la mezcla de aromas y la combinación arbitraria de colores de las diversas flores que crecían aquí y allá. Tenía un amplio naranjo cuajado de azares; un colorín en flor plantado dentro de una jardinera de piedra; rosales, jazmines, lilas, y setos de crisantemos, gardenias y azaleas, bordeaban sin ningún orden una vereda que conducía a una pequeña glorieta de baldosas cubiertas con moho, en la que había un par de bancas y una fuente de la que brotaba un pequeño e insignificante chorro de agua. Junto a la glorieta estaba la ventana de una recámara, y encima de ésta, la habitación de Chema. El gatazo persa dormía a sus anchas al pie de la fuente, desparramando su pelambre gris y blanco como si fuera una gran alfombra.

—Dédée venía todas las mañanas desde Niza y su arribo nos avivaba como si nos hubieran tocado con una varita mágica. Siempre pensé que antes de morir, mamá le había heredado todos sus dones: la música, el canto, el orden, y el amor por cada uno de nosotros. Catherine nos adoraba por igual, pero tenía una especial debilidad por mi padre. En las mañanas, por ejemplo, mientras se vestía para posar, cantaba las canciones que a él le gustaba oír para iniciar sus sesiones de trabajo. Inspirado por ella, mi padre dijo muchas veces que lo único valioso de la vida era la búsqueda de la belleza.

Curiosamente, la misma casa parecía arreglada para amoldarse al juego de la luz: mientras la sala «Pierre Auguste Renoir» estaba plenamente iluminada (pero a causa de los destellos de sol en los vidrios, su interior aparecía fantasmalmente entre los

reflejos del jardín), la otra ala, la que colindaba con la glorieta, parecía dominada por una penumbra de lástima. «Una parte más en la que no vive nadie», pensó Chema al ver los ventanales enmohecidos y la oscuridad taciturna del interior. Por eso, a causa de su lobreguez, se sobresaltó cuando se encendió una lamparita que provocó un fogonazo de fuego fatuo, y vio sentada en la cama a Mlle. Tina en ropa interior. Había como un hálito de llorosa desolación en torno a su figura casi desnuda.

—No creo que haga falta que le diga que desde que la vi por primera vez me enamoré de Dédée, pero fue hasta 1919, después de la muerte de mi padre, cuando pudimos casarnos. Nos amábamos en secreto desde mucho antes, pero los cuidados de la vejez de papá no nos dieron tiempo para expandir nuestro amor. Una vez solos fue natural que decidiéramos estar juntos todo el tiempo, sin discolerías de ningún tipo. En esa primera etapa de nuestros amores, la clandestinidad que nos brindaban las salas de cine fue muy importante, y aún más, tendría que confesarle que nuestra mutua pasión por el cinematógrafo jugó un papel definitivo en la decisión de, como se decía en aquel entonces, «unir nuestras vidas».

«Dédée poseía, como le dije, una belleza muy clásica, pero con el tiempo fue transformándola hasta que adquirió el aire de las divas que veíamos en la pantalla. Empezó a ser muy Gloria Swanson, muy Mae West, muy Mary Pickford. Imitaba constantemente las maneras, la conducta, la forma de vestir de esas primeras diosas del cine, lo que contribuía a mantener la ilusión de celuloide de los primeros días de nuestro enamoramiento. Yo vivía fascinado observando las transformaciones que efectuaba frente al espejo, aunque, si le soy sincero, no debería haberme sorprendido, pues esas metamorfosis de mi Catherine eran naturales, después de todo, mi padre la había hecho pasar por Ninfa, por Venus, por Diana, y yo estuve desde siempre dispuesto a aceptar que podía ser una diosa, una prostituta de Niza, una diva, o hasta una vampiresa si se quiere».

Sí, era Mlle. Tina: la piel color herrumbroso, los ojillos disparados a los lados, la nariz ganchuda y las orejas como poniendo paréntesis a su cara, eran de ella y de nadie más, aunque así, a la distancia, podría confundirla con otra mujer. Tenía unos hermosos senos pequeños envueltos en un sostén negro. Sus piernas eran largas, torneadas, muy delgadas, y remataban en una cadera menuda y redonda, cubierta por una braguita (de encaje, también negro) que apenas y le cubría el sexo. Chema escuchaba la voz de Renoir como un murmullo y veía cómo Mlle. Tina sacudía una media en el aire y la iba ajustando lentamente a sus pantorrillas y muslos, hasta que la sujetaba con el broche de la tirantera. Su ropa parecía de bailarina de hace un siglo. Sus movimientos eran indolentes y aflojerados, como si un inmenso sopor la consumiera. ¿Se despertaría a esas horas, después del mediodía?, ¿era muy desvelada o muy floja? Se levantó, se echó encima una bata de seda transparente, fue hasta la ventana y se quedó viendo hacia el jardín. Parecía mentira que una mujer tan fea pudiera tener ese cuerpo, que si bien no era prodigioso, resultaba elegante, distinguido, maduro.

—Un día, Dédée me salió con la feliz ocurrencia de que quería ser actriz. Feliz por las posibilidades que su deseo nos abría, yo empecé a pregonar a los cuatro vientos que sería el productor de sus películas, y aporté los dineros para que Albert Dieudonné (quien había interpretado a Napoleón en el filme de Abel Gance) la dirigiera en un pequeño corto que orgullosamente titulamos *Catherine*. La verdad es que terminé dirigiendo la película, pero para mi desgracia, gracias a la farsa, llamémosle «empresarial», que había organizado, me inicié en una de las facetas de mi carrera que hubiera preferido evitarme: la del financiero genial, pues desde entonces he pasado muchos años dedicado a recolectar dinero para las películas que quiero filmar, y con excepción de una o dos ocasiones, solamente lo he conseguido gracias a la ayuda de la divina providencia. Los sinsabores y las angustias financieras me han hecho cometer muchas torpezas, he ido de la opulencia a la bancarrota, y en momentos de locura he rematado mis tesoros más preciados. Alguna vez, incluso, vendí por nada los cuadros que conservaba de mi padre. Aquí donde me ve tan ecuánime, puedo convertirme en un avaro sin límites, en una fiera mercenaria, o en un manirroto escandaloso. Pero bueno, eso es harina de otro costal. Nuestra *Catherine* resultó un fracaso, al punto de que no se exhibió en ningún cine porque un influyente distribuidor dijo que era una fanfarronada de principiantes, pero a Dédée y a mí nos dejó en una situación ambigua: por un lado, nunca habíamos vivido experiencia más excitante y estábamos ansiosos por repetirla: pero por otro, no nos podíamos quitar el mal sabor de boca que producen las malas críticas.

Se le quedó viendo, ahí parada, sin ocultarse ni cubrir su media desnudez. Mlle. Tina le sonrió y Chema no supo qué hacer, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la frente, revolviéndose hacia todos lados, pero ella no se inmutó. Estaba a mitad de la habitación, con el dedo índice en los labios, mirando hacia la terraza con la misma perversidad que apareció en su cara cuando se dio cuenta de que él la miraba con ojos desorbitados y apenas atendía las palabras de Renoir.

—No sé si usted sabe lo que es la sensación de sentirse capaz pero no poder concretar las propias capacidades. Nosotros habíamos destruido nuestro mundo idílico para que nuestras ilusiones se volvieran una verdad tangible, pero fracasamos del todo. ¿A qué nos íbamos a dedicar entonces, de dónde colgaríamos nuestros anhelos? Estábamos destrozados (al borde de una depresión inusitada), si se considera nuestro carácter festivo, hasta que un día, vagando por las calles de Montmatre nos topamos con mi amigo Jean Tedesco, quien recientemente había transformado el teatro del Vieux Colombier en un cine de vanguardia. Tedesco nos dijo que había incluido un fragmento de mi película en su programación y nos invitó a verlo. Yo estaba muy vapuleado, pero conservaba un resto de dignidad artística. «¡Un fragmento!», grité. «Imposible: o lo pasas completo o no pasas nada». Tedesco no hizo caso de mi rabieta, se sonrió e insistió en que fuéramos a verlo. Ofendidos y todo, al poco tiempo nos presentamos en el mentado cine de vanguardia. Bajo el título *Extracto de Catherine*, empezó a correr mi película. Un pianista tocó algunos

acordes, a los que siguió una improvisación en tono heroico para acompañar cada fragmento. Las imágenes se sucedían con desesperante lentitud. El público se mantenía expectante, encerrado dentro del silencio sepulcral que solamente se puede sentir en un cine. ¿Les gustará o no?, me preguntaba angustiado. Al cabo de unos cinco minutos se empezaron a oír murmullos, comentarios, y una que otra palmada que fue creciendo hasta que cada secuencia fue coreada con un fuerte aplauso. Cuando las luces se encendieron y se descubrió que la artista de la pantalla estaba ahí sentada (o alguien hizo una seña para que todos supieran que Catherine y yo estábamos entre ellos) hubo una ovación entusiasta que espantó todas mis dudas. Por primera vez en mi vida disfruté el dulce sabor del éxito.

Un parpadeo bastó para que Mlle. Tina desapareciera de la ventana. Chema pensó que tal vez nunca estuvo ahí, que una ilusión óptica lo había destanteado, pero debió ser una ilusión lo suficientemente compleja como para ajustarse las medias con tal morosidad. Turbado todavía, sin saber qué pensar, Chema se volvió hacia Renoir, quien, de pie, se hallaba absorto en sus recuerdos. Tenía los brazos extendidos, las manos le temblaban, y el sombrero panamá había saltado de su cabeza. Estaba colorado y sudoroso, pero sonriente.

—¿Me comprende usted? —preguntó con un hilo de voz, dirigiéndose por primera vez a Chema.

—Me ha dejado usted atónito, maestro —respondió Chema, observando de reojo hacia la ventana vacía de Mlle. Tina—. Yo creí que todo había sido más fácil.

—Nada ha sido fácil en mi vida, se lo puedo asegurar.

—¿Y Catherine Hessling? ¿Cómo tomó ella aquel primer éxito?

—Catherine creyó que de ahí en adelante todo iría sobre ruedas, y en cierta forma así fue, hicimos juntos varias películas que recibieron muy buena crítica, pero ella no contaba con que el demonio del cine había ido apoderándose de mí, y que después de unos cuantos meses o años tras las cámaras, perdería todos mis escrúpulos y mi único interés sería filmar una nueva película. Fíjese bien, el mundo entero se redujo a eso, a filmar nuevamente, nada de lo que hubiera hecho antes importaba, siempre era el siguiente filme y el siguiente y el siguiente. En su vana ilusión Catherine pensaba que siempre filmaríamos juntos, pero cuando me pidieron que dirigiera una película con otra actriz, acepté sin chistar. Ya se lo dije, estaba poseído por el demonio del cine. He pasado sobre todo con tal de filmar lo que he querido, he sido un artista sin escrúpulos.

El sol lo iluminaba a plenitud. Renoir veía al cielo con los brazos extendidos y se levantaba sobre la punta de los pies como si quisiera abrazarlo. En su mirada no había el menor asomo de arrepentimiento.

Sin ser falsa, la historia que había contado Renoir no era puntualmente cierta. Muchos meses después, hablando sobre los infortunios que había vivido Chema en esos días, René Clair me enseñó algunas viejas cartas, unas fotos de juventud, y me precisó algunos detalles de la vida sentimental de su compañero de los primeros

tiempos del cine mudo: Monsieur Jean Renoir.

Andrée Heuschling, alias Dédée, que fue conocida en Francia durante la década de los veinte por el nombre de Catherine Hessling, y cuya imagen más fiel nos la legó Pierre Auguste Renoir en su cuadro *Les Baigneuses*, llegó a la casa de la familia Renoir cuando, efectivamente, el joven Jean tomaba unos días de licencia para reponerse de la herida que le provocó una bala perdida, pero su presencia —mágica, misteriosa y todo— no fue ni con mucho lo maravillosa que el viejo director le contara a Chema.

En aquellos días, Jean pasaba la mayor parte del tiempo metido en su habitación (tenía prohibido por el médico pasearse por la casa, pues el reposo absoluto era lo único que podría salvarlo de una cojera crónica) y no conoció a la nueva modelo de su padre sino hasta tres semanas después de su arribo. Para él, al principio, solamente fue una voz y una risa: la voz que llenaba su habitación con melodías populares del Mediterráneo, y la risa estrepitosa con que la desconocida celebraba los chistes de su padre.

«Es una chica encantadora», le decía su madre en las tardes, cuando bordaba a su lado para hacerle compañía. «Tu papá dice que tiene una piel fascinante y provocadora, como de durazno al despuntar el verano, tersa y fina, cubierta de innumerables puntos de color que van transformándose con la luz del día. Repite y repite que está enloquecido con ella, y que no sabe cómo elegir los puntillos de luz y color que harán que su lienzo vibre con la intensidad que despliega la piel de la chica». Renoir estaba acostumbrado a que sus padres tuvieran estas conversaciones; don Augusto era un tipo taciturno y silencioso, muy poco dado a hacer comentarios, pero que contaba a su mujer las cosas más inusitadas. Otras, en el lugar de Madame Aline Renoir, hubieran enloquecido de celos, pero ella sabía que sin esas pláticas su marido no podía mantener alerta su erotismo.

«Descríbemela», le pidió un día Jean a su madre. «No», le respondió ella coquetamente, «mejor te voy a enseñar algo». Salió entusiasmada de la habitación y volvió con un cuaderno con diversos bocetos de su esposo. Su cara brillaba como si fuera una chiquilla traviesa. Renoir vio, asombrado, cómo —con el estudio de un brazo, con el detalle de la cintura, con la repetición de la curva de un muslo, con un gesto de la cara— su padre había ido adueñándose del portentoso cuerpo de aquella mujer. No tengo más remedio que utilizar una figura que me quema los labios para describir sus emociones: aquellos dibujos lo excitaron.

Renoir había descubierto su sensualidad entre las faldas de Gabrielle, su nana, sin saber que el fortuito placer que le producían aquellas caricias acabaría por estar prohibido. Durante toda la infancia pensó que hacer el amor era darse besos en la frente o leer poesía en voz alta, algo que no tenía ninguna relación con la mano de su nana hurgándole en el bajo vientre. Tiempo después, apenas iniciada la adolescencia, descubrió al hijo del jardinero, escondido en el cobertizo del patio, acostado sobre el cuerpo de una vecina; la pareja se quejaba y gruñía como si algo les doliera. Si no

comprendió lo que hacían, verlos ahí, clandestinamente, ellos y él, le hizo sentir la misma emoción que su Gabrielle le provocaba. En el olor de la pareja, en el dolor de sus gritos, en la luz o en lo que fuera, el niño Jean tuvo la primera imagen del miedo asociado al placer. No se atrevió a contar aquel encuentro casual más que a su nana. Algo de lo que sintió entonces, de lo que creyó descubrir en el rostro sonrojado de su Gabrielle, renació en él al ver los dibujos que su padre había hecho de Dédée.

La conoció tres semanas después, cuando sus padres se la presentaron en un almuerzo dominical. Al verlo tan sorprendido con la belleza de la muchacha, ninguno de los dos sospechó que días antes, Jean ya la había visto, pues aprovechando una salida de su madre, bajó al estudio, se escondió atrás de una mampara en la que crecía una rala enredadera, y la observó. Dédée estaba sentada en un sofá, desnuda, con una bata de seda cubriéndole el sexo y parte de los muslos; tenía los brazos sobre la nuca y la cabeza recargada en el respaldo; había cerrado los ojos y esbozaba una pequeña sonrisa; o no, su cara tenía un gesto placentero, pícaro, que daba la sensación de estar recordando algo que la deleitaba. Auguste Renoir se acercó en su silla de ruedas, le pidió que no se moviera, acomodó la bata y por un momento acarició su entrepierna; le levantó un poco el brazo izquierdo diciéndole que así, así, que no se moviera; con una mota le polveó la cara y los senos; así, así, le suplicó, así la quería ver; que pensara en algo agradable y volvió a acariciarle la entrepierna, suavemente, así, así. El pintor regresó a su caballete y Dédée quedó inmovilizada, bella como una estatua. Jean Renoir sentía un fuerte dolor en la pierna herida, apenas podía sostenerse sobre su bastón, pero esa mujer lo cautivó. Del estudio provenía un vago perfume, un aroma lejano que no emanaba ni de las lilas del florero, ni de los pétalos de rosa que se remojaban en una fuente. No, era un aroma dulce, suave, que seguramente pertenecía a la muchacha. Jean sabía que de todas las mujeres brota un perfume propio, algo que nace en su piel y que en algunas es tan poderoso que todo lo que tocan queda impregnado con su fragancia. Seguía escuchando los así, así, de su padre, cuando ella empezó a cantar muy suavemente, con voz tan baja que Renoir no entendió la letra de la canción. Posiblemente Dédée pensaba que si elevaba la voz el pintor la reprendería, pero sus así, así, parecieron alentarla y sin quitarse el gesto placentero de la cara, sin hacer más movimiento que el de sus labios, fue aumentando el volumen: «*Que reste-t-ill de nous amor? Que reste-t-ill de ces beaux jours? A photó, vielle photó da ma jeunesse*». Esa canción, que Charles Trenet iba a hacer famosa muchos años después, era una especie de himno de todas las prostitutas de la Costa Azul. «*Que reste-t-ill de billets doux. Des mors d'avril, des rendez-vous?*». Jean Renoir la había escuchado en un burdel de Niza, la primera vez que su amigo Pierre Lestringuez lo llevó a emborracharse y a fornicar (así lo decía él) con una puta. En la voz de Dédée, sin embargo, la canción propagaba una rara tristeza, una melancólica sensualidad que nada tenía que ver con la voz aguardentosa de aquella meretriz que lo inició en las verdades de la carne. «*Que reste-t-ill de tout cela, dites-le mol Un petit village, un vieux clocher*», Jean Renoir sintió que su miembro quería

salirse de la bata de franela. Tuvo miedo, el mismo miedo que vio en la cara de su nana cuando le contó que había visto al hijo del jardinero montado sobre la vecina.

Se fue excitado, con un inmenso dolor en la herida de la bala perdida.

Esa noche, tal vez por una mera coincidencia, su padre le regaló la pintura que ese día había terminado de su nueva modelo.

—Es para ti —le dijo sonriendo—, la he llamado *Muchacha después del baño*.

Jean estaba demacrado y don Augusto se temió que su convalecencia fuera a ser muy larga.

—Tendrás que cuidarte, hijo. Ojalá y mi cuadro te reanime.

A media noche, Jean despertó de un sueño tenebroso que no pudo recordar. Sobre un sillón estaba la pintura de Dédée. Su padre supo captar la laxitud de su cuerpo, su abandono sexual y el dulce recuerdo que le recorría la cara. Tal vez por la luz de luna que iluminaba el cuadro, sintió que lo miraba con la misma clandestinidad con que había visto a la muchacha mientras modelaba esa mañana y creyó percibir que algo de su fragancia se había impregnado a la tela. Todo se le vino a la mente entonces: Gabrielle, el hijo del jardinero y la vecina, la puta del burdel de Niza, una compañera del liceo con la que se desnudaba para jugar en una fuente, y empezó a masturbarse, lentamente, con cuidado, diciéndose así, así, viendo el cuadro e imaginando que tenía a su alcance aquellos pezones pequeños, rosados, que coronaban los tersos senos de Dédée; su rostro, aquel rostro delicioso, estaba anticipando su masturbación, la estaba provocando, la estaba imaginando; ya no era solamente su mano la que se había metido entre los pliegues de su bata; todos los puntos de la pintura estallaron y Jean Renoir se fue de espaldas, confundiendo el dolor de la herida con su orgasmo. Por un instante tuvo entre sus dedos la sensualidad y el erotismo de la modelo.

Cuando se la presentaron le costó mucho trabajo verla a los ojos y disimular todo lo que le gustaba. Vestía un vaporoso vestido de seda bajo el cual se adivinaba su cuerpo desnudo. Dédée no iba los domingos a su casa (era su día libre, como se dice), pero los señores Renoir la invitaron a almorzar para presentarla con el joven Jean. Estaba muy sonriente, sentada a una mesa en medio de sus padres, con un vaso de vino en la mano, recargada como sin ganas en el respaldo de su sillón y la cabeza medio descansando sobre un hombro, ilustración inusitada de su coquetería innata. Lo vio venir desde lejos sin quitarle la mirada. Jean caminaba arrastrando una pierna, sosteniéndose en el bastón que lo acompañaría toda la vida. La presencia entre sus padres de esa mujer tan guapa, tan fascinante y misteriosa, creaba en el ambiente algo sensiblemente turbio. «Todos me dicen Dédée, Jean», le dijo con un tono mitad insolente mitad ingenuo, y le tendió la mano sin más ni más. El joven soldado, herido y cojo, se la besó, pensó en los gestos con los que posaba, abandonada a la pintura, y absorbió el perfume de sus dedos; su perfume ahora nítido y evidente, que colaboraba a dar vida a las fantasías en las que había vivido los últimos días pensando en ella; ese perfume voluptuoso que Jean nunca antes percibió en otra mujer, pero que inmediatamente relacionó con la seda de su vestido vaporoso y la de la bata chinesca

que cubría su sexo cuando la vio por primera vez.

«Los trajes de seda al sol ayudan a que se escape la fragancia que es propia de los cuerpos de las mujeres», le escribió a René Clair en una carta en que evocaba aquel día en que conoció a Dédée. «Los que hayan pasado con una amante un verano en la playa lo saben de sobra, y no volverán a caminar al lado de una mujer vestida de seda sin apreciar la facultad de esa tela para intensificar el aroma femenino».

Para no olvidarla jamás, para perseguir su perfume por las calles de cualquier ciudad, para presentirla tan sólo por el aroma que le llegaba desde lejos, Jean no había requerido de un verano, le había bastado una tarde, con verla y olerla a lo lejos, con besar su mano en la terraza de su casa, en una mañana estival, con el sol rielando sobre el mar Mediterráneo que allá a lo lejos, detrás de los tejados de las casas, se extendía plácidamente.

«La vida ha sido ambigua conmigo, René», concluía la carta, «ambigua a mi pesar, llena de sorpresas y desilusiones, unas veces fabulosa y otras tétrica, pero nunca acabaré por saborear todos los matices que tuvo para mí aquel verano en que conocí a Dédée y que marcó el momento en que me transformé en lo que soy. La herida que me recluyó en la casa de mis padres no sólo me hizo un cojo de por vida, sino que me condenó a ser un observador de lo que me rodeaba (algo que, tengo que confesártelo, no me ha disgustado del todo). Saber que Dédée estaba en casa para que mi padre la pintara, que ella habitaba el mundo de él, que le pertenecía y que yo solamente podía verla de lejos, fue nada más que la primera experiencia en mi larga carrera de mirón. Cuando olisqueaba su fragancia flotando por la casa sufría como loco y me encerraba en mis habitaciones para masturbarme. Eran mis ojos los que percibían aquel perfume, eran mis ojos los que la traían a mi mano, eran mis ojos los que le hablaban cuando nos encontrábamos por casualidad. Yo no hacía nada, solamente la veía, y mi único placer era observar los dibujos de Dédée y masturbarme. ¿Alguna vez te conté lo que me dijo mi padre cuando me mandó a la escuela? *“Si vas a un colegio protestante te volverás pederasta, pero si te mando a uno católico es más probable que te inclines por la masturbación, y prefiero esto último”*. ¿Tú crees que haya sido necesaria una guerra, una bala perdida, y una modelo para que se cumpliera su sentencia?, ¿o simplemente fue el destino el que me volvió lo que soy?».

La agonía de su madre suavizó y no, ese aire de callada rivalidad que Jean Renoir había establecido con su padre por el amor de Dédée. Ambos sabían que para que la vieja Aline muriera en paz necesitaba saber que su familia estaba al buen resguardo de una mujer. No en balde pasó sus últimos días diciéndole a la muchacha lo que tenía que hacer con cada quién apenas ella se fuera de este mundo. Sus palabras eran confusas, su estado de salud estaba muy quebrantado, y tan pronto ofrecía al padre como al hijo para futuro marido. La madre y la esposa habían desaparecido hasta que el mundo de sus afectos se redujo a un solo sentimiento: el cuidado de sus hombres. Jean y su padre vivieron esos días esquivándose, ocultando al mundo su cariño por

Dédée, sin decidirse a declarar yo soy el bueno, el elegido, aunque al final Jean supo que él sería el perdedor: su madre, dando los últimos estertores, le hizo prometer a su marido que seguiría pintando, y Auguste Renoir le juró que todavía tendría fuerzas para iniciar una nueva etapa de su pintura. «Inspíralo», le dijo Madame Renoir a Dédée con el último suspiro de aristocracia del que fue capaz, y murió ante toda la familia.

Nadie imaginó que don Augusto cumpliría el juramento hecho a su esposa. Con ella muerta, ¿a quién confiaría sus pasiones secretas, sus mórbidas imágenes, sus deseos de viejo rabo verde?, y eso para no hablar de sus múltiples achaques, pues desde hacía mucho tiempo (para no citar más que lo obvio) estaba prácticamente inmovilizado: no podía caminar, tenían que amarrarle el pincel a las manos porque la artritis le había arrebatado el movimiento a sus dedos, y para realizar ciertos proyectos se conformaba con dictarle la forma y el color a un joven, Gino (un discípulo de su amigo Maillol), que de mala gana venía una vez a la semana pensando en los conocimientos que robaba al buen Auguste Renoir. Pero créase o no, el pintor recobró repentinamente el ánimo, sus dedos se empezaron a mover, y ya cuando salieron del cementerio de Essoyes (donde enterraron a Madame Aline Renoir), dijo que pintaría los cuadros más bellos y audaces de su vida. Dédée empujaba su silla de ruedas y le acariciaba consoladoramente las mejillas. Auguste Renoir no perdería ese vigor hasta el momento mismo en que cayera de bruces sobre el caballete en el que pintaba una naturaleza muerta con manzanas, porque se le había detenido el corazón para siempre.

Jean Renoir fue incapaz de combatir esa última fortaleza de su padre y se dedicó a restablecerse de sus heridas en el silencio de su rebelión dolorida e incesante. Su timidez no tenía palabras. Andaba a tientas y tropezones entre sus gestos infantiloides. Se limitaba a atisbar de cuando en cuando a Dédée mientras modelaba para su padre, evitando su presencia con mil pretextos.

Una madrugada, antes de regresar al frente de guerra porque se le había acabado la licencia, sucedió algo irreparable. Jean se había levantado de su cama para ir al baño, y al asomarse al pasillo descubrió a Dédée con una corona cuajada de piedras preciosas en la cabeza y un gran manto bordado en oro que descendía hasta sus pies. Con un susto de muerte reconoció a su madre en esa vestimenta. Muy chico, tendría unos cinco o seis años, la había visto vestida así para asistir a una fiesta de carnaval con su esposo. Su madre reina, su madre emperatriz, todavía estaba deslumbrante en su recuerdo, ante el gran espejo de su dormitorio, con dos modistas arrodilladas ante ella, atontadas por su belleza. ¿Por qué se había disfrazado Dédée con esas ropas?, ¿estaba modelando para algún nuevo cuadro? Escuchó un ruido, se escondió en la penumbra de su cuarto y vio aparecer la figura encorvada de su padre, arrastrando su silla de ruedas, vestido de polichinela. Una cólera pesada y muda le corroyó el estómago y con un escalofrío de huesos prefirió ignorar aquella reunión noctambulesca e irse a la mañana siguiente.

Jean Renoir volvió a su regimiento solamente para saber que había sido transferido a la escuela de aviación de Amberieu. Su carrera de piloto fue un desastre: reprobó el primer examen, tuvo que ponerse a una dieta rigurosa para ser reexaminado, y, como saldo de compasión, pudo conseguir que lo asignaran a un escuadrón de reconocimiento. Pasó unos cuantos meses haciendo vuelos cortos y esporádicos, hasta que un mal aterrizaje puso fin a esa infeliz carrera, haciendo imposible, de por vida, la recuperación de la pierna derecha. La aviación francesa perdió así a un piloto mediocre, y la humanidad ganó a uno de sus cojos ilustres: Monsieur Jean Renoir, el futuro director de *La bête humaine* y *Elena et les hommes*.

Asignado a una de las tantas oficinas del París de la Primera Guerra, Jean tuvo mucho tiempo libre, sus obligaciones eran pocas y frecuentemente se encontraba vagando por callejuelas perdidas de los suburbios o matando el tiempo en bares de mala muerte. Su vida era siempre igual: insomnio, levantarse al amanecer, hacer los inútiles ejercicios para revitalizar la pierna muerta, afeitarse, vestirse, y salir a las calles mugrosas para ir a la oficina. Llovizna, brisa y humo de las fogatas callejeras. Susurros del viento entre los árboles del jardín de las Tullerías. Aroma de las flores. Le dolía mucho el cuerpo, no era posible que le doliera tanto. Caminaba en silencio, pensando sin palabras. Trabajaba tirando papeles o acomodando carpetas y más carpetas dentro de cajas de cartón regadas por el piso. En las noches, en algún bar lleno de soldados y mujeres que conseguían un cigarrillo a costa de lo que fuera, soñaba con Dédée tal y como la había pintado su padre. Le era muy difícil sujetar su nostalgia en el corset de la indiferencia.

Tratando de olvidar su casa, de no pensar en Dédée ni en su padre, iba a ver todas las cintas del joven mimo conocido en todo París como Charlot. Ir al cine entonces, a un buen cine, era un pretexto para divertirse (no como ahora, que es un lugar donde a los espectadores «sensibles» les pasan más cosas que a los protagonistas de la película) y Jean Renoir, casi sin sentirlo, fue «convertido» por Charlie Chaplin a profesar ese nuevo placer del cinematógrafo, como otros se convierten a una religión exótica por la palabra de un fanático. Fue precisamente esa pasión por Charlot la que lo devolvió a Dédée.

Hacia finales del otoño de 1917 Jean Renoir recibió una carta en la que Dédée le pedía que visitara a su padre pues había tenido una repentina recaída. A pesar del mal augurio de la noticia, sintió que iba a estallar de alegría. En el pecho, en la cabeza, en las piernas, en el sexo. Metió su poca ropa en una maleta de cuero y se fue chiflando a la Gare de Austerlitz. Tres horas más tarde encontró a su papá en un estado de franca histeria. El anciano Pierre Auguste Renoir estaba irreconocible, su fortaleza había volado quién sabe donde, y estaba abandonado a los caprichos de unas fiebres desconocidas, que tan pronto lo sumían en una depresión de varias horas, que no lo dejaban dormir y tenía que trabajar y trabajar hasta el amanecer. «Debo pintar una *Venus Victoriux*», decía moviendo en redondo su silla de ruedas. «Tengo que enseñarle al mundo que lo único valioso en la vida es la búsqueda de la belleza, que

la forma del cuerpo es nuestra gran verdad». El ansia, la rebeldía, la angustia, colmaban su vida en Les Collettes, su villa en Cagnes-sur-mer, y aunque Dédée había hecho todo lo posible por apaciguarlo, su cercanía parecía excitarlo más. Jean notó que el perfume de Dédée era el oscuro origen de aquella alteración sin reposo. El aroma de la modelo, que al principio le había devuelto la vida, estaba llevándolo al borde de la tumba. Había demasiada vida en aquel olor para que el desvalido cuerpo del pintor la contuviera.

Jean se ocupó de separarlos un poco, de darle pausa y ritmo a sus encuentros, esperando que su padre se repusiera de sus fiebres de vida. Esta relajación de sus costumbres se vio favorecida porque Dédée tuvo que ir a Niza al entierro de una hermana que había muerto de sífilis. Cuando volvió, el mismo Auguste Renoir se preocupaba por no prolongar demasiado sus sesiones de modelaje, lo que, sin querer, le dio espacio y tiempo a su hijo Jean para iniciar un discreto galanteo con Dédée, y así, con timidez, empezaron a ir juntos al cine.

Primero fueron a varias salas de los alrededores, hasta que una noche Jean la invitó a ver el último filme de Charlie Chaplin en un lujoso teatro de Niza que pertenecía a Madame Regina. Ninguno de los dos se imaginaba que esa mujer iba a ser fundamental en su vida y que algunos años más tarde les propondría producir una serie de películas semiporno. Renoir y Lestringuez (con quien hizo los argumentos) concibieron varias historias maravillosas (plagiadas del Marqués de Sade) que desgraciadamente no se llevaron a cabo. Como después Renoir se lo contaría a René Clair, cuando escribió los argumentos eróticos para Madame Regina, tuvo en mente aquella primera vez que había visitado su sala cinematográfica con Dédée, la futura Catherine Hessling, su primera esposa:

Se sentaron en una de las últimas filas. *Easy Street* se inició con una larga toma de un barrio de gente empobrecida y miserable; su calle principal (esa Easy Street a la que alude el título) estaba gobernada por un fortachón cuyo entretenimiento era golpear a los policías que el ayuntamiento enviaba para cuidar el barrio y meterlo en orden. Un actor panzón, con barba de varios días, vestido con camiseta a rayas y pantalón roto, ligeramente contrahecho (en el sentido de no tener pescuezo) y los brazos tan gruesos que parecen agarraderas, estaba que ni mandado a hacer para interpretar a ese bruto escalofriante. Charlot, por su lado (el eterno vagabundo sin trabajo, que vive un poco al margen de todo y que tan pronto obra bien, como infringe la ley para subsistir), mantiene una elegancia que, a pesar de su pobreza, es realmente contagiosa. Mientras el bruto hace de las suyas, Charlot toma el puesto de policía con el propósito de conquistar los bellos ojos de Edna Purviance.

Jean Renoir estaba cautivado, como Charlot, por los ojos de la artista, con su belleza descrita magistralmente por la magia de un *close up*. «La maravilla de maravillas es el *close up*», le susurró Jean a Dédée, tomándola de la mano. «Estaría dispuesto a ver la película más insulsa si en ella se incluye uno de estos acercamientos». Le hablaba muy cerca de su oído, ahí, en el sitio exacto donde

parecía surgir la fuerza de su aroma. No tenían demasiada intimidad, apenas y se habían dado la mano, pero ante la intensidad de la fragancia, Renoir empezó a besarle el cuello. Ella sintió su aliento y la boca jugosa que se deslizaba hasta el nacimiento de sus senos, mientras en la pantalla el fortachón doblaba un farol para impresionar al inocente Charlot; pero inocente y astuto, el flamante policía permite que las fuerzas del bien (representadas por la torpeza del fortachón) obren a su favor y hagan que el bruto se golpee solito con el farol, caiga desmayado, quede inconsciente por varias horas y haga el ridículo consecuente (para todos los de su calaña) de que lo metan a la cárcel; desde ese momento, la ley la impondrá Charlot y todo *Easy Street* estará dominada por un ansia de ballet: hasta las escenas más violentas se suceden como en una mascarada de Chaikovsky.

Ni Jean ni Dédée podían sustraerse del encanto de las imágenes, pero esas mismas imágenes parecían acercarlos, orillarlos a tocarse, envalentonarlos a su ritmo: Dédée sintió los dedos de él desabrochándole la blusa y no pudo contener el deseo de buscar en su entrepierna. Le bajó la bragueta y lo acarició. «El otro día te vi hacerlo y quise tocarte yo misma». Jean quiso contestarle algo, pero ya no la encontró a su lado, se había hincado en el suelo, se estaba metiendo entre sus piernas y se disponía a besar su miembro entumecido. La tomó de la cabellera, se encorvó y hundió su cara en ella para saborear su aroma a plenitud. «Así, así», le dijo con voz agónica, «así, así».

Lo último que Jean Renoir vio de la película fueron los subtítulos que daban fin a *Easy Street*: «El amor es ayudado por la fuerza. La dulzura del perdón ha traído la esperanza y la paz». La película se deshizo en la toma de un largo camino por el que se alejaba Charlot, el vagabundo empedernido.

Después de esa ocasión, debió haberle dicho a su padre que se había enamorado locamente de su modelo, Andrée Heuschling, alias Dédée, pero no tuvo la fuerza de romperle el corazón y esperó diez y ocho meses para sacar esos amores de la clandestinidad de los cines a los que se aficionaron perdidamente; esperó, sin decir esta boca es mía, hasta que el tres de diciembre de 1919, Pierre Auguste Renoir, el último de los grandes impresionistas, moría abrazado de su última pintura, víctima de un ataque al corazón.

Esa Navidad Jean empezó a vivir con Dédée y le dio el que quizá fuera el mejor regalo que ella recibiría jamás: «Me gustaría que te llamaras Catherine», le susurró al oído, «y que filmáramos una película juntos». Todavía alcanzó a ver su sonrisa de satisfacción antes de que —lentamente, con cariño inaudito— su boca se pegara a su entrepierna.

Fue una coincidencia curiosa que Chema hubiera utilizado como pretexto para acercarse a Renoir su supuesto gusto por el aroma de las flores, y que para el director de cine francés el perfume de una mujer hubiera sido definitivo en su vida. No sé si tuvo que esperar a que René Clair le contara esta pasión olfativa de su compañero (es más, no sé si alguna vez se la contó), o si fue capaz de sospecharla cuando estuvo ahí,

frente a él, y lo vio con los brazos abiertos aspirando aquella fragancia que les llegaba desde el jardín; pero al menos debió percatarse de que las emociones del viejo director no eran gratuitas, y que conforme pasaba la mañana Renoir iba excitándose más y más hasta acabar en esa suerte de éxtasis memorioso, en el que la mezcla de perfumes del jardín tuvo que haber sido clave. Como digo, no sé si se dio cuenta, pues Chema simplemente me contó que estaba fascinado con Renoir, con una fascinación densa y lúcida a la vez, pero que seguía intrigado con la figura espectral que había aparecido en ropa interior en la ventana que colindaba con la glorieta.

—¿Tiene usted alguna foto de su mujer, algún recuerdo de ella? —preguntó Chema, temeroso de que Renoir se hubiera percatado de su distracción y finalizara la entrevista.

—¿Recuerdos? Tengo muchos, querido amigo —contestó el anciano derrumbándose en el sillón-columpio—. Soy un fetichista inveterado que colecciona toda clase de objetos para alertar la imaginación. ¿Está usted interesado en los objetos?

—Bueno, no sé... depende... yo simplemente preguntaba... quería verlos para hacerme una idea fiel de lo que usted me ha contado.

—No hay ideas fieles, muchacho. Existe la imaginación y nada más. El vuelo de la imaginación y ya. Sin ella, la realidad sería muy insípida.

Este comentario, como ocurre en los sueños, tuvo para Chema cierto brillo de significado.

—Tendrá usted que enseñarme muchas cosas —comentó Chema con toda la ambigüedad de la que fue capaz.

Jean Renoir lo miró desconcertado, los ojos angustiados y muy abiertos, las manos en las rodillas y el cuerpo echado hacia adelante. Su pose entera revelaba una cierta desconfianza, como si hasta ese momento hubiera comprendido que se había ido de la lengua. Apagó la grabadora y con grandes esfuerzos se levantó.

—Por hoy ha sido demasiado —dijo en voz baja—. Ya le dije, las entrevistas con usted me extenúan. Por favor pásame mi sombrero.

Chema fue a recoger el panamá que había sido arrastrado por el aire hasta el otro rincón de la terraza, y se lo entregó con una caravana.

—Si usted quiere —dijo el director a manera de despedida—, quédese otro rato admirando este jardín que parece seducirlo de manera especial.

En su voz había angustia, desaliento, recelo.

Chema pensó que Renoir era capaz de poner en trance a la gente mientras hablaba con ella. Era un pájaro extraño, con esos hombros redondos, esa cabeza calva, esas manos regordetas, y sus ojos pardos, suaves, mullidos, mortales y pesarosos.

La gloria viva del cine francés lomó su bastón y se fue arrastrando los pies. Chema vio cómo desaparecía entre la luz que inundaba la sala decorada al estilo de su padre. Aquellas dos primeras horas pasadas con él le dieron la certeza de que muy pronto tendría una oportunidad inmejorable para saber si tenía la película porno de su

María.

«Ningún negocio», se dijo mirando al gato persa desperezarse entre los matorrales de las azaleas, «puede concluirse en la Ciudad Luz sin una buena dosis de paciencia. Lo que ahora necesitaría es ir al Harry's Bar y beberme una buena dosis de Manhattans».

Se sentó en el sillón-columpio, regresó la cinta y volvió a escuchar las palabras de Renoir. «Dédée fue el último regalo que mi madre hizo a papá antes de morir. Él estaba buscando una modelo rubia para su gran pintura, *Les Baigneuses* y...», Chema sintió que en aquel tranquilo rincón de París había invocado a Auguste Renoir y él había acudido a su conjuro. La figura inmortal del pintor (una figura revivida e iluminada con toda la luz del ingenio de su hijo) era una señal del destino... «mamá escribió a la academia de pintura de Niza. A los pocos días estaba Dédée tocando a nuestra puerta».

La intensa vida interior que Jean Renoir había despertado en él le conmovía de tal modo que experimentaba una mística solidaridad, cierta fraternidad de espíritu con todos aquéllos que habían colaborado con él en sus películas: Catherine Hessling, Pierre Lestringuez, Jaques Becker, Fernandel, Pierre Champagne. Todos, hasta María.

Ellos habían trabajado por la belleza, profesado su culto, y de alguna manera hicieron posible el último anhelo de Auguste Renoir: enseñarle al mundo que lo único que vale la pena es la búsqueda de la belleza. ¿Y qué otra cosa si no eso estaba haciendo él?, ¿acaso no era en pos de la belleza por lo que había venido a París?, ¿no era por el interés de publicar en su revista las fotos extraviadas con los desnudos de María?, ¿de organizar una gran premiere si es que existía la película porno? Si como se lo había dicho Renoir, él no había tenido ningún escrúpulo para filmar todo lo que había querido, ¿por qué iba a tenerlos José María Sánchez, alias Lucifer, para sacar a la luz pública esa cinta escondida durante tanto tiempo?

«Dédée venía todas las mañanas desde Niza», escuchó antes de apagar la grabadora nuevamente, «y su arribo nos avivaba como si nos hubieran tocado con una varita mágica».

CUATRO

¿En qué momento se percató de que su vida había cambiado tanto?, ¿al final de aquella primera entrevista con Renoir?, ¿cuándo empezó a arreglar el jardín?, ¿durante las sesiones interminables en que yo iba rescatando de la perfidia de su plática aquella historia frenética (mezcla de periodismo barato e investigación pornográfica) en que se convirtió su relación con el director francés? Quién sabe. De lo único que estoy seguro es que le costó mucho trabajo aceptar que un lapso tan breve hubiera hecho semejantes estragos no sólo en su vida, sino en su forma de ver el mundo, y que en un día aciago, ya sin escapatoria alguna, sintió los irreparables efectos que el influjo mágico de Renoir y su sobrina obraban sobre él.

Yo viví su calvario con una vehemencia inolvidable y aún así no podría asegurar a ciencia cierta el momento preciso en que José María Sánchez, alias Lucifer, cayó en la cuenta de que ya era el hombre improbable y escurridizo que solamente vivía para reelaborar las historias de Monsieur Renoir. Quizá fue la noche cálida, iluminada por un inusitado resplandor de estrellas, que de no haber sido por un cierto pudor que le iba ganando la voluntad, Chema hubiera calificado de «noche tibia y callada», en homenaje al bolero que Agustín Lara había dedicado a Veracruz. La asociación no era fortuita, estaba sentado en una banca de la glorieta del jardín (escuchando el ruidito doloroso del chorro de la fuente), cumpliendo la fatua profecía que había hecho a Mlle. Tina cuando vino por primera vez a esta casa: cerca del jardín ya se sentía tanto en México como en París. ¿Qué más daba, entonces, que calificara a aquella noche estrellada de «tibia y callada del Quartier Latin»?

Chema había estado muy alterado las últimas semanas, su aventura parisina iba dando tumbos y él no sabía cómo manejarla, tan pronto se sentía entusiasmado con una confianza de Renoir, como una de sus miradas glaciares enfriaban su furor adolescente. Del vivo entusiasmo que sintiera después de su primera cita, sólo le quedaba el vago orgullo de haber emprendido una aventura entre los fantasmas de su memoria. Desilusionado y macilento, al borde de uno de sus desvaríos, no tenía otra alternativa que ir a verme para que paseáramos por las calles de Pigalle hasta altas horas de la madrugada, comer en alguno de los restaurantitos cercanos a su casa, o bajar al jardín para ordenar sus ideas. Era cierto que Renoir había multiplicado las entrevistas inesperadamente, pero nunca llegaba al meollo del asunto que a Chema le interesaba. Lo provocaba y desencantaba al mismo tiempo, lo atraía y lo repelía con sus palabras y guiños de brujo consumado. Con un aliento narrativo inusitado le contaba sin ton ni son un cúmulo espantoso de anécdotas deshilachadas, refería detalles insignificantes de sus películas, hablaba de sus amigos sin importar que estuvieran vivos o muertos, le daba pistas falsas para que comprendiera la naturaleza

de sus amores despilfarrados en el tiempo, o hacía evaluaciones inesperadas sobre el cine francés o los directores que habían influido en él: «Louis Lumière fue otro Gutemberg»; «Dios no quiso hacerme un héroe. Soy un cobarde a prueba, que tiene pavor a la violencia y por eso me parece muy bien mandar a los actores al escenario a hacer el ridículo en mi lugar»; «La historia de nuestro cine puede resumirse en la lucha que han librado los creadores independientes con los mercenarios de la industria»; «A la edad de seis años, y a pesar de mis pantalones bombachos, la gente creía que yo era niña gracias a los bucles de arcángel que mi padre se negaba a que me cortaran»; «Algunos de los creadores que más admiro han tenido el acierto de mostrar, en tono de comedia o vaudeville, que la vida no es otra cosa que un pañuelo desechable con desilusiones: René Clair y Mark Senett, entre otros, han filmado el delirio de burlesque que revela la tragedia del hombre moderno».

Toda aquella palabrería iba creando una especie de rompecabezas, un retrato hablado con retazos de Jean Renoir. Chema no podía pensar en su vida sino como la sucesión inconexa de pasajes iluminados con extrema claridad: la proeza extraordinaria de haber filmado *On Purge Bébé* en tan sólo cuatro días; su tenacidad para terminar *Le Chienne*, después que le prohibieron el paso al cuarto de edición; su peregrinar por el cine comercial, la contribución al frente popular y su coqueteo con el partido comunista; el éxito de *La Grande Illusion* en el festival de Venecia de 1937; el autoexilio en los Estados Unidos y la correspondencia solitaria que mantuvo entonces con Jean Gabin; su afición por los Music Halls de los pueblos desperdigados por el desierto de California y las noches eternas en los burdeles que conservaban un cierto sabor del *far west*.

Dentro de toda aquella parrafada, Chema se quedaba con la ocasión en que le contó cómo, en California, había tomado la decisión inusitada de volver a comenzar desde el principio, de volver a pensar sus argumentos y, en cierta forma, rehacer todas sus películas. Desde ese mismo momento sus filmes empezaron a ser como un plagio, un plagio con el que recreó sus primeras cintas desde la óptica de la irrealidad: el nuevo mundo de Renoir fue el del teatro, el de la danza, el de la pintura, el tenue desvarío de un artista en pos de su destino. Chema nunca supo, sin embargo, qué fue lo que provocó en el director esa decisión que lo llevó a revertir su realismo en una estética del sueño, con la que quería descifrar, paradójicamente, la maravilla de la realidad.

Renoir le contó su vida como a salto de mata, unas veces con reserva, otras como si fuera un asunto trivial; con desgano o con el entusiasmo de quien revela un chisme; ocultándole datos importantes (porque él estaba en la obligación de saber ciertas cosas), o recalcando información irrelevante (como si fuera un ignorante de proporciones heroicas); pero en todos sus relatos, entre descripciones de personas y detalles pormenorizados que iban del timbo al tambo, siempre faltaba María. El director parecía, conciente o inconcientemente, evadir todo lo que tuviera que ver con ella.

Solamente una vez, váyase a saber por qué caprichos de la memoria, Renoir recordó ese año en que había filmado con su musa: «Cuando llegó el año cuarenta y cuatro decidí que era necesario cambiar también mis personajes», le dijo desde su posición doctoral. «La visión que tenía mi padre de la representación quizá me impulsó a buscar que los protagonistas de mis películas fueran del tipo posible pero improbable. No sólo raros sino atípicos, casi contradictorios. Desde ese año conseguí que cada uno tuviera un tinte de irrealidad que los hizo más verídicos: bordeaban, como muchos de los seres que aparecen en los cuadros impresionistas, la fantasía para crear su realidad, o viceversa. Vivían en un mundo de revés y quizás estén, por eso, entre mis favoritos».

Chema tuvo que armarse de valor y preguntarle directamente por María.

—Usted es conocido y admirado en México por haber dirigido aquel año a María —le dijo con toda la solemnidad de la que era capaz—, ¿qué me puede decir de su relación con ella?

Jean Renoir se molestó. Hasta ese día, Chema se había concretado a tomar notas mientras él se paseaba lentamente por la terraza florida, hilvanando sus ideas entre los esporádicos tragos que daba de la limonada. ¿De dónde sacaba ahora el derecho de interrogarlo?

—Es verdad que tuve la fortuna de dirigir —contestó a regañadientes— a la única estrella mexicana que ha existido: María, como usted lacónicamente la llama. Su presencia entre nosotros, tan fascinante y misteriosa, deshacía cualquier posibilidad de simulacro. Con su enorme estatura, con aquella mirada de diablo de día de muertos, se impuso a todo aquél que se atrevió a acercarse. Quien más, quien menos, todos la temían: sus ancestros eran indios piel roja, y aunque a ojos vista ella había mejorado la raza y era una mestiza formidable, fuerte y decidida, todavía se alimentaba con carne casi cruda y zanahorias silvestres. La creíamos capaz de cualquier barbaridad. Comparada con ella, el resto de las mujeres era como un enjambre de moscardones. Recuerdo una escena en que necesitábamos una pelea, gritos, insultos y hasta jalones de pelo. Yo tenía mucho miedo de que algo inconveniente pasara, y efectivamente, pasó. No sé cómo, pero de repente, María ya no era ella, o mejor, era simplemente ella: tomó del vestido a su contrincante y la levantó por los aires dándole vueltas en redondo como si fuera un rehilete. Nuestros camarógrafos estuvieron muy atentos y filmaron toda la escena desde diferentes ángulos. Cuando María estaba a punto de estrangularla, tuve tiempo de gritar un angustioso «¡corten, corten!» de último minuto, antes de que fuera necesario llamar a una ambulancia o a la policía.

Renoir estaba exhausto, había descrito la pelea agitando los brazos como si zarandeara por los aires a una muñeca invisible. Respiraba con dificultad, pero tuvo un aliento de gracia para un postrero «¡corten, corten!» antes de derrumbarse en su sillón.

—¿Incluyó toda la escena en la película? —preguntó Chema ansiosamente.

Renoir lo vio más desconcertado que nunca, y antes de contestar lo envolvió con una mirada recelosa.

—Incluimos una parte solamente. El resto debe haber quedado por ahí. Ya sabe, en toda cinta sobran muchos metros de película. El arte cinematográfico es así, un arte del desperdicio, o de la elección si usted prefiere. Con lo que se graba para un filme se podrían sacar dos o tres.

La cara de Renoir (en la que Chema creyó encontrar la huella del maquillaje de Casanova bajo los párpados abultados) perdió la compostura y se puso rígida y colérica. Su pecho de tenor se elevó bruscamente bajo la camisa como si fuera a soltar un do profundo, pero solamente dijo unas cuantas palabras con infinito desdén, sin mirar a Chema, como si las hubiera elegido para insultarlo.

—Me sentí fatal —me confió esa noche—. Me humilló, así nomás. Sus palabras iban dirigidas al centro de mi corazón.

—¿No le parece que exagera? —le pregunté yo.

—No, no. En este tiempo he aprendido a conocerlo. Ya sabe, nos habremos visto sólo unas ocho o nueve veces, pero han sido suficientes para que sepa descifrar sus intenciones. «Con lo que se graba para un filme se podrían sacar dos o tres» —dijo Chema imitando el acento gutural de Renoir—. Seguramente sabía el efecto devastador que esa revelación me iba a causar. Pero el tiro le salió por la culata y por primera vez, ya que él lo había sacado a la luz, lo interrogué acerca de la película porno. Hiperbólicamente claro está, que es como a él le gusta hablar: «¿Hizo usted alguna cinta con esos rollos de desperdicio?», le pregunté.

—¿Y qué le contestó? —dije yo, con un suspenso calculado—, ¿a poco confesó así nomás?

—Renoir es más cabrón que bonito. Se limitó a sonreír y a decirme que algunas. Así, simplemente, «algunas» y no dijo más.

—¿Y usted ya no le preguntó nada?

—No me dio tiempo. Apagó la grabadora y se fue como contando cada paso, aferrado a la cabeza de su bastón de hueso y dándole una vuelta en redondo de vez en cuando.

Yo, que escuchaba atentamente todo lo que Chema me decía, me imaginé claramente la escena: Renoir todavía está sentado, con la cabeza echada hacia atrás, el escaso cabello le revolotea por la cara; tiene metidos los pulgares en la sisa del chaleco de rayas rojas y sus dedos de arpista tamborilean sobre la panza. Sentado en el sillón de mimbre, Chema lo ve deslumbrado. «Entonces es cierto», piensa sin apartar la mirada de su interlocutor. «La película existe. No sólo la de María, sino tal vez muchas más. Quizá las haya de Catherine Hessling, de Simon Simon, y de Ingrid Bergman. Quizá tiene una película privada de cada una de las mujeres con las que filmó. ¿Cuántas serán pornográficas?».

Tenía razón, Monsieur Renoir era más cabrón que bonito.

Como digo, las noches que se quedaba en casa, Chema iba a cenar frugalmente a

La Grange Niffetti, un pequeño restaurante que está al final de la Rue Rollin, donde platicaba un rato con la dueña, Sopphe Sappey (una pianista que, como pasatiempo, cocinaba para un puñado de los excéntricos vecinos del barrio), que lo ponía al tanto de los últimos chismes. Cuando volvía a casa, admirado del silencio mágico de la Rue Rollin, iba a recluirse al que ya llamaba «su jardín». Prendía un cigarrillo tras otro y se quedaba las horas sentado en una banca, rumiando las palabras que Renoir le había dicho en la entrevista de ese día, o como en aquella «noche tibia y callada del Quartier Latin», tratando de ordenar todo lo que ya sabía de su vida. Estaría tentado a decir que esas noches solitarias le depararon algunos de los momentos más gratos de su estancia parisina.

Me gustaría contemplar un instante de aquella luminosa noche otoñal: en el remanso de la glorieta, al amparo del aroma de las flores (al que se había acostumbrado rápidamente, como un niño a sus juguetes) Chema fragua una de las tantas novelas con las que pretende solucionar los enigmas que cotidianamente se le plantean. ¿Por qué creía Jean Renoir que María era descendiente de piel roja?, ¿por qué esa insistencia en que había mejorado la raza? Seguramente ella le había inventado una de las muchas historias con las que quiso tender un velo sobre su infancia desgraciada. Seguramente le dijo que un antepasado suyo había llegado a México después de la guerra con Texas; era un piel roja de cepa pura, que había peleado al lado de los mexicanos. Resultaba esencial para la historia (que Chema imaginaba que María había inventado) que el piel roja hubiera conocido a una españolita en una de las tantas misiones del norte de México; macho bragado como era, nadie supo jamás si había decidido vivir al sur del Río Bravo por solidaridad con sus compañeros derrotados o siguiendo las huellas de ese amor extraviado: el coraje de la derrota le bullía en las entrañas tanto como el deseo por la españolita. También era indispensable una historia de amor arrebatada, conflictos familiares, y una huida romántica para fundar una rancharía a la que llamaron Alamo (en recuerdo de la batalla donde México perdió la mitad de su territorio), y en la que vivieron al arbitrio de sus amores incendiarios. Habría por todas partes restos de una orgullosa pobreza, de perplejo abandono, de desesperanza y lágrimas, en la que los amantes se prometieron forjar una estirpe. María era el saldo de orgullo, al cabo de cuatro generaciones, de la pasión desahogada de la pareja; de ellos había heredado la rabia, el orgullo, y la altivez.

Imagino a Chema, sumido en la penumbra del jardín, tratando de adivinar figuras en las sombras. Todo es un acicate para su fantasía. Está dispuesto hasta a creer en un Renoir de carácter perverso y temerario, fogoso y fascinante, capaz de pasar por auténtica cualquier historia que le contara María siempre y cuando se aviniera a su estética del revés; después de todo, la realidad en la que él creció —rodeado de pinturas, modelos que posaban para diosas, y jardines idílicos— tuvo siempre ese halo de mitología, y había aprendido a sacarle todo el partido posible para hacérsela pasar, en sus filmes, por irreal y verdadera a la vez. ¿Por qué no iba a pensar que tras

la historia de María, tan evidentemente falsa, se escondían posibilidades para explotar en sus películas?, ¿no había sugerido muchas veces que de mentiras así se sacaba los principios de su estética, que de ahí partió precisamente para hacer, por ejemplo, *Elena et les Hommes*? «La acción de esa película artificiosa», había dicho solemnemente en alguna ocasión (ahí estaban las cintas para recordárselo), «está adecuada a un ambiente evidentemente realista, pero mi sobrino Claude, quien estuvo a cargo de la dirección de cámaras, me convenció de que no deberíamos mostrar la realidad sino su fábula. Rojos y azules, así, se oponen sin transición alguna hasta lograr una fusión de anécdotas e ilusión: pasión y desencanto, anhelos, frustraciones, magia y realismo, todo convive con todo, como un sueño que calca la realidad, pero que sigue siendo un sueño, un poco acartonado, pero fabuloso al fin. No es extraño que lo hayamos intentado, nuestra vida era así en ese entonces: un sueño que queríamos prolongar todo lo posible. Yo, más bien Claude y yo, queríamos mostrar eso, nuestra vida de sueño, pretendíamos que el auditorio notara los trucos para que se olvidara de ellos y pudiéramos penetrar juntos en el otro mundo de realidad y mito que se escondía en la película». Chema había vivido las últimas semanas entre fantasmas, gobernado por los vaivenes de su fantasía, y quizá por ello pueda evocarlo, recrear todo lo que me dijo, y verlo todas las veces que yo quiera (esa u otras noches) en un estado de gran desasosiego y excitación: ahora que escribo esto, está ahí mismo, en su banca de siempre. De entre los matorrales sale el gran gato persa que lo ve con la sorprendente mirada blanca de todos los ciegos. Se desplaza como tanteando el terreno, hundiendo la nariz en los rincones. Todo su cuerpo inspira melancolía, acaso nostalgia, sí, sin duda nostalgia. De la calle llega el eco del pitido de un tranvía sin que el enorme gato le preste ninguna atención. Su ronroneo, su ceguera, la gravedad con la que parece sobrellevarla, sus mismos movimientos cautelosos hacen que las ilusiones de Chema se le vayan de la mano y el jardín se convierta en un guiñol fantástico del que surgen todos los momentos que han quedado fuera de los relatos de Renoir: entre las gardenias ve a María, lloriqueante, contando su historia desgraciada; en las azaleas descubre la moviola en la que Jean Renoir admira vorazmente las escenas que ha filmado de la diosa; Jean Gabin, emberrinchado por la tosudez de la mestiza, se revuelca entre los arbustos de margaritas; y todas las sombras de la noche, azuzadas por el perfume ardiente de los jazmines, se convierten en revelaciones de nunca acabar, y Chema rehace el pasado como si estuviera restaurando esos rollos que Renoir tiene escondidos en algún lugar de su casa. La misma historia de María empieza a ser otra historia, y según esta nueva versión (un poco como había sucedido cuando Renoir reelaboró sus películas), su biografía es un plagio de la auténtica: llegó a París exhibiendo una actitud meditada en largas sesiones frente a los espejos de su casa. Insegura y falta de tacto, hablaba un francés recio tras el que quería ocultar su ignorancia monumental. Miraba al mundo con altivez, más con las cejas y los pómulos que con los ojos. Bastaba estar frente a ese gesto gallardo para sentir el peso de una angustia terrible. Cuando se presentó a la

primera cita con Renoir tenía una sola idea en la cabeza: impedir que su fama de devora hombres disminuyera por filmar con él. Entró en el set caminando de medio lado (como si una fanfarria prodigiosa la anunciara) y dijo un «Quiúbole, soy María», que a Renoir le recordó el tono, a medio camino entre la coquetería y la altanería, con que Dédée le extendió la mano el día que se la presentaron sus padres. A partir de ese momento, Renoir quiso dominarla con sus órdenes de terciopelo, derrotarla con sus tomas tersas, adueñarse de su carácter (un poco como su padre había hecho con los primeros dibujos de Dédée) filmando diversos ángulos de su cara, sus movimientos lentos pero llenos de rabia, o una serie de *close ups* de cada detalle de su cara de ángel del mal. Pero una noche, cuando ve los primeros cortes de la película, queda cautivado con la tersura de durazno que la piel de María ha adquirido en cada toma, y entiende algo que su larga carrera de director ya le ha enseñado: que hay almas a las que se les atrapa al filmarlas, pero hay otras que, filmadas, se adueñan del alma de quien las filma. El cine, otra vez el cine, le devuelve el placer del miedo frente a una mujer deseada. La piel roja, la mestiza, la fiera, la odalisca, la vedette, la ramera, la mujer que quería poseer, empezaba a señorear sobre su lascivia de viejo puñetero.

En la imaginación de Chema, Renoir filma cada escena intentando que en cada metro de película, en cada cuadro, en cada detalle quedara algo de María para la película que pensaba reconstruir con los *rushes* de desperdicio. Le decía, le ordenaba, la colocaba en la posición exacta hasta dar con sus mejores ángulos, diciéndole así, así, que no se moviera, que así la quería ver, que pensara en algo agradable, así, así. En la noche corta los pedazos de película que se había llevado a su casa y uniéndolos amorosamente en su moviola deja surgir el otro filme, el íntimo, el secreto, el del juego erótico.

«Pero si María estuvo dispuesta a repetir casi cualquier escena varias veces», piensa Chema, malhumorado, tomando decisiones breves de consecuencias largas, «seguramente supo guardar su desnudez: era púdica a más no poder y debió poner reglas muy estrictas para las secuencias “atrevidas”. Renoir se divertiría con sus caprichos de zorra joven, y seguramente pensó que si había sido tan paciente para seducir a su primera mujer, si la cortejó por largos días a base de miradas, si la acechó desde lejos y la vio a escondidas modelar para su padre, hasta que ella, rendida por sus rondas de palomo en celo, se le entregó, ¿por qué no podría esperar que con María sucediera lo mismo?, ¿por qué no disfrutar con verla solamente mientras la cámara iba destruyendo poco a poco sus defensas de mexicana pudorosa? Al fin y al cabo, Renoir era un *vouyer* consumado y podía esperar todo el tiempo del mundo mientras María se dejara filmar».

Chema se muere de celos solamente de pensar que el viejo Jean Renoir se hubiera masturbado, a solas, cuando veía en la moviola los *rushes* de María filmados ese día.

El gato persa da un salto instintivo sobre el seto de gardenias, hay un ruido seco de ramas quebrándose bajo su peso, y las sombras, la luz de la inmensa luna, el jardín entero, vuelve a quedar, como si nada hubiera pasado, al amparo de la noche tibia y

callada.

Cuando venía a verme, salíamos del bar entre las doce y la una de la mañana y nos íbamos a ver los espectáculos pornográficos de Montmartre. Chema se entretenía preguntando a todas las meretrices que nos encontrábamos en el camino cuánto cobraban por una noche de amor. Que yo recuerde, nunca se fue con ninguna, pero ponía tal interés en su investigación que pensé que lo hacía tan sólo para mantener un pie en este mundo. Llegó a tener una variedad tan representativa de los precios de cada una de las zonas del barrio, que sobre un mapa trazó varios círculos concéntricos (que representaban las diferentes tarifas encuestadas y parecían ondas de agua sobre un charco de calles) donde comprobó que el precio del amor se iba abaratando a medida que uno se alejaba de la Place Pigalle.

—El viejo Montmartre —me decía divertido—, que según dicen fue un monte de mártires en sus buenos tiempos, se ha convertido en el centro financiero del intercambio pasional, una suerte de Wall Street del sexo. Entre más alejado estés del movimiento central, menos valen las acciones de una puta.

Podíamos metemos a un café, a una bistró o un antro cualquiera, pero normalmente acabábamos en un cabaretucho del Boulevard Clichy, llamado Le Narcisse, donde una jovencita de no más de quince años hacía un *strep* total a eso de las cuatro de la mañana. Era una muchacha un poco pazguata, con el cutis como de pétalos de rosas mustias, de bonitas y largas piernas, que aparecía enfundada en una malla negra que le hacía resaltar su trasero menudo y redondo, cubierto apenas por unos volantes de *tutú*. Hacía su acto viendo a Chema con ojos de perra brava, pero él solamente le devolvía la mirada beoda que le había dejado la última botella de Champagne, diciéndome que aquella joven con la piel de pan tenía el mismo cuerpo de Mlle. Tina (que no su cara, por supuesto).

«¿Cómo meto a la solterona en mis novelas?», me preguntaba Chema en su idioma de cascajo (que es lo más parecido que he escuchado al esperanto), entre acto y acto de las meretrices que azuzaban a sus clientes representando a ninfomaniacas enloquecidas, a matronas sadomasoquistas, o a sorprendidas damiselas atacadas por una pasión desenfrenada. Chema miraba los espejos del escenario, las columnas salomónicas (pintadas de dorado y rojo), o la barra atiborrada de parroquianos desvelados, y mientras esperaba que apareciera la nueva desnudista, me repetía incesantemente sus dudas: «¿Cómo meto a la solterona en mis novelas?, ¿cómo desentraño los misterios de su vida insípida?, ¿cómo puedo seducirla si ignoro todo de ella?».

Yo no tuve la delicadeza (viendo que poco a poco iba perdiendo el seso) de ocultarle que René Clair (hacía mucho, cuando yo todavía trabajaba en Lapérouse) me había contado que cuando Renoir viajó al sur de California, recogió a Mlle. Tina en una casucha de ilegales mexicanos por la que pasó cuando buscaba locaciones para filmar *The Southener*. Era una niña de diez o doce años, con la piel cubierta de escamas de pescado, que estaba al borde de la inanición. Renoir comió entre aquella

gente inmutable que vivía en la frontera de la magia y la desnutrición, viendo el cuerpo de lástima de la niña arrumbado en un petate. Quien sabe por qué, antes de despedirse compró a la futura Mlle. Tina por cien dólares, aunque sus padres se la hubieran entregado por menos. Al poco tiempo decidió volver a Francia y no tuvo ningún problema en hacer pasar a la chamaquita por su sobrina, para las autoridades migratorias de Estados Unidos era un alivio saber que alguien se haría cargo de esos mugrosos mexicanos.

—La chiquilla creció a su lado —concluí ahuecando la voz, sin atreverme a ver la cara de Chema—. Viajó con él algunos años, antes de que vinieran a radicar definitivamente a París. Aquí se educó y aprendió a hablar francés bajo el rigor al que Renoir la sometió desde el principio. La pobre vivió rodeada de medicinas, a expensas de los cuidados de su tío, pero nunca pudo recuperarse de las huellas que la pobreza habían dejado en su rostro macilento.

—No sé cómo ha aguantado vivir así —me respondió visiblemente afectado por mi relato, mientras una nueva prostituta se deshacía de toda su ropa—. A lo mejor René te engañó, es un viejo mitómano que daría puñaladas por hacer pasar por verdadera alguna de sus mentiras. De cualquier forma es evidente que la tal Mlle. Tina es muy taruga e ingenua.

Debí haberle contado todo lo que sabía de ella, lo que sucedió en los años que estuvo viajando con Renoir, y lo de sus primeros meses en París, pero no me atreví. Tuve la impresión de que Chema no quería saber nada más, y que, para evadirse, miraba fijamente el escenario donde una cuarentona, disfrazada de leopardo, se arrastraba en cuatro patas hasta que su figura, en el espejo, la cautivaba de tal manera que empezaba a lamerse el cuerpo como gata enamorada de sí misma. «¿Cómo meto a la solterona en mis novelas?», repitió mi amigo humedeciéndose los labios.

Yo conocía muy fragmentariamente la historia de Mlle. Tina, como si su vida hubiera sucedido tras bambalinas. Supe de ella por primera vez, cuando Claude Renoir, sentado a la barra del Lapérouse, se refirió a «mi encantadora prima». Si mal no recuerdo estaba esperando a su tío Jean y, como tantos, se entretenía confiándose sus angustias.

—Si no fuera por mi encantadora prima Tina —me dijo Claude—, no me dejarían entrar a la casa de mi tío. ¿Usted la conoce?

—No. Monsieur Renoir nunca la ha traído por aquí —le contesté.

—La saca muy poco. Es una chica enfermiza y no le gusta que ande por ahí. A veces pienso que preferiría tenerla cautiva.

Claude Renoir era un tipo muy guapo, delgado, de ojos claros, siempre vestido a la última moda, y de ademanes nerviosos. El típico galán de la Paramount, como lo hubiera definido Paul Bowles, el amigo estadounidense de Chema. Yo tenía la impresión de que las mujeres lo perseguían por su mirada aprensiva, sus delgadas manos revoloteando alrededor de su cara, y ese estilo de hablar con el que parecía suplicar que lo protegieran de un mal nefasto. Se había iniciado como actor,

siguiendo los pasos de su padre, Pierre Renoir (quien adquirió cierta fama en el cine francés de los años treinta interpretando al inspector Maigret), pero su carácter inestable no lo ayudó y muy pronto pasó a ser auxiliar de fotografía bajo la tutela de su tío. A su lado aprendió todos los secretos posibles y muy pronto pudo jactarse de ser uno de los mejores fotógrafos del cinema francés. Alguna vez, el mismo Jean me ponderó las cualidades de su sobrino: «De no ser por Claude», dijo con aquella solemnidad chabacana que utilizaba conmigo, «nunca me hubiera atrevido a filmar una película a color. A su lado pude desarrollar una nueva estética. Honor a quien honor merece».

Claude hubiera sido la adoración de Jean, y de hecho durante algún tiempo lo fue. A pesar de la diferencia de edades, entre ellos surgió casi inmediatamente una suerte de complicidad que iba más allá de la simple colaboración profesional, o, incluso, del cariño filial. Se dice, por ejemplo, que si Claude no hace aparecer unos papeles en un juzgado de Bretaña, Jean hubiera tenido que enfrentar una demanda por bigamia, pues se había casado en Estados Unidos con Didó Freire (su apuntadora en *La Regle du Jeu* y sobrina de su amigo Alberto Cavalcanti), antes de que su divorcio con Catherine Hessling estuviera reconocido por las cortes francesas. En fin, la gente pensaba que eran inseparables y que su amistad duraría años, y, sin embargo, cuando en la India filmaban juntos *The River*, tuvieron un pleitazo que duraba hasta el día en que yo me entrevisté con Claude en la barra de Lapérouse.

Por ese tiempo Jean había dado por terminado su autoexilio en Norte América, y de regreso en París, vivía a todo bombo y platillo con su nueva sobrina, contando a diestra y siniestra que estaba disgustado con su sobrino Claude. Una de las diversiones de la gente «cult» de Lapérouse era adivinar las causas de ese distanciamiento entre Jean y Claude, y en saber quién era la sobrina desconocida, debilucha y fea, que el director había traído consigo. Hubo quien aventuró la hipótesis de que la chiquilla era la huérfana de un primo, de la rama materna, que había fallecido en Dakota del sur; que cuando Jean la descubrió en un orfanato quedó misteriosamente cautivado por la niña y sustituyó inmediatamente a Claude en su corazón; Claude no resistió la competencia, empezó a celar a su tío, y al final, por un pretexto cualquiera, riñeron a morir. Otros dijeron que no, que su intimidad, su complicidad, tanto amor que se profesaban, había acabado por volverse en su contra cuando Didó intrigó entre ellos, y que Mlle. Tina no había tenido nada que ver; aún más, que después del pleito, Jean se dio cuenta de la alimaña con la que se había casado y adoptó a la chiquilla en un arranque de soledad. Especulaciones puras. Váyase a saber cuál pudo ser la verdad. Lo único cierto era que cuando Jean regresó a París ya estaba separado de Didó, que ésta hablaba pestes de Tina, y que Claude permanecía alejado de todos. No sabíamos más y por eso especulábamos. Todo lo que teníamos eran puras especulaciones de cantina.

Después de todo, me dije observando al joven Claude, si alguien podía saber algo, era esa jovencita extraña, Mlle. Tina, que había venido acompañando al director en

calidad de sobrina, muy probablemente putativa.

—¿Y por qué querría Monsieur Renoir tener cautiva a su prima? —le pregunté, viéndolo mojar un dedo en su cognac y frotar la orilla de la copa hasta producir un rechinado que me puso la carne de gallina.

—No lo sé. Supongo que tiene miedo a que alguien se le acerque.

—Sería lo más normal, ¿no?

—Mi prima es encantadora pero horrible, y mi tío cree que alguien la buscará por su dinero, por el de él quiero decir.

—¡Ah! *La heredera* —dije, acordándome de Olivia de Havilland en la película del mismo nombre.

—Exacto. Usted lo dijo, no yo. Pero ya quisiera mi prima tener algo de la de Havilland.

Todavía lo recuerdo ahí sentado frente a mí, tan guapo y buen mozo, bebiéndose su cognac de un trago, y yo pensando en la historia de la heredera newyorkina, la fea y sin gracia heredera interpretada magistralmente por Olivia de Havilland, a quien el padre le prohíbe casarse con Montgomery Clift, el apuesto cazafortunas.

—Cuánto mal pueden hacer ciertos protectores so pretexto de la patria potestad, ¿no le parece? —le dije con mal fingida melancolía.

No creo que nos hayamos dicho nada más, pues al rato llegó su tío y se fueron a cenar al primer piso. Jean ni siquiera me saludó, llegó muy mal encarado, lanzó un gruñido que Claude entendió como una orden y lo siguió sumisamente. Por ese tiempo, también, se habían iniciado las crisis de mal humor del divino Renoir, estaba finalizando la película en homenaje a su padre y las dificultades presupuestales, la separación de su mujer, o los líos sentimentales en los que se había metido, le provocaban aquel embrollo de mal carácter, del que, como bien se sabe, nunca pudo salir para volver a ser el amigo atento y dicharachero de la juventud, sino que esas crisis se hicieron más y más frecuentes hasta dejarlo convertido en el viejo huraño que conoció mi amigo, José María Sánchez, alias Lucifer. De cualquier manera, en aquella ocasión debió haber pasado algo pues Jean y Claude se reconciliaron, los vi salir abrazados del restaurante en la madrugada, y tan es cierto que hicieron las paces, que el director volvió a confiarle a su sobrino la dirección de cámaras de su siguiente película, *Elena et les Hommes*.

Cuando René Clair me contó la historia de los primeros amores de Renoir, no sólo me dio la versión auténtica del origen de Mlle. Tina, sino que, como ya se había enterado de muchos detalles que al principio nos eran desconocidos, me dijo que había sido ella quien reconcilió a tío y sobrino, o mejor, que fue porque Mlle. Tina estaba enamorada de su primo, por lo que Renoir aceptó las disculpas de Claude. Hechos más, hechos menos, las vicisitudes de ese enamoramiento fueron más o menos estas:

Claude conoció brevemente a Mlle. Tina en la India, cuando finalizaba la filmación de *The River*. La pobre se había pasado en un hospital casi toda la

temporada, pues casi al llegar contrajo un tifus galopante. Claude sabía, por su mismo tío, que la infeliz había sido recogida en un pueblucho cercano a Los Ángeles, pero que como Jean le había tomado tanto cariño había hecho correr la versión del primo de Dakota del sur, etcétera, etcétera. La pedante de Didó Freire (entonces Mme. Renoir) le había dicho que la muchachita era un horror, una histérica que enfermaba por cualquier cosa, y que no entendía por qué Renoir había insistido en traerla con ellos. Su odio era, para decirlo de alguna forma, sincero.

En la mesa de los Renoir siempre hubo un plato esperando que Mlle. Tina volviera del hospital. Claude, que comía con ellos casi a diario, veía el lugar vacío sin explicarse bien a bien la estrafalaria consideración de su tío por aquella mujer enfermiza, ni los constantes berrinches que hacía Didó por tener que atender a una ausente perpetua.

Quizá por quedar bien con Renoir, o quizá complaciendo una inútil curiosidad, el buen Claude envió a un hospital un libro —*Claudine en la escuela*, de Colette— y una tarjeta en la que escribió: «Espero que esta novela le haga menos infeliz su convalecencia. Su primo, Claude». Gesto tan inocente conmovió a la enferma, que le devolvió una nota, escrita en el más puro estilo de Colette, pidiéndole, suplicándole, que le enviara otro libro. Claude respondió haciéndole llegar, *Claudine en París*, continuación de la serie iniciada en el libro anterior. «Estará mejor en sus manos que en las mías. Estoy seguro que esta historia la fascinará», escribió en la primera página. Claude tenía una manía compulsiva por halagar a las mujeres y, según parece, piropeaba aún a las que detestaba.

La historia de Claudine, efectivamente, deslumbró a Mlle. Tina, que en su lecho de enferma empezó a suspirar por su desconocido primo y a identificarse con la heroína de la novela: a ella (que como Claudine se reponía del tifus) la esperaba un futuro brillante en la capital francesa, y, quizás, hasta los amores clandestinos que Claudine mantiene con su primo Marcel. Las mismas descripciones que la narradora hacía de su cuerpo le venían como anillo al dedo: «Sentada en mi tina, desnuda, compruebo que me voy llenando un poquito, pero aún queda por llenar bastante. ¡Menos mal que el cuello se me adelgazó poco! Eso me salva. En el agua caliente paso contándome los huesecillos del espinazo, calculando si la distancia de la ingle a los pies es la misma que de la ingle a la frente. ¡Dios mío, qué poco pecho tengo!». Si Claudine triunfaba, si fue capaz de remodelar su cuerpo después de aquella terrible enfermedad que la había dejado en calidad de piltrafa, ¿por qué no lo iba a conseguir ella?

Mlle. Tina y Claude Renoir se conocieron pocas semanas después, durante la comida que se hizo para celebrar que se hubieran tomado las últimas secuencias de *The River*. Claude tenía que regresar urgentemente a los Estados Unidos, apenas tendría dos o tres días para discutir con su tío las pautas de la edición de la película, y aquel almuerzo se organizó a las voladas en uno de los galerones donde se rodaron los interiores. Mlle Tina llegó a la comida vestida con un largo vestido de campesina

francesa del siglo XIX, con un sombrero espectacular, cuajado de flores, y un escotazo donde resaltaban sus enormes clavículas sobre sus incipientes senos. Entró sostenida por Didó, tan lentamente, que parecía caminar al compás de la marcha de Aída. Todos los que recuerdan la escena están seguros de no haber visto nunca a una mujer tan flaca, atavida con semejante vestuario. Al descubrirla en la puerta, recortada en el halo de luz del poderoso sol de Calcuta, Claude tuvo un conato de infarto, pero recordó que le había enviado una nota en la que hacía votos por conocerla antes de partir al extranjero, y supuso que se había levantado de la cama con el solo propósito de cumplir con sus deseos. Sin dudarle un instante se deshizo de las caricias de una de las maquinistas y fue a saludar a su prima. Bajo el ala del gran sombrero, entre las sombras y los rayos de luz que se filtraban por los espacios del tejido de paja, vio a una mujer cuya fealdad no había alcanzado a ser descrita por la mala leche de Didó. Claude besó su mano huesuda, le ofreció el brazo, forzó una sonrisa, y la acompañó hasta la mesa. Mlle. Tina, que ya estaba perdidamente enamorada de su flamante primo, tal vez recordó las palabras de Claudine: «Por último, suena un portazo, un paso rápido y entra el anunciado Marcel... ¡Virgen santa, qué maravilla!... Le doy la mano sin decir nada, de tanto mirarlo. En mi vida he visto cosa tan rica». En ese momento recuperó la salud a costa de tres mujeres que la perdían, desmayándose en sitios estratégicos del galerón, pues no aceptaron que aquel maniquí las cambiara por el esperpento que acababa de hacer su aparición en el banquete.

Dos días después, antes de irse, Claude ya había reñido a muerte con su tío Jean. No había visto a Mlle. Tina ni una sola vez después del banquete, ni se había parado por los estudios; estuvo encerrado en el burdel de Mme. Lulu, una francesa de más de cien años radicada en Calcuta, sin dar señas de vida, hasta el momento que se presentó con su tío sosteniendo trabajosamente una valija de cuero. Tenía las huellas de la francachela puestas en la cara y en cada arruga de su traje de lino blanco. Jean y Claude se encerraron en un cuarto, se gritaron y dijeron cosas que nadie entendió. El joven fotógrafo salió de la habitación hecho un energúmeno, azotó la puerta y se fue directamente al aeropuerto. En la sala de espera lo alcanzó una sirvientita quien le entregó un paquete y una carta apasionada de Mlle. Tina, en la que le confesaba su amor y le ofrecía reconciliarlo con su tío. «Confía en mí, Claude. Yo sé cómo manejarlo. Nos veremos en París. Tuya, por siempre, Tina». El paquete contenía un cofrecito de oro, dentro del que había un mechón de pelo y un puñado de cenizas de incienso. Era un ensalmo. Claude recordó que en la novela de Claudine, cuando ésta deja la escuela, una amiga le hace ensalmar unos objetos, y revela cómo se tienen que llevar a cabo estos ensalmos para atar por siempre al ser amado. Se le estremeció el corazón y se arrepintió de haber iniciado a Mlle. Tina en la lectura de Colette.

—Una mujer enamorada en capaz de cualquier cosa —me dijo René Clair—, y la sobrina de mi querido Jean debió haber estado encaprichada. Ahora que le voy a decir, cualquiera se encaprichaba con aquel chulapón de Claude Renoir.

—¿Y él —pregunté yo— también se enamoró de ella?, ¿sirvió de algo que le

ensalmara sus cabellos?

—No lo sé. Hay quien dice que Claude estaba huyendo de su prima. Había sido considerado y galante con ella, pero nada más. Ya se sabe, la coquetería es una promesa de coito sin garantías, pero Mlle. Tina se tomó demasiado en serio las similitudes de su caso con la novela de Colette, y él comprendió demasiado tarde la trampa que le habían tendido, o que se había tendido él solito. Pensó solucionar su caso poniendo distancia de por medio, pero no contaba con que su actitud ofendía más a Renoir que a la propia Mlle. Tina. Pobre muchacho, al poco tiempo comprendió que sin el aval de su tío no era nadie y volvió para pedirle perdón. Jean puso como condición que galanteara a su sobrina.

—Quizá Mlle. Tina cumplió su promesa y efectivamente los reconcilió — comenté yo, viendo lo mucho que divertía la historia al vaudevillista René Clair.

—No lo creo. Jean tendría que haberme mentido. Recuerdo una carta en que decía: «Claude se quedará siempre conmigo. Lo he comprometido con Tina». ¿Se da cuenta de la insinuación?, ¿qué otra cosa puede significar ese «lo he comprometido con Tina»?... No, todo fue obra de él.

El buen Claude me había engañado, o había permitido que me fuera con la falsa pista: el cuento de *La heredera* que me sugirieron sus palabras. Él me hizo creer en un Renoir avaro de sus riquezas, melindroso y desconfiado, cuando fue él, Renoir, quien en vez de escamotearle a la sobrina se la ofreció en bandeja. No sé por qué lo hizo, era más cómodo dar por sentado que lo habían comprado, a disculpar a su tío. Una de las partes oscuras de esta historia es precisamente esa: la obstinación de Claude en hacerme creer que él era una suerte de cazafortunas, cuando la verdad fue que, al revés de lo que pasa en *La heredera*, Jean Renoir (en el papel del padre desalmado) utiliza a su pseudo Olivia de Havilland para engatuzar al guapazo del novio. En fin, al dandy no le quedó más que aceptar la propuesta y por un tiempo jugó al enamorado. Recuerdo que alguien me contó que, alguna vez que yo no estaba en Lapérouse, Jean, María, Mlle. Tina y Claude vinieron a cenar como si fueran una gran familia. Jean se acababa de separar de Didó, pero fue una de las pocas ocasiones en que no se le vio triste, al contrario, galanteaba a María con zalamería: como todos los directores que trabajaron con ella, se había rendido a sus encantos. Claude y Mlle. Tina, por su parte, formaban una pareja rara, que irradiaban una felicidad que a nadie pasó desapercibida.

—¿Se los puede usted imaginar? —me preguntó René Clair, haciendo como que los encuadraba con los dedos de sus manos—. Tres guapos y una fea. Fíjese usted, María y Claude eran de desmayo, Jean no les iba muy atrás, pero la Tina era como un cucarachón en medio del betún albo de un pastel de fresas. La pobre no se daba cuenta de nada. Iba de un lado a otro con ellos, platicando con María muy quitada de la pena, y pidiéndole a cada rato que la acompañara al tocador, pues era de vejiga pequeña.

Si Claude tuvo algún reparo al principio, debió haber visto algo fascinante en

Mlle. Tina, pues exhibió sus amores por todo París: fue a fiestas, a estrenos de cine, a la ópera, y a salones literarios. Cuentan las malas lenguas que todo era falso y que Mlle. Tina simplemente servía para encubrir un *menage a trois* que Jean, Claude y María tenían organizado, que se juntaban en la suite que la mexicana rentaba en el Ritz y se refocilaban en tremendas orgías, pero que nadie se enteraba de nada pues la sociedad entera estaba ocupada en descubrir lo que Claude veía en el esperpento, o en averiguar lo que el tío había ofrecido en recompensa al muchacho para que se paseara por ahí con semejante adefesio.

—Yo le voy a contar, querido amigo, que no hay nada que pruebe esos rumores —agregó René Clair pidiéndome que le preparara un *Brandy Froupé* ($\frac{1}{3}$ de Brandy, $\frac{1}{3}$ de vermouth rojo, $\frac{1}{3}$ de Benedictine, un toque de esencia de naranja, y derecho a soltar la lengua)—, pero Renoir era muy capaz de utilizar a la sobrina como coartada, y Claude lo mismo. No sé María, pero siempre tuve la impresión de que era una mujer sin escrúpulos que habría hasta asesinado por conseguir lo que quería. En cualquier caso, creo que de haber sido utilizada, la pobre Tina nunca se dio cuenta de nada.

Los años cincuenta habían alcanzado su esplendor —María estaba a punto de terminar su larga gira europea y volver a su país, Renoir había regresado para reconquistar la Francia, Claude esperaba explotar su físico, París era un hervidero de existencialistas, comunistas y partidarios de la Quinta República presidida por el general De Gaulle— pero para Mlle. Tina el tiempo parecía no haber transcurrido más allá de *La Belle Époque*: su París era aquel que descubrió en las novelas de Colette, y se paseaba por los jardines de Les Tuilleries bajo sombrillas bordadas, arrastrando la gran cola de sus vestidos de seda; o se sentaba en una banca de Les Champs Elysées, con un folletín entre las manos, levantando de vez en cuando la cara al cielo para limpiarse las lágrimas que escurrían a torrentes por sus mejillas macilentas. Claude siempre estaba a su lado, indiferente al vestuario de abuelita que lucía su novia; indiferente, también, al agravio que infringía a sus enamoradas. Se cuenta que alguna vez, ahí, en Les Champs Elysées, un grupo de mujeres, animadas por los incipientes vientos de la liberación femenina (pero con un concepto realmente rudimentario de lo que es la lucha de clases) se presentaron frente a la pareja de tórtolos con una pancarta que decía: «Dejad a los guapos con las guapas, y a las feas con los feos». Mlle. Tina sonrió, y Claude, después de lanzar un beso hacia las manifestantes, tomó a su amada del brazo y se fue en pos de la gloria en medio de una rechifla fenomenal.

Es muy probable que la mitad de todo esto haya sido falso y/o exagerado, pero ignoro si mi amigo Chema estuvo alguna vez al tanto de ello, si sospechaba algo de aquella famosa cena del cuarteto de la muerte en Lapérouse, o escuchó los rumores del flirteo de Renoir con María. No puedo imaginar qué hubiera dicho de saberlo. De cualquier manera, yo no se lo dije. Me arrepiento, ahora me arrepiento. Todavía me acuerdo de su cara cuando me decía que la tal Mlle. Tina era muy taruga, y pienso

que algo debió sospechar de esta historia, y que quizá, como yo, prefirió no decirme nada, aunque bien hubiéramos podido comentarlo, pues qué era lo que sabíamos entonces: que Renoir había obligado a su sobrino Claude a galantear a la solterona, que durante unos meses sostuvieron un noviazgo bullanguero, que gracias a ello (o mejor, a ella) Jean y Claude se reconciliaron y juntos hicieron varias de las mejores películas de la cinematografía francesa, pero que el noviazgo finalizó a los pocos meses y que, al cabo, tío y sobrino volvieron a pelearse, esta vez para siempre, y que la ingenua de Mlle. Tina hizo todo lo que pudo por reconciliarlos pero fue imposible. No había más.

Para mí la historia de Mlle. Tina era esa especie de pastiche literario (entrevero de *La heredera* con *Claudine en París*), que tenía un mucho de extravagancia y mala suerte; una vida siempre extraviada en otras historias, oculta en las pasiones de otras personas, empeñada a los deseos de quienes la rodeaban. La imagino como surgiendo en un pasillo nebuloso, con su cara bobalicona que no puede ocultar una cierta picardía, pensando que todo el mundo es bueno; o paseando en el París de la efervescencia degaullista, repitiendo, como letanía de escuela, que es una chica afortunada, y diciéndose a cada paso (como diría Claudine de sí misma) «¡qué extraña me veo con mis cabellos como plumas sopladas, mis largos ojos embargados por un deleite turbio y la boca húmeda!». Mlle. Tina siente que el futuro le sonrío aunque le estén tomando el pelo. El chisme del *menage a trois*, y que posiblemente la utilizaron como «escudo humano» (como se dice ahora en el lenguaje bélico), no hizo sino confirmarme que Mlle. Tina vivía como de prestado.

Siempre creí que Chema no hubiera podido sacar mucho provecho de estos rumores, sino que, antes al contrario, se habría perturbado más de lo que ya estaba, y si es cierto que le hubiera dado pie para que metiera a la solterona en sus novelas, también lo es que las fantasías le habrían alborotado las ilusiones, y váyase a saber de qué hubiera sido capaz.

Una noche, hacia finales del mes de octubre, el bar estaba repleto con los artistas que habían venido a celebrar que hubieran premiado a Michel Tournier con el *Goncourt*, y Chema tuvo que prescindir de mi compañía para continuar con sus encuestas erótico-financieras por Pigalle. Un nuevo cóctel (que esa noche bautizamos con el nombre de «El rey de los Alisos», en honor de la novela premiada de Tournier) se había hecho muy popular entre la joven intelectualidad parisina. Era una variación simple del clásico Martini: a una onza y media de ginebra española, le agregaba un toque de vermouth rojo y le exprimía una cascarita de naranja. Un poco a mi pesar (pero para halago de mi vanidad) «El rey de los Alisos» había convertido mi Harry's bar en un lugar de francachela, al que gran cantidad de escritores acudía todas las noches con cualquier pretexto. Lo natural fue que para esa celebración memorable se reunieran en torno al nuevo rey de las letras galas y consumieran litros de «Alisos».

Un tanto fastidiado, Chema aceptó quedarse a compartir la pachanga con algunos jóvenes que yo le presenté. Aunque era un extraño, se dio cuenta que tenía que

incorporarse a la celebración, en mi bar cualquier actor sabía su papel y conocía el tono de todos los dramas. Aquel premio significaba un poco más para las letras francesas de lo que se hubiera podido imaginar a primera vista. La literatura, el gusto literario, volvía por sus fueros después del reinado efímero del *Nouveau Roman* y todos festejaban a los gritos aquella victoria que, hay que reconocerlo, era la de la imaginación sobre la técnica, la de la diversión sobre el aburrimiento, la de la palabra poética sobre la frase sosa.

A eso de las diez de la noche llegó, resplandeciente, Carlos Fuentes. Después de abrazar a Tournier, de platicar un rato con André Malraux, de hacerle los honores a Sartre (que reinaba en un rincón oscuro del bar), y darle el pésame a Robbe Grillet (que estaba inconsolable en el otro extremo del salón), vino a saludar a Chema a una esquina de la barra.

—Me dijeron que estabas en París —le dijo inmediatamente con ese tono amistoso y bullanguero que Carlos había ido refinando en los últimos años—. ¿Cómo no me has visitado, caray? Eres un desgraciado.

—Perdóname, Carlos —le contestó Chema, evidentemente apenado—. He estado metido en asuntos muy turbios.

—Sí, ya sé. Me escribió Efraín. ¿Has tenido suerte con Renoir?, ¿tiene o no la película?

Chema no supo qué contestar. Se ruborizó como si lo hubieran descubierto en una travesura y se bebió su «Alisos» de un solo trago.

—No te pongas nervioso —agregó Carlos, palmeándole la espalda—, no voy a decir nada. Seré como una tumba.

—Todavía no sé si la tiene o no —dijo Chema con un hilo de voz—. No he podido sacarle nada a ese viejo cabrón.

—Apúrate, mi hermano, Renoir se nos puede morir en cualquier momento.

Un grupo de escritores hispanos vinieron por Fuentes y lo único que alcanzó a pedirle a Chema fue que lo tuviera al tanto de sus pesquisas. «Ya sabes, seré como una tumba». Chema vio cómo se lo llevaban casi en vilo, pensó en Luis Procuna saliendo en hombros después de una tarde triunfal en la Plaza de toros México, largó un suspiro de alivio, le dijo que para sustos era ya bastante, y se fue sin despedirse de nadie.

Si había pensado en hacer la excursión nocturna a solas, Fuentes le quitó todos los ánimos, y con su desolación como joroba deshizo el camino hasta la casa de Renoir. Ante la perspectiva de encerrarse en su recámara, prefirió ir directamente al jardín para sobreponerse de la angustia que le causó saber que Carlos estaba al tanto de sus desesperadas intenciones. Le apetecía una hora de tranquilidad al aire libre, sin contar con que ésa sería una de sus últimas oportunidades para disfrutar de una noche agradable, antes de que el invierno se nos viniera encima.

Encontró el aroma exquisito de las otras noches, estancado a medio suelo, como si alguien lo hubiera purificado con incienso. Casi podría asegurar que recuperar el

perfume de sus mejores momentos lo redimió por un instante de su mal humor.

Es cierto que sus primeras visitas al jardín tuvieron por objeto justificar su pasión por la horticultura, y que apenas hubo terminado de arreglar sus habitaciones, lo hizo inspeccionar por un hábil experto (un gascón que le recomendó Sophie Sappey, y que, como ella le dijo, encontró jugando al *petaque* en las Arènes de Lutece) con quien cerró un trato para que lo arreglara en no más de dos meses. Ya había tenido la primera entrevista con Renoir y no quería aparecer como un inconsistente. En lo íntimo, lamentaba haber contratado al jardinero, porque le gustaba el jardín tal como estaba, con sus hierbajos y su maleza exuberante y silvestre, con su característica anarquía que nada tenía que ver con el orden de escultura de los jardines tradicionales franceses; le seducía esa mezcla de aromas, dulce pero caótica, con la que Renoir se excitaba al punto del éxtasis, pero quería mantener la promesa hecha a Mlle. Tina, pasar por un verdadero diletante de la floricultura, y quizás hasta conquistarla enviándole diariamente un hermoso ramo, o al menos una rosa del mejor de los rosales: atacaría la ciudadela con lirios y rosas. A la fecha no había iniciado el ataque floral, pero el gascón ya había hecho avances notables: más que arreglar los matorrales, parecía haber dado espacio para que aquella fragancia fuera cada vez más nítida. Pensó que ése pudo ser el aroma que conmoviera al viejo Auguste Renoir, cuando sentado en el Café des Amis observaba el ir y venir de las mujeres que al día siguiente modelarían para sus pinturas.

Miró hacia la ventana de Mlle. Tina. Estaba silenciosa y sombría. Los amplios cristales y sus postigos inmóviles fueron tan elocuentes y crípticos como la voz o los ojos de Renoir narrando su vida y sus filmes. Chema no pudo evitar que la historia que yo le había contado sobre el origen de Mlle. Tina lo conmoviera. «Pobre mujer, ni aun con este perfume sería la musa o modelo de nadie. Tengo la impresión de que todos han abusado de ella».

Hasta ese momento se dio cuenta que no le había angustiado tanto que Carlos Fuentes estuviera al corriente de su secreto, como percatarse de todas las semanas que había perdido en nimiedades. Tuvo la falsa impresión de que la vida se le estaba yendo entre las manos, y que René Clair tenía razón, el miedo le iba ganando la batalla. Sabía muchas cosas de Renoir —de su vida, sus amores y su padre—, pero de lo que en realidad le interesaba solamente tenía sospechas y una que otra historia inventada al amparo de aquella fragancia alucinante del jardín.

«Soy tan coyón como Renoir», se dijo sin apartar la vista de la ventana de Mlle. Tina, «sólo que a mí me faltan los actores para mandarlos a hacer el ridículo en mi lugar».

Estaba tan distraído con estos pensamientos que tardó bastante en advertir que no estaba solo, como suponía.

Sentada bajo una enramada, en un extremo del jardín, había una mujer. Se le ocurrió que pudiera ser una criadita enamorada del mozo chimuelo, que se había introducido furtivamente para acudir a una cita con él. Ya iba a retirarse para no

asustarla, cuando ella se irguió en toda su estatura y reconoció a Mlle. Tina. Experimentó un grato deleite porque no tenía la más remota idea de que pudiera encontrarla. Chema supuso que tal vez en su ausencia, en las noches en que iba a visitarme, ella salía a tomar el fresco. Sintió como si le hubiera tendido una trampa volviendo más temprano que de costumbre.

—¡Ah que contenta estoy de que haya venido! —dijo jovialmente la solterona.

Tanto ella como su tío poseían el don de decir siempre lo más inesperado.

Salió precipitadamente de la glorieta, casi como si fuera a arrojar a los brazos de Chema, aunque él supo sortear la prueba tomándole la mano con una venia teatral.

—Ésta sí que es una sorpresa —dijo Chema—. Hoy va a suceder algo extraordinario, si no, es imposible explicarse este encuentro.

—Ya me estaba dando miedo estar aquí sola —repuso ella acercándose—. Las plantas y los arbustos se ven muy raros en la oscuridad y se escucha toda clase de ruidos misteriosos.

—Habla como si se hubiera perdido en el fondo del bosque.

—Así me siento, extraviada. Fuera de la casa todo me parece ajeno.

Chema no había vuelto a platicar con Mlle. Tina desde que lo recibiera por primera vez. En alguna de las entrevistas con Renoir la había visto paseándose por el jardín (para no hablar de su aparición fantasmal en ropa interior tras la ventana de su cuarto); y alguna vez que había ido a recoger a su tío para dar por terminada la entrevista, intercambiaron un saludo formal, pero nada más. En las seis semanas que llevaba viviendo en su casa, solamente se hablaron con la mirada y él hizo muy poco para seducirla: no le había enviado una sola flor, no la había buscado, no le había siquiera escrito en respuesta a las notas en que ella le notificaba la hora en que tendría sus citas con Renoir, ni nada de nada. De golpe le volvió la sensación de que la vida se le estaba yendo entre las manos.

—Me pregunto cómo consigue mantenerse alejada de este lugar delicioso —dijo Chema—, cuando solamente la separan de él tres escalones.

Señaló su cuarto y una puerta en la que había, efectivamente, tres escalones.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted podría salir todas las noches. Ésa es su recámara, ¿no?

—No. Nosotros vivimos en el otro lado de la casa. Además nos acostamos muy temprano, más temprano de lo que usted se podría imaginar.

Chema estuvo a punto de hacerle notar que su comentario ahondaba más el misterio de sus vidas, y sobre todo, que no entendía, entonces, qué podía haber estado haciendo en esa habitación la mañana en que la descubrió en ropa interior, pero un resto de discreción, y quizás un atisbo de celos, lo detuvieron.

—Son ustedes una familia muy rara —se atrevió a decir—. Estoy muy desconcertado. Me gustaría conocerlos mejor.

—¿Qué motivos tiene usted para desear conocernos?

—Esa pregunta es de su tío —replicó Chema, relativamente contrariado—, no

suya. Usted no la haría si no se la hubiera sugerido.

—No me dijo que la hiciera —contestó ella sencillamente, sin mostrar confusión alguna.

La simplicidad inclemente de esa mujer lo descomponía, lo dejaba casi sin aliento. Chema pensó que era tan directa, tan sin chiste, que bien podría tomarla de los brazos y besarla, que ella apenas opondría resistencia. «¿Por qué hace eso?», le preguntaría con un simple atisbo de consternación. ¿O era capaz de besarlo apasionadamente con la misma falta de sorpresa? En cualquier caso, Chema barruntaba que fuera cual fuera su respuesta, le helaría la sangre. Hasta ese momento, mirándola sin discreción, se dio cuenta de que se había puesto todas sus joyas (su cuello largo estaba lleno de collares con cuentas de colores y sus manos tintineaban por la cantidad de dijes que colgaban de las pulseras de oro y plata), pero que vestía solamente un camisón de seda, bajo el que su cuerpo se insinuaba sin recato. Chema nunca había visto tantas joyas juntas en una mujer tan precariamente vestida. De su cuerpo emanaba un perfume dulce que se amoldaba perfectamente con los olores del jardín.

—Mi tío no necesita decirme nada. En muy pocas ocasiones lo hace —explicó Mlle. Tina—. Esta noche me sugirió que saliera al jardín, pero a mí no me gusta dejarlo solo.

—¿Se siente mal? ¿Está enfermo? —preguntó Chema con más emoción, según sospechó, de la que convenía revelar, pero la advertencia que le había hecho Carlos Fuentes pocas horas antes le salió al encuentro, y pensó que Renoir había enfermado repentinamente. Comprendió que su interés por el anciano había puesto en guardia a la solterona, y su mirada escrutadora y directa lo ofuscó un poco. Turbado y nervioso, Chema se las ingenió para recuperar la prestancia de ánimo.

—Sentémonos en alguna parte y me lo explica.

La tomó del brazo, sintió la tibieza de sus muslos junto a los suyos, y el aroma almibarado de su cabello se untó a su piel. Su rostro estaba iluminado por un entusiasmo desbordante que hacía menos desagradable su fealdad. Las mejillas ligeramente sonrosadas, los cabellos negros y abundantes, en vivo contraste con el camisón blanco, la hacían aparecer como una visión fantasmal. En ese momento nadie hubiera podido afirmar que Mlle. Tina era tan absolutamente fea, pero sus pupilas brillantes de deseo pusieron a Chema a la defensiva. Eligieron la banca menos escondida, menos confidencial de la glorieta.

Permanecieron juntos más de una hora. Supongo que todavía estaban ahí, en amigable charla, cuando escucharon las campanadas de las dos de la madrugada en la iglesia de Saint Etienne du Mont, esas claras campanadas que en algunas calles escondidas del Quartier Latin alcanzaban todavía a vibrar como si corrieran a esconderse en sus rincones.

Mlle. Tina habló libremente, respondiendo a las preguntas de Chema y formulando otras a su vez, sin hacer ninguna pausa. Le contó de sus primeros años en

París, calificándolos de brillantes; de la casa que su tío había heredado en la Costa Azul, donde antiguamente pasaban todos los veranos y recibían la visita de las grandes luminarias del cine francés. Hablaba y hablaba, sin propósito aparente, arreglándose el pelo con sus huesudas manos enjoyadas. Miraba a Chema con ojos cuajados de ternura, y su entusiasmo se acercaba mucho a lo que podría ser la languidez de la pasión.

«Como es un brujo consumado, tal vez Renoir adivinó que yo volvería temprano», pensó Chema con cierta incomodidad, «y le pidió a su sobrina que saliera para encontrarme. En tal caso la trampa me la tendieron a mí. A lo mejor hasta fue idea suya que ella se vistiera en esa recámara para que yo pudiera verla, después de todo fue él quien me dijo dónde debería sentarme. ¿Me la estará ofreciendo?, ¿querrá que yo la compre ahora, como él la compró cuando era chiquita?».

No descartó, sin embargo, que sus sospechas fueran otra de sus tantas fantasías de guiñol.

Los recuerdos de Mlle. Tina parecían muy antiguos y ella se perdía en ellos como si fueran su único entretenimiento. Hablaba de París como se refiere uno a una ciudad exótica, falsa, de cuento de hadas, un tanto acartonada. Su voz era viva, pero sus gestos permanecían imperturbables. La dicción y la cadencia, y aun la timidez, eran indicios de que su memoria se había convertido en el único asidero de su madurez insulsa, tanto así, que de pronto a Chema se le ocurrió figurársela dentro de la sofisticada sociedad de Fabourgh Saint Germain, a la que había pertenecido Proust. Pensó en ella acompañada de la princesa de Bibesco, platicando con la condesa Elizabeth Greffulle, o aceptando, sin remordimiento alguno, los galanteos hipócritas de Armand de Guiche. ¿A qué personaje de *A la recherche da temps perdu* podía haber inspirado? Recordó que al principio de la noche había pensado que Mlle. Tina no podía ser musa de nadie con aquella su absoluta falta de belleza y gracia. ¿Se la podría imaginar, al menos, como una de las tantas extras que Renoir contrataba para sus películas?, ¿como ayudante del laboratorio casero donde editaba los *rushes* de desperdicio? No, ni de Proust ni de Renoir, era imposible que Mlle. Tina hubiera pertenecido a ninguno de sus mundos: porque seguramente nunca oyó hablar del brillante mundo social del Fabourgh; y porque había estado siempre al margen de las maquinaciones estéticas de su tío, y no había razón para suponer que supiera algo de las fotos o la película. Esta presunción lo regocijó porque le hacía sentir más tranquilo frente a ella, pero recordó que la carta de rechazo que había recibido Carlos Fuentes era de su puño y letra, y aun cuando le hubiera sido dictada, era una prueba contundente de que conocía al menos la existencia (verdadera o supuesta) de las fotos con los desnudos de María. De pronto resurgió en él, a la vista de aquel rostro de rasgos brutales, una tentación absolutamente incompatible con la prudencia que había observado hasta ese momento: ¿Podría contar con ella?, ¿sería capaz de volverla su cómplice?, ¿se dejaría seducir para ser su informante? Mlle. Tina gesticulaba, reía, desperezaba el cuerpo sin importarle que el camisón se le trepara por los muslos, y

movía los brazos en redondo desparramando su perfume por todos lados casi sin misericordia. Chema decidió que no podía seguir esperando, que en realidad le era preciso un sondeo, y preguntó inesperadamente:

—¿A usted le gusta el cine?, ¿ha visto las películas de su tío?

—Algunas sí. Una vez a la semana nos reunimos en la salita de proyecciones y vemos una película, aunque no necesariamente de él. A mi tío le encantan los cortos de Charlot. Pero lo que verdaderamente me fascina son las radionovelas.

—¿Cómo? —preguntó Chema desconcertado, como si lo estuvieran llevando a un callejón al que no quería entrar.

—Sí, las radionovelas. En un tiempo escuchaba muchas, tres o cuatro al día: *¡Qué canalla es la vida!*, *El desagravio de Monsieur Pozzi*, *Marie de Bernardaky* o *la agonía de una doncella!* En fin, ya no me acuerdo de todas. Pero a mi tío le molestaba que me pasara las horas junto al radio y poco a poco me lo fue prohibiendo.

—¿Y cómo lo logró si le gustaban tanto? —preguntó Chema, tartamudeando, desconcertado ante la voz de trueno con que la solterona le había enunciado, pausadamente, cada uno de los títulos de sus radionovelas preferidas.

—Como usted supone... haciéndome ver películas a destajo. De este u otro director, de tal o cual actriz, en colores o blanco y negro. ¡Ay, fue un verdadero fastidio! Casi diario íbamos a un cine diferente... Pero eso fue hace mucho, ahora, ya ve, salimos muy poco.

—Entonces debe usted saber mucho de cine.

—No se crea.

—Su tío le habrá contado muchas anécdotas. Si con la poca confianza que me tiene, a mí me ha referido tantas, a usted le debe haber confiado su vida entera.

—¡Oh, debió haber venido usted hace diez años! En aquella época todavía contaba muchas cosas.

—¡Qué lástima! Me hubiera gustado tanto escucharlo hablar de una compatriota mía.

—¿De la mujer que tenía una voz profunda, sonora, arrebatadora? —preguntó Mlle. Tina, sin malicia, como si esa fuera, también para ella, la ocasión para hablar de María.

—Sí, de la misma —respondió Chema, sin saber si la serie de adjetivos de la voz de su amada tenían la intención de halagarlo o escarnecerlo.

Mlle. Tina continuó como si fuera la narradora de una de sus radionovelas preferidas:

—Era bella como ninguna, ardiente, apasionada. Mi tío decía que lo amó locamente.

—¿Y él a ella? ¿No le amó él acaso con la misma locura?

—Decía que era su diosa, que estaba deslumbrado, aunque cambió mucho después de que filmaron juntos. Fue otro desde entonces... según me dicen.

Con el rabillo del ojo, Mlle. Tina vio cómo Chema se alteraba. Percibió claramente su turbación, una turbación que bordeaba los celos. El tono de su voz había sido perfectamente trivial y, sin embargo, sus palabras causaron en él un temblor recóndito.

—Parece un sueño —murmuró Chema, sin poder contenerse más, como si hubiera decidido en ese instante jugar todas sus cartas—. Dígame, su tío me dijo que guardaba muchos recuerdos de su pasado, ¿conservará alguna foto de María?, ¿alguna, digamos, más atrevida? Sabe usted, desgraciadamente son muy escasas.

—¿Algún retrato?

—Perdóneme el atrevimiento, pero quiero saber si Renoir guarda alguna fotografía con desnudos artísticos de María.

Chema usó por vergüenza el eufemismo «artísticos», pues recordó que las leyes mexicanas permitían los desnudos cinematográficos solamente si se les calificaba como tales, y temió haber dado pie para una de las interminables discusiones de café en las que se enredaban los intelectuales mexicanos para definir cuándo sí, o cuándo no, un desnudo merecía el calificativo de «artístico». Afortunadamente Mlle. Tina estaba a salvo de toda vanidad intelectual.

—No lo sé —contestó, y Chema leyó, por segunda vez, cierta desconfianza en sus ojos. Quiso decir algo más pero se le descompuso la mandíbula y sólo atinó a despedirse—: Me voy, buenas noches.

Se levantó precipitadamente y caminó hacia la casa. Era increíble, hablando de asuntos más personales, Mlle. Tina era fría e imperturbable, pero cuando entraban en los terrenos que a él más le interesaban, se ruborizaba y prefería huir. Chema la acompañó, tratando de devolver el corazón a su lugar, por el estrecho pasillo que los llevaba al hall de la entrada.

—Buenas noches, buenas noches —iba repitiendo ella como una autómata.

—Si conservara uno usted no podría ignorarlo, ¿no es cierto? —preguntó Chema tomándola de la mano.

—¿Si conservara qué? —preguntó Mlle. Tina mirándolo de un modo ambiguo: desconfianza tres cuartas partes, coquetería el resto.

Chema la tomó de los brazos, le pareció sentir las nubes de deseo que crispaban su piel bajo el camisón de seda, y agregó sin más recato:

—Un desnudo de la diosa... un recuerdo lascivo de ella... daría cualquier cosa por verlo.

—No sé si lo tiene o no... mi tío guarda sus cosas con llave.

Parecía asustada, tal como la encontró en el jardín, temerosa de haberse extraviado, como si recelara de haber hecho una confesión de más. Chema sintió un arranque de ternura por ella, tal vez un resto de compasión o lástima que se le confundió con deseo, quiso abrazarla pero ella se zafó de sus manos y abrió la puerta que la llevaba hasta sus habitaciones.

—¿Está usted indagando su historia? —preguntó ella, con medio cuerpo detrás de

la puerta.

—¡Ah! Otra vez. Esa pregunta también es de su tío, no lo puede negar —protestó cariñosamente Chema.

—Razón de más para que la conteste.

Chema creía estar preparado para mentir tranquilamente, pero llegado el momento vaciló, de modo que después de un leve carraspeo, dejó caer la cara al frente y respondió con un sobresalto teatral:

—En efecto, estoy buscando fotos de María para una revista que tengo en México. Por favor, dígame, ¿tienen ustedes algunas?

—¡Santo Dios! —exclamó la solterona, cubriéndose la boca con el dorso de la mano. Había un asomo de horror en su voz, de cómico horror, y dando un portazo desapareció de su vista.

Chema no se esperaba esa reacción y se arrepintió de haber imaginado que ella podría ser personaje de Proust. «Esta mujer apenas cabría en un folletón de Vargas Vila».

Esa noche tuvo un sueño de espanto. Estaba afuera del despacho del notario de su pueblo (por alguna razón desconocida nunca había podido olvidar aquel cuarto tétrico, que siempre estuvo repleto de cartapacios de suelo a techo). Mlle. Tina vestía una bata de seda transparente que le cubría medio cuerpo. Detrás de una mesa, hundido en un sillón que parecía el trono de la bruja de Blanca Nieves, se encontraba Jean Renoir disfrazado de Casanova. El gatazo persa, viejo y completamente ciego, se erizaba sobre sus patas traseras, parado en un escritorio monumental. Al ver que Chema entraba a la habitación, la solterona empezaba a caminar y le hacía un movimiento de dedos para que la siguiera. Renoir tomaba uno de los cartapacios apilados en una columna, lo sacudía y lo ocultaba bajo el brazo. Un maullido pedregoso los acompañaba mientras pasaban a la salita del cabaret de mala muerte de Pigalle donde finalizábamos nuestras borracheras. Mlle. Tina trepaba de un salto al escenario, se deshacía de la bata y se quedaba solamente con las braguitas, el sostén, el ligero y las medias negras de bailarina del siglo pasado. Les volvía la espalda y mirándose en los espejos del escenario ponía el dedo índice sobre los labios, empezaba a desvestirse diestramente con la mano libre, arrojando cada prenda sobre un jarrón lleno de flores de papel maché. Renoir sacaba una fotografía del cartapacio y se la entregaba a Chema. Era la de un desnudo donde Mlle. Tina se cubría escasamente los senos y el sexo con sus brazos. Con un estremecimiento, Chema pensaba en una gran esponja de mar con la que frotaba su cara: quería borrar su boca torcida, su nariz ganchuda y el destello encontrado de sus ojos bizcos. Pálido y apenas sacudido por un temblor de rodillas, miró de nuevo al frente. La solterona estaba totalmente desnuda, lo veía fijamente y acomodaba su cuerpo y sus gestos a la pose de la foto.

Se despertó sudando a media mañana, flotando en el perfume dulzón que el viento había llevado desde el jardín a través de la ventana abierta. Afuera, el cielo

estaba encapotado y no había más rastro del último sol del otoño. Entonces se dio cuenta de que el invierno había empezado con dos meses de anticipación, y negó el presagio de su sueño.

CINCO

Finalmente una tarde, cuando Chema bajaba de su habitación para ir al Harry's bar, se encontró con Mlle. Tina mirándose con atención imperturbable en el espejo que constituía el único mobiliario del hall de la entrada. No fingió hallarse ahí por casualidad, era demasiado simple para emplear tales ardides. Estaba vestida casi como la primera vez, con la corona de flores en la cabeza, el vestido de seda transparente, el armazón abultándole las caderas, y el gran lazo de terciopelo negro sujetando su cintura.

—Lo estaba esperando —se apresuró a manifestar apenas apareció su inquilino.

Y a continuación, sin darle oportunidad a contestar, le informó que Renoir deseaba verlo, que podía llevarlo enseguida a la sala de proyecciones si disponía de tiempo.

—Me encantaría —dijo vivamente Chema, actuando su sorpresa y recorriendo con mirada temerosa el cuerpo de la solterona—. No creo que se me vuelva a presentar mejor oportunidad para reencontrarme con su tío.

De la misma manera inesperada como se habían iniciado sus entrevistas (dando pie a aquel ritmo frenético de confidencias sin ton ni son), de la misma manera se interrumpieron y por más de tres semanas la casa volvió al silencio, a la indiferencia, al mutismo aplastante de los primeros días. En ese lapso Chema había iniciado, al fin, el ataque a la fortaleza con lirios y rosas, creyendo que en muy poco tiempo sería admitido como un miembro más de la familia, pero para su decepción no logró vencer la resistencia de muerte de la pareja más que en una ocasión, en que la solterona aceptó pasear con él por los cafés de París.

—Quiere hablar con usted... —dijo Mlle. Tina sonriendo, como asombrándose de la temeridad escondida en sus palabras.

Chema intuía que le quedaba poco tiempo, estaba convencido de que solamente con la complicidad de Mlle. Tina conseguiría sus propósitos. Ella misma (seguramente sin querer) se lo había hecho comprender mientras caminaban por las calles iluminadas de Saint Germain des Pres. Fue toda una sorpresa que hubiera aceptado su invitación, ¿pero qué no había sido una sorpresa en la casa de Renoir?

La había encontrado, como ahora, en el hall de la entrada. Se desconcertó. Su mirada, su gesto, su misma tribulación, parecían sugerir que se disponía a romper un encierro de años. Intercambiaron un saludo torpe y formal, incapaz de reanudar la intimidad que ya había surgido entre los dos, y que más bien recordaba la forma brusca y melodramática como se habían despedido, pocas noches antes, en ese mismo lugar. El viento áspero del prematuro invierno se escuchaba tras la puerta de la entrada sin que ninguno de los dos atinara a romper la mutua desconfianza que

aparecía en sus miradas. Repentinamente Chema incurrió en la impertinencia feliz de tomarla del brazo y le sugirió que salieran a pasear.

—Ya que el destino nos puso aquí —le dijo entrelazando sus dedos con los de ella—, vayamos a un café. Hace un poco de frío pero la noche es magnífica.

—¿A un café? —preguntó ella sonrojándose, pero apretando los dedos de Chema.

—Tomemos una copa, un helado, lo que usted quiera. Demos una vuelta por el París de noche. Vayamos hasta a un cabaret, si le apetece.

Su turbación era tan grande que no acertaba a responderle. Como ya había observado Chema anteriormente, a diferencia de las demás mujeres, Mlle. Tina no se mostraba esquiva frente a la cercanía física, ni tendía a alejarse para ocultar su desconcierto, al contrario, se acercaba a uno como si deseara refugiarse en busca de protección. Su actitud suplicante era un ruego perpetuo de amparo y guía.

—Le hará mucho bien —agregó Chema para darle ánimos. Además, está usted vestida como para una celebración.

Llevaba uno de esos vestidos de ninfa que parecían gustarle tanto; suelto, con mangas hasta las muñecas y falda a media pantorrilla, estaba estampado por todos lados con florecitas azules; calzaba unas sandalias de plataforma y sobre los hombros llevaba una especie de mantón de terciopelo negro que remataba en cordones trenzados de seda, que era el último grito de la moda en la época del charleston.

—Está bien —respondió ella como reponiéndose de una gran contrariedad. Sofocada, como a punto de echarse a llorar, la pobre mujer fijó la vista en el suelo y agregó con un hilo de voz—: Vayamos a donde usted quiera, a un café... a un cabaret... donde quiera.

Chema notó, nuevamente, la rara capacidad que tenía Mlle. Tina para transmitir con la voz algo que a sus gestos le era indiferente.

Cuando llegaron al Boulevard Saint Germain, el esplendor del invierno había devastado las hojas de todos los árboles. La admiración de Mlle. Tina fue tan fresca y espontánea como la de un turista recién llegado. Se movía entre la gente como una gacela inválida, como si hubiera olvidado el bullicio de las calles de la Rivera izquierda y la insólita sensación que produce ver a la ruidosa juventud parisina: los tipejos sospechosos y extraños, los jovencitos indefinibles, las muchachas en minifalda con aire adormilado, los actores de banqueta que representan escenas de *Teatro No* o imitan a Marcel Marceau junto al busto cadavérico del abate Mabillon, los enchamarrados en sus motocicletas, o las parejas de enamorados que, en las terrazas de los cafés, parecían flotar en el destello de las luces de neón de los faroles.

—Entremos ahí —dijo Chema señalando el Café de Flore—. Una buena parte de los intelectuales pasan la vida sentados en alguna de esas mesas, discutiendo hasta las tantas el futuro del país. Es muy divertido verlos.

Mlle. Tina entró sin decir palabra, no lograba decidirse a comentar nada y todo lo veía como si le sorprendiera muchísimo. En su eterna mesa junto a la columna cubierta de espejitos, estaba Simone de Beauvoir (con su larga túnica y el turbante

esplendoroso de favorita del harem de Sartre) platicando animadamente con un grupo de mujeres vestidas con desechos hindúes, que a la legua se veía eran partidarias activas del movimiento de liberación femenina.

Para que pudieran disfrutar tanto del interior del café como de la calle, Chema se sentó junto a la esquina ochavada, bajo una de las lámparas *art decó* que siempre le recordaban los diseños de Erté. El escándalo estaba tan propagado que hasta los que hablaban a los gritos parecían murmurar frases al oído de sus parejas.

A juzgar por su mutismo, se hubiera dicho que para Mlle. Tina el barrio era una auténtica revelación, o que en sus salidas nunca había visitado esa calle, que alguna vez fue el centro del movimiento existencialista. Curioso, sin saber como iniciar la conversación, mi querido amigo le preguntó cuánto tiempo había transcurrido desde su último paseo.

—No lo sé... —respondió la solterona con voz temblorosa— algunos años... ¿Cómo podría precisarlo?

Resultaba desconcertante la extrema vaguedad con la que se refería siempre a los años precedentes, como si no acertara a definir la línea que separaba el apogeo de su vida (que ella no había dudado en calificar de brillante), de su decadencia o reclusión.

—Muchísimo tiempo —agregó fijando la vista en la Beauvoir—. Quizá desde que mi tío acondicionó la salita de proyecciones y decidió que era mucho más divertido que nos quedáramos en casa que salir al cine o a pasear.

Por la cara de Mlle. Tina pasó una sonrisa pícara y Chema no pudo ignorar el resto de condescendencia que dejó entrever en el «más divertido» de su frase. Por una locura del corazón se sintió tentado a besarla, pero la distancia invencible que su fealdad había impuesto desde el principio entre los dos, volvió a brotar dejándolo a merced de un rechazo incompatible con sus promesas y propósitos. ¿Por qué disfrutaba tanto provocándola, y por qué, al mismo tiempo, sufría sólo de pensar en acariciarla?

Después de aquella salida, Chema había seguido soñando que ella se desnudaba de mil maneras. Era el mismo sueño de toda su vida, en que ella aparecía, rutilante, al centro de un haz de luz azul, toda azul, azul claro, azul oscuro, azul apagado. Avanzaba lentamente hacia él, que la veía atónito, escuchando su soledad. Siempre estaban en el cabaretucho de mala muerte de Pigalle. A veces ella se paraba en el escenario para iniciar su inacabable *streap-tease*, pero otras, iba a sentarse en sus piernas, y pasando sus descarnadas manos entre sus cabellos y moviendo el vientre sobre su sexo, le tomaba la mano y hacía que desabrochara su liguero, lo obligaba a bajarle los tirantes del sostén, o metía sus dedos entre su pantaleta diciéndole «así, así, despacito mi amor». Murmuraba obscenidades de placer que parecían los versos de una canción en francés que el escaso público de su sueño coreaba con aplausos y silbidos. Aquella criatura, terrible por la deformidad y la enfermedad, le pedía una prueba pública de amor e incitaba al auditorio a que lo animaran para que se la diera. Chema combatía su naturaleza cobarde y se dejaba guiar por las ascuas encendidas

con que Mlle. Tina atizaba su interés, pero todo su cuerpo se rebelaba a un sacrificio que él mismo había propuesto. «¿Para qué quiere una prueba?», le preguntaba con angustia. «Para ayudarlo, deme una prueba para ayudarlo... para ayudarlo...». Y entonces, como siempre, se despertaba sudando a pesar del viento gélido que hacía chirriar su ventana abierta, y el recuerdo del paseo volvía a él, inclemente, con todo el terror y esperanza de cada instante, de cada palabra, de todos los lugares que visitaron.

¿A qué otra cosa podría aferrarse ya, si no era a esa solterona arrebatada y mustia?

Ahí estaba ella nuevamente, dispuesta a seguir con el juego si él era capaz de sobrevivir a los enigmas de sus sueños, aguzar el instinto y decidirse a actuar con prontitud. Volvió a la técnica del arrebató inspirado (que ya había utilizado con tan buenos resultados), la tomó de la mano y la atrajo hacia sí (conocedor del impacto emocional que la cercanía física imponía sobre Mlle. Tina):

—¿Le ha contado usted a su tío nuestro paseo de la otra noche?

—Si lo hubiera hecho no lo habría mandado llamar —repuso la solterona soltándose de las manos de Chema, acezante y trémula. Su voz, como tantas veces, matizaba perfectamente sus sentimientos, mientras sus gestos y su cuerpo se iban por otro lado.

Como si fuera una repetición de la primera vez que entró a la casa, la siguió por el túnel que los llevaba a la sala «Pierre Auguste Renoir», alumbrado por el poderoso reflector a sus espaldas; pasó al lado de la terraza del jardín y entró a la salita de proyecciones. El tenue olor a mariscos podridos seguía presente, como escondido en los rincones. Renoir estaba en el mismo sillón, en la misma actitud, vestido con el mismo disfraz de Casanova, pero con unos lentes engañosos cubriéndole los ojos (como los que se usaban en los años cincuenta para ver las películas en tercera dimensión). Su saludo consistió en volverse hacia Chema para mirarlo retadoramente.

Había algo torvo en el aspecto del director (principalmente por los anteojos verde y rojo), mientras permanecía inmóvil observándolo. El cuarto estaba apenas iluminado por la luz amarilla y vieja de la lamparita para leer. En el gramófono giraba la tornamesa, con la aguja levantada, produciendo un chirrido espaciado, monótono, inútil.

A Chema le bastó con ver el fuego de sus gestos para saber que sospechaba de él, aunque Mlle. Tina no le hubiera dicho nada de su paseo. Su certero instinto no lo había engañado. Lo sabía todo: que estaba en su casa para apoderarse de las fotos, que se había hecho pasar por un mosquito muerta pero era un estafador, más que eso, era un ratero y quería utilizar a la sobrina como anzuelo. «En sus largas horas de silencio y soledad», pensó Chema sin quitar la vista del divino Renoir, «ha elaborado un plan del que esta cita es el primer paso. Quizá quiera echarme de la casa, romper mis ilusiones diciéndome que me olvide de las fotos y la película. O peor aún, quiere darme a entender que si sigo adelante está dispuesto a destruirlo todo». Por un

instante lo estremeció la imagen aciaga de un Renoir fuera de sí, quemando como sardanápalo todos sus tesoros. Imaginó a la casona de su desgracia ardiendo por los metros y metros de celuloide incendiado, y decidió que no le quedaba otra más que hacerse guaje.

Mlle. Tina le acercó una silla y le dijo que ahí estaría más cómodo. Ambos, Renoir y Chema, la vieron con la infinita perplejidad con la que se atiende a los tontos.

Igual que le había pasado la otra noche con Mlle. Tina, este reencuentro estaba cargado de tensión, de angustia, de resentimiento. Tratando de romper el hielo (ya que a él no podía tomarlo de la mano y abrazarlo) Chema le dijo que había extrañado mucho sus entrevistas: su texto iba muy bien, pero le preocupaba que quedara incompleto, o que al final, por tantas interrupciones, se le notaran los saltos. Su vida, la intensa vida que Renoir había llevado transformado por el cine, le parecía tan llena de misterios y recovecos que, como decían en México, lo había dejado picado.

—Aunque en verdad mi vida no merece la pena —comentó Renoir, moviendo el cuerpo antes de encender la etérea luz azul, como si se doliera de todavía estar vivo a su edad—. Claro, que si comparamos otras épocas con lo que vivo hoy, a cualquiera le parecería muy excitante, pero hace mucho que he renunciado al «esplendor» de aquellos días.

Miró a Mlle. Tina con cierto desprecio, haciendo un puchero de mohíno en el rincón de la boca.

Chema la vio como si esperara, de ella, una respuesta airada, y no pudo sino recordar la euforia que el vino le produjera la otra noche en el Café de Flore. Algo todavía de esa inusitada alegría vagaba en su gesto hipócrita. Fue la primera vez que Chema la escuchó reír y lo impresionó vivamente su repentino desparpajo, se hubiera dicho que, al calor del alcohol, el pálido fantasma errante de su juventud había hecho una cabriola en su cuerpo marchito.

—Me va a llevar también a otro sitio, ¿verdad? —le había dicho, coloradísima, sosteniendo la copa casi sobre los labios.

—Donde usted quiera. Ésta es su noche —respondió Chema, animado quizá por el champagne con que la acompañaba.

—Usted dijo que a un cabaret o a un bar. Creo que inclusive me lo prometió.

—Me parece muy bien, nos vamos a divertir mucho.

Salieron a la calle todavía con su copa a medio consumir y brindaron por el bullicio que reinaba en todos lados. Chema saludó a un grupo de escritores con los que se topó en la puerta (eran los mismos que se habían llevado en vilo a Carlos Fuentes la noche que festejamos a Michel Tournier), pero se negó a acompañarlos a la mesa de la de Beauvoir.

—¿Conoce usted a mucha gente en París? —preguntó Mlle. Tina siguiendo con la mirada a los alborotados muchachos hasta que se abrazaron y besaron con las activistas del movimiento de liberación femenina.

—No, a pocos. Viví aquí hace muchos años, pero casi no veo a mis conocidos de aquel tiempo.

Caminaron unas cuantas cuabras hacia el Quartier Latin. Le gente se metía al cinema Saint Germain, platicaba en la terraza del Deux Magots o el Bonaparte, bebía cerveza en la Brasserie Lipp, o revisaba las novedades entre las mesas de la librería de La Hune. A Chema le parecía inconcebible estar paseando con la solterona, que lo vieran (como los jóvenes en la puerta del Café de Flore) y pensarán que enamoraba al esperpento. Pensó en ir al Harry's bar y bajo mi protección intentar seducirla, pero de repente recordó las pesadillas en que Mlle. Tina hacía su *streak* y tuvo la inspiración de gracia de llevarla al cabaret Le Narcisse donde acostumbrábamos finalizar nuestras juergas. Paró un taxi y la subió de un empujón.

—Vamos a un antro que la va a encantar —dijo Chema, acariciándole una rodilla. Mlle. Tina lo tomó del brazo y se recargó en su hombro. Él pudo notar el aroma que despedía su cuerpo entero, un perfume que, no sabría decir por qué, parecía emanar de la seda de su vestido.

—Ya he descubierto qué le pasa a mi tío con usted —comentó ella al cabo de unos minutos, viendo en el Sena la sombra de Notre Dame amistándose con el reflejo de las farolas.

Chema la escuchó asombrado. No hay que insistir demasiado en que volvió a pensar que su acompañante tenía el don de decir lo más inesperado en el momento menos oportuno.

—¿Qué le hace pensar que lo ha descubierto? —preguntó Chema tratando de dar a su voz un tono que igualara la gravedad radiofónica de las palabras de Mlle. Tina.

—No quiere que se vaya. Desea que permanezca en la casa, pero usted lo perturba mucho.

—Supongo que me querrá retener por la renta.

—Desde luego. Como le dije desde el primer día, desea que yo disponga de algún dinero.

—Su tío debe poseer «algún» dinero sin necesidad de contar con el mío.

—Más dinero, quiero decir.

—¿Y cuánto dinero quiere que tenga usted? —volvió a inquirir Chema con todo el optimismo del que era capaz—. Debería fijar una suma para que yo me quede hasta completarla.

—¡Ah, eso no estaría bien! —exclamó la solterona un tanto irritada pero sonriendo. Usted lo maljuza, él podrá ser muchas cosas menos un maleducado, pero va a gastar todos sus ahorros en una nueva película y no le parece dejarme desprotegida. Quiere obtener dinero por otras vías, aunque sería incapaz de hacer lo que usted dice.

—Vamos a suponer que yo tenga mis motivos para poner a disposición de su tío una cierta cantidad.

—Creo saber por qué.

—Me atrevería a asegurarlo, puesto que se lo confesé la otra noche.

Mlle. Tina asintió con la cabeza, mirando fijamente cómo la mano de él se paseaba por uno de sus muslos.

Chema recordó que cuando su madre escuchaba radionovelas repetía los parlamentos de sus personajes favoritos para hablar como ellos cuando la visitaran sus familiares políticos: «Me ofende usted señor mío», «esta pasión me destroza el corazón», «mi marido es mi calvario», «vamos a suponer que tenga mis motivos». Durante su infancia se armaba un gran lío entre ella (su madre) y las actrices que representaban a Anita de Montemar o a La Dama de las Camelias. Cuando las escuchaba hablar en la radio, o veía a su madre atender a su familia, tenía la impresión de que todas eran la misma persona. Ahora él podría fácilmente ser confundido con Albertico Limonta (el protagonista de *El derecho de nacer*). Estaba reencontrando algo de su natal Silao cruzando las calles espléndidas de París y se le alivió el corazón: «Vamos a suponer que tenga mis motivos».

—Y casi me atrevo a confiar en que me ayudará a realizar mis planes —agregó Chema sintiendo que renacían en su cara los gestos que hacía su madre junto al radio Phillips que estaba sobre la mesilla de su recámara.

—Me sería imposible sin engañar a mi tío —se alarmó Mlle. Tina (o solamente su voz), sin apartar la mirada impávida de la mano que Chema movía sobre su pierna.

—¿Qué quiere decir? Yo no he insinuado, ni siquiera con el pensamiento, la posibilidad de engañarlo.

—Sin embargo, él no accedería jamás voluntariamente a sus deseos —respondió la solterona, con la precisión de un discurso aprendido de memoria—. Ya se lo han solicitado antes, le han escrito incluso, le han ofrecido mucho dinero y eso lo exaspera terriblemente.

—Luego, ¿posee efectivamente las fotos? —se apresuró Chema a preguntar, subiendo y bajando sus cejas de Mefistófeles, despreocupado del rumbo de su propia mano, con la vaga esperanza de que ahora la solterona le dijera la verdad.

—¡Oh, sí! Las tiene todas —suspiró Mlle. Tina con una extraña zozobra en la voz, con la respiración repentinamente alterada, como si se diera cuenta que estaba confesando algo que antes había negado.

—¿Inclusive la película?

La pregunta fue como un acicate de locura para la mano que, palpitante, buscaba percibir la piel crispada bajo el vestido de ninfa charlestonesca.

—Sí, sí... la película también —respondió ella gimiendo hasta el fondo de su alma.

—Haría cualquier cosa por apoderarme de ella —agregó Chema, sumándose a la cadena de suspiros de la solterona—. Se lo dije la otra noche... Le daría lo que me pidiera tan sólo porque me dejara ver esa película.

—¿Cualquier cosa?

Entretanto el taxi había ido acercándose a Pigalle y ya estaba estacionado frente a

nuestro cabaretucho. Un rumor ensordecedor brotaba de la calle: música, gritos, silbidos, canciones, se mezclaban en un solo murmullo que se hacía comparsa de la luz cegadora que caía por todos lados. Chema y la solterona bajaron del taxi tomados de la mano. Ella estaba todavía alterada y él temió que le pidiera que volvieran a su casa; pero se reanimó, curiosamente, a la vista de los escaparates que estaban en la entrada del cabaret, justo en el momento que salía una prostituta que les sonrió con un palillo entre los dientes; Mlle. Tina se le quedó viendo azoradísima, y empezó a preguntar, con una torpeza social irredimible, si Chema iba frecuentemente ahí, si conocía a todas esas mujeres, si sabía sus nombres; él contestaba casi automáticamente, pues su atención estaba muy lejos, aquellas palabras pronunciadas por ella hacía unos pocos minutos —«¡oh sí! Las tiene todas... sí, sí... la película también»— seguían flotando en el aire y resonaban aún en su mente. La solterona había tocado la llaga de sus ilusiones haciendo brotar de ellas todas sus fantasías.

Viéndola ahora, ahí sentada cerca de su tío, con su gesto entre aturdido e ingenuo, Chema volvió a sospechar que era muy capaz de haber advertido a Renoir de la voracidad con que él había tomado la confirmación de la existencia de la película. ¿Le estaban tendiendo una trampa? ¿Serían ambos tan avaros para fingir aquel encuentro con el solo propósito de elevar la cotización de la película? Su deseo de hacer productiva su relación le resultaba a Chema tanto más penoso cuanto no correspondía con la imagen ideal que se había formado del divino Renoir. Sin embargo, le era forzoso admitir que, a pesar de todo, debería concederle ciertos atenuantes a su mezquindad. Fue él quien avivó la llama maldita de su avaricia, él quien se mostró dispuesto a pagar lo que fuera, insinuando que era un periodista sofisticado, con los medios suficientes para conseguir lo que le viniera en gana.

—Entiende usted mucho de curiosidades, según tengo entendido —dijo Renoir sin haberlo saludado.

—¿De curiosidades? —preguntó Chema desconcertado.

—O de antigüedades, si lo prefiere —aclaró el director—. De esas viejas chucherías por las cuales paga la gente tanto dinero hoy en día. ¿Conoce los precios?

Chema adivinó lo que iba a suceder. No podía dejar de pensar en el gesto sonámbulo de Mlle. Tina al entrar al cabaret, en su ansiedad y desconcierto, en que Renoir muy bien podía ejercer un poder hipnótico sobre ella y que la pobre había sido incapaz (aunque dijera lo contrario) de ocultarle su plática. Sí, Renoir lo sabía y Chema podía predecir su conducta, pero, no obstante, en vez de ir al grano preguntó ingenuamente:

—¿Desea comprar algo?

—No, quiero vender —contestó Renoir, ajustándose los anteojos de tercera dimensión en la nariz.

Con mano torpe sacó, de una bolsita de gamuza anudada al cinturón de cuero de Casanova, un paquete envuelto en papel cebolla y lo detuvo un momento en la palma de la mano como si lo sopesara.

—¿Cuánto me daría por esto un aficionado? —preguntó entregándole a Chema finalmente el paquete.

Él lo cogió con mano ávida, tratando, empero, de no mostrar la intensidad de su emoción.

—Sólo me separaría de ellas por una buena suma —añadió el anciano director. Su rudeza era algo más que una artimaña para sobrevivir a la vejez o conseguir sustento a la sobrina.

Chema desenvolvió cuidadosamente el papel y se encontró con varias fotos desenfocadas de María. Naturalmente la reconoció a primera ojeada, pero le extrañó que tuvieran unas rayas rojas y azules pintadas alrededor de los objetos y el cuerpo de su diosa. ¿Era debido a una de las tantas tretas de María para escaparse del desnudo? Pero, treta o no, ahí estaba ella, sin ropa, espectacular y grandiosa.

—Sin esto no podrá verlas bien —le dijo Renoir entregándole los anteojos verde y rojo.

Chema se los puso frente a los ojos y su corazón dio un vuelco. María parecía salirse del papel, tan fresca y viva como él la guardaba en su memoria. Algo tenía cada fotografía que le recordaba a la María de sus veinte años desnudándose en el cuarto de las calles de Pedro Moreno: la mirada vaga, la mano en el pubis, la cabeza echada hacia atrás, las caderas redondas, redondísimas, el pelo como cascada crispado sobre los hombros, y la tercera dimensión que parecía producir aquel gemido agudo de placer con que María lo condenó a ser su eterno y frustrado enamorado. Chema fue pasando frente a su mirada atónita todas las fotos: un *close up* como los que le gustaban tanto a Renoir; un detalle de la mano acariciando el sexo; un acercamiento panorámico de los senos, y finalmente el original del que fue tomada la pintura del relicario que le había mostrado Efraín Huerta. La vio, incrédulo, sin poder sostener el maxilar inferior en su lugar.

—Mi sobrino Claude hizo una miniatura de esa foto. Era un homenaje a su abuelo. Sacamos una buena tajada cuando la vendimos.

Chema sintió un estremecimiento glacial. La foto era mucho más explícita que la miniatura que había visto. María estaba frente a un espejo probándose un corset negro; al frente, de espaldas (igual que en uno de los lados del relicario) estaba ella, sus largas piernas y sus nalgas fisgonas, eternas y efímeras, que contaban como en un susurro el cuchicheo de su entrepierna; del otro lado, su reflejo sostenía bajo los senos el corset de seda, o mejor, lo levantaba para mostrar al fotógrafo su pubis negro, tímido y complaciente, suave y receloso. Si Chema alejaba la foto de su mirada, a todo el alcance del brazo, María —de espaldas y de frente, la real y su reflejo— se salía del papel buscando quedarse en su mirada.

—A Claude y a mí nos gustaban las innovaciones técnicas —dijo Renoir observando a Chema—. Ya ni me acuerdo cómo imprimimos estas placas. La tercera dimensión fue un mal chiste, pero nosotros quisimos jugar con él.

—¿Claude también la vio desnuda? —alcanzó a preguntar Chema, sintiendo que

se mareaba.

—A usted no le importa quien la vio o no —respondió Renoir con aspereza—. Solamente quiero que me diga cuánto puedo sacarle a estas bromas. Ya tengo una oferta, pero no estoy seguro de querer desprenderme de ellas.

—¿O sea que ya ha fijado usted un precio?

—He fijado lo menos que admitiría. Lo que se me ocurrió preguntarle fue cuánto sería el máximo que podría obtener. Tal vez en México haya quien quiera comprármelas.

Chema sostenía las fotos sobre su pecho, como alejándolas de Renoir, instintivamente aferrado a ellas. Furioso, el divino Renoir se enderezó y por un momento Chema lo creyó capaz de darle una cachetada ante el temor de perder sus joyas. Lo miró con el mismo rencor de sus pupilas pero inmediatamente se las devolvió.

—Me gustaría mucho adquirirlas —dijo Chema con voz temblorosa—, pero seguramente las habrá tasado usted muy por encima de mis posibilidades.

Renoir volvió a envolver cuidadosamente las fotos en el papel cebolla. Arrebató los anteojos de las manos de Chema y vio por última vez la foto en la que se había inspirado su sobrino Claude para pintar la miniatura del relicario que tenía Efraín. Se volvió hacia Chema, deslizó una vaga sonrisa y un suspiro de desprecio. Nunca vio a nadie tan parecido a la idea que uno tiene de un agiotista del Renacimiento.

—En cualquier caso, espero que no aceptará ninguna oferta sin hacérmelo saber —rogó Chema con la patética diligencia de un tullido—. Recuérdeme como un posible comprador.

—Le exigiría el pago por adelantado —respondió Renoir con amargura.

—Dígame cuánto quiere, ponga usted el precio para todos los objetos que tiene de María y deme unos días para conseguir el dinero.

Renoir se había levantado de su mecedora y buscaba su bastón a ciegas, con los lentes de tercera dimensión puestos sobre los ojos. Parecía que iba a decirle algo, pero no pudo sostenerse en pie y se derrumbó sobre su asiento. Como si temiera haber irritado demasiado a su inquilino dijo a modo de disculpa:

—¡Ah! Ya soy muy viejo... muy viejo.

Un silencio súbito aleteó sobre los dos para que Mlle. Tina (que parecía haber desaparecido de la escena) saliera de las sombras al conjuro del desmayo de su tío. En su rostro se pintaba una sincera expresión de angustia.

—¡Ay, ya no sé qué hacer con él! Tiene caprichos de una imprudencia espantosa. Se fatiga con tanta facilidad y sigue insistiendo en hacer estas ridículas fiestas de disfraces.

—Sé muy bien lo que me propongo —repuso el anciano con crudo cinismo—. No he perdido la cabeza, aunque a ti te gustaría que así fuera.

Una ráfaga de estupor estremeció la mirada de Chema. Se sintió incapaz de calificar la caracterización de sus anfitriones. ¿Un Casanova de sus últimos años,

tosijiento y avejentado, haciendo gala de su celo y terquedad?, ¿una Venus contrahecha, lloriqueante, temerosa de la muerte de su galán?, ¿el mito enrevesado, volando por los aires, ensayando una película que no les correspondía?

—Está muy cansado —se quejó Mlle. Tina—. Probablemente esta noche se sentirá enfermo.

—Te equivocas querida. Me siento mucho mejor en estos momentos de lo que me he sentido en un mes. Después de la fiesta de disfraces podré planear mi nueva película.

Renoir se frotaba las manos, reía pícaramente admirando su disfraz sin concesiones. Había pasado del desvanecimiento a la esperanza, como si el vigor que Chema le había descubierto en la terraza le hubiera vuelto de repente.

—Por el momento he tenido bastante —repuso el anciano jovialmente—. Estoy satisfecho. Voy a descansar a mis habitaciones.

—No olvide la promesa que me hizo —le dijo Chema a manera de despedida.

Su estilo era tan dramáticamente cínico, que su contestación pareció benévola:

—No le he prometido nada, jovencito, pero lo pensaré, no se preocupe.

Hizo una mueca de dolor, tal vez quiso sonreír, y apagó la luz azul. La habitación volvió a sumirse en la penumbra y quedó, como a través de una neblina de tabaco y vaho humano, al amparo de la luz ámbar de la lamparita para leer.

—Lo acompaño, tío —dijo Mlle. Tina con pena.

A Chema le hubiera gustado pedirle que bajara esa noche al jardín, pero sintiendo clavada en él la penetrante mirada del divino Renoir, se abstuvo prudentemente de hacerlo y se limitó a despedirse con una fórmula cortés:

—Ya conozco el camino —dijo con una sonrisa falsa pintada a media cara—, por mí no se preocupen.

Vio a la infeliz pareja retirarse dando pasitos cortos, como si estuvieran saltando la rayuela. Casanova iba apoyado en el brazo de su angustiada Venus, atacado por una tos que retumbaba en su pecho. A su paso iban dejando desaliento, angustias, vanas esperanzas, ira, tristeza, pero las palabras de Renoir seguían suspendidas en la habitación como trapos mojados.

Chema tomó un respiro de calma antes de decidirse a salir de la salita de proyecciones. Volvió sus ojos en todas direcciones tratando de descubrir el lugar donde el director pudiera guardar la película (o las películas). No había (como hubiera habido en una cinta de misterio) ni escondrijos polvorientos, ni baúles cerrados con gruesos candados. Nada, la limpidez cursi de la sala —el sofá, la mecedora, la mesa con el proyector de 16 mm, el viejo gramófono con la tornamesa girando sin sentido, y la gran concha *Art nouveau*— no sugerían tesoros ocultos. Sin embargo su atención quedó prendida en un objeto en el que no había reparado hasta ese momento, pues estaba parcialmente oculto por la pantalla. Era una especie de escritorio de cortina, bastante alto y un poco deteriorado, laqueado en negro piano, de estilo imperio y con complicados ornamentos de bronce. Quizá no estaba ahí la

primera vez que entró a la sala, o quizá no lo vio por la sorpresa que le produjo el disfraz de Renoir. Era muy probable que las imágenes más bellas de María languidieceran tras la frágil cerradura.

Un ruido a sus espaldas lo asustó, y gracias a la temeridad de su propio miedo descubrió una cortina junto al escritorio, que daba a una recámara oscura. Se metió y desde la oscuridad vio que la solterona regresaba, seguramente para buscarlo. Era tarde para salir y confesar que había estado fisgoneando. Mlle. Tina se quedó viendo hacia el mueble negro con tal intensidad que Chema confirmó sus suposiciones. «Una simple tapa de madera», se dijo en silencio, como si fuera el narrador de la radionovela de su vida, «lo separaba en ese momento de la meta de sus esperanzas». Era, por cierto, una esperanza fútil, pues Chema no tenía la menor intención (contradiendo el espíritu del culebrón que inventaba) de violar el gran escritorio negro para apoderarse de «la meta de sus esperanzas».

Segura de que Chema ya no estaba ahí, Mlle. Tina acomodó el sillón reclinable frente a la pantalla; recogió un disco de 78 revoluciones que estaba sobre el sofá y lo puso sobre la tornamesa; colocó en la mesita de proyecciones un ramo de crisantemos (que Chema le había enviado el día anterior); sacó de un bolsillo de su vestido varios palillos de incienso y los encajó en el corazón de cada flor; encendió sin ilusiones uno por uno y vio silenciosamente el humillo de sándalo que esparcía en rededor un perfume dulzarrón que diluyó el acre olor de los rincones. Se retiró rascándose una nalga.

«¿Cómo voy a salir de aquí?», se preguntó José María Sánchez, alias Lucifer, buscando a tientas en la pared hasta que apretó sin querer el encendedor de la luz. Lo que inmediatamente tuvo frente a sí lo dejó perplejo. Estaba en un pasillo semicircular (que seguramente rodeaba a la concha), de unos tres metros de ancho, alfombrado munidamente, de rústicas paredes blancas donde estaban colgados látigos, vibradores, pantaletas, corsetes, succionadores, medias, máscaras, disfraces, sombreros, y flores de seda. Era notable, sobre todo, la colección de vibradores; los había grandes, enormes, diminutos, simples, de doble verga, lisos, con las venas saltadas, con el glande entumecido, de látex, de plástico, de bronce, de vidrio, recubiertos de algodón. En una vitrina había pastillas, cremas, jaleas, palillos de incienso y una enorme variedad de menjurjes hechos con ala de mosca española para estimular el deseo sexual. Todo aquello parecía el repertorio de una de las tantas tiendas pornográficas que abundaban en las callejuelas escondidas de Pigalle. Chema no se atrevía a tocar nada (como si fuera un delincuente y no quisiera dejar el testimonio de sus huellas digitales en ningún lado) pero miraba cautivado cada objeto, por lo que decía, por lo que encerraba de su dueño. ¿Serían éstos los objetos que le habían ganado fama de brujo? Chema lo imaginó, con sombrero de cucurucho y baton con estrellas bordadas, agitando en el aire un vibrador como si fuera su varita mágica; le pareció verlo en un rincón revolviendo en un caldero la pócima de la que sacaba sus elixires de amor. El divino Renoir era un brujo de la pasión, un hechicero

del sexo, el gran mago de la lascivia, la nueva Celestina en cinemascope y technicolor. ¿A cuántas mujeres había embaucado ahí?, ¿cuántas no le habrían rendido su pudor al conjuro de sus poderes porno-mágicos?

¿Y Mlle. Tina?, ¿conocía ese cuarto?, ¿era ella la encargada de asearlo, de sacudir los vibradores?, ¿estaba hechizada por Renoir y a eso se debía su obediencia sumisa?, ¿o era su cómplice y había contribuido con su granito de arena (léase, otra vez, vibradores) para completar aquella colección pasmosa? En cualquier caso, eso explicaba que no se hubiera sorprendido de nada en el cabaretucho de Pigalle, que hubiera visto con tanta atención a las bailarinas que se desnudaban una tras otra, vestidas con botas negras como las que había ahí, con tiranteras iguales a las que estaban en una esquina, azotando un látigo como ese mismo, deshaciéndose de los mismos corsetes, las mismas medias, arrojando las ligas al público, arrancándose del sexo una de esas flores de seda negra que estaban colgadas en la pared. Todo quedaba claro, por eso no quitaba la vista del escenario, y se pegaba a Chema (casi sentada en sus piernas) como si estuvieran solos, abandonados en la última penumbra del mundo. Miraba y miraba, acariciando (ahora ella) su rodilla y su muslo, conteniendo el deseo. Chema había pedido una botella de champagne que reposaba en una cubeta llena de hielos y de la que, a cada rato, Mlle. Tina rellenaba sus copas con una determinación alarmante. Él no sabía qué pensar, aquellas palabras que la solterona había dicho, «¡Oh, sí! Las tiene todas... sí, sí... la película también», seguían siendo su acicate.

Cuando apareció la jovencita que le recordaba a Mlle. Tina, ya se habían bebido botella y media, y le ilusionó el aliento mágico con que en el escenario la chiquilla fue quitándose cada prenda, como si ellos mismos, al verla, desprendieran costras de su deseo, con la pasión exacerbada por el champagne.

Salieron después de dos horas largas. Mlle. Tina estaba totalmente borracha y Chema, mareado, la tenía que cargar para que caminara. Decía incoherencias inentendibles que en su voz de actriz de radionovela adquirían un sonsonete voluptuoso. El deseo que Chema había ido alimentando durante la noche se le revolvió en el pecho como una serpiente. Se subieron a un taxi y la solterona cayó sobre el respaldo ofreciéndole su boca. Él, para que no se resbalara, la cargó por el tórax y notó cómo sus débiles músculos se contraían. Había imaginado que abrazaría a la jovencita del cabaret, pero en ese momento reparó que su acompañante tenía el cuerpo pellejudo y flaco. ¿Qué se había hecho aquella figura que vio tras la ventana?, ¿había sido o no Mlle. Tina quien se vistió frente a él? Un ademán, la vida que lo agarró por el cuello, un grito ahogado en la garganta, la alejó de sí. Ella se echó entonces hacia adelante y se arrodilló en el piso del coche pidiéndole perdón. El chofer (el típico francés de aspecto inconsolable) apenas y los miraba por el espejo. Chema bajó la mirada hacia ella y su rostro desfigurado por las lágrimas, sus mejillas enrojecidas por un inconsecuente deseo de placer, sus enormes ojos chorreados de rímel, sus grandes orejas resaltando sobre el peinado, su ropa en piltrafas, el temblor

de la mano hurgando en la bragueta, sus gimoteos incoherentes y sensuales, le revelaron los estragos de su amor desorbitado. Su desesperación era real, pero también la ira y las palabras que se ahogaban en la tensión de su garganta. Chema se sintió abandonado, extraño, solo, curiosamente a merced del poder de Mlle. Tina. Hubiera querido aventarla fuera del coche, pero en cambio la jaló hacia sí y buscó bajo el escote de su vestido la fantasía, alborotada por la nostalgia, de la jovencita haciendo *streak-tease*. Mlle. Tina dejó de llorar, casi desfallecida, recargándose en su pecho, sin poder contener el aluvión de su voz beoda. «¡Oh, sí! Las tiene todas... sí, sí... la película también», le pareció entender a Chema entre la confusión de sonidos que pastosamente salían de su boca.

Finalmente todo había acabado como la de San Quintín: llegaron a su casa y Mlle. Tina se sintió muy mareada, estuvo a punto de volver el estómago en la puerta y se metió apresuradamente, dejándolo en el hall de la entrada con un palmo de narices. «Necesito una prueba», le pidió; o no, quizá le dijo «Te daré una prueba». Su español era prácticamente inentendible, pero Chema no hizo nada por detenerla y aclarar lo que había querido decir. Tuvo un suspiro de alivio y se sintió un sobreviviente de un desastre que no había alcanzado a conocer.

Se fue a su cuarto pensando que había hecho mal en emborracharla. Su comportamiento no correspondía con la idea que se había hecho de un seductor. Igual que el deseo, la culpa se le enroscó en un rincón del corazón, incapaz de sobrevivir al tormento de aquel amor desatinado. ¡Portarse así con aquella mujer, obligarla a sacar de sí todo su deseo contenido por su fealdad! Se sintió un canalla, el canalla de la radionovela que estaba viviendo: «Un resto de honradez le hizo dejarla ir sin haber abusado de ella», se dijo mientras subía las escaleras y se deshacía el nudo de la corbata. «El malvado se retiró a sus habitaciones sabiendo que la próxima vez sería inclemente con la inocente jovencita cuyo único pecado era ser fea, fea hasta decir basta».

Pero ahora se daba cuenta que había estado equivocado al juzgar con tal ligereza la actitud de la solterona. Si Mlle. Tina conocía ese museo de lo erótico, era imposible que fuera la víctima inocente que siempre supuso. ¿Podría estar equivocado? No, de ninguna manera. Chema se rindió al rigor de la evidencia: si Renoir no se había cuidado de enseñarle las fotos frente a ella, ¿por qué la iba a mantener alejada de ahí? Además, ella hubiera podido entrar en cualquier momento y verlo todo como Chema lo estaba haciendo. Y él que había tenido la desagradable impresión de estar corrompiendo a una mujer decente para que se prestara a sus intrigas.

De repente, su vista topó con una hoja manuscrita enmarcada en dorado. Era una simple hoja de taquigrafía que parecía diploma de graduación colgado al lado de un corset de seda, antiguo, con broches de gancho en vez de botones, encaje transparente bajo el portabustos y un fleco de seda como remate: el mismo corset que María lucía en la foto de tercera dimensión, como probando si le cubriría o no el vello negro de

su pubis. La carta —escrita con letra grande, redonda y cuidada, de trazos finos, como de niña del Sagrado Corazón— estaba probablemente dirigida a Renoir, pero no tenía encabezado ni firma: «¿Qué hace usted en este momento?, ¿descansa de mí?, ¿tiene de nuevo la inflamación de la que me habló ayer? Desde que llegué aquí no hago más que pensar en la nota que usted me hizo llegar antes de que saliera. Pensé que todo había terminado y que no deseaba volver a verme. Sé muy bien lo que le debo y me entristecía dejarlo, pero pensaba que así cumplía sus deseos, aunque según me cuenta, su verga no se ha resignado a mi ausencia y no se ha parado ni una sola vez desde que no nos vemos. ¿Le creeré que tiene nostalgia de mi querido coño?, ¿que quiere chuparlo y meter en él su lengua? ¿Le parece que puedo hacer algún comentario, que siquiera puedo permitir que me lo diga? Ha sido usted muy atrevido, querido, creo que es la primera vez en mi vida que me escriben de ese modo. Debería, no obstante, estar ofendida. Reclamarle con el respeto que le debo, pero reclamarle. ¿Hasta dónde irán las cosas si no? Pero tengo que reconocer que me siento halagada, viniendo de usted, quien me ha enseñado tantas cosas, que me ha hecho sentir confianza en el futuro, no puedo ofenderme, es más...».

La carta no continuaba, era esa sola hoja y ya, y Chema sintió que el nudo de su garganta se apretaba hasta asfixiarlo. Hasta el color verde claro del papel tenía mal aspecto. Era un color falso, descorazonador. La bella letra redonda, de trazos largos, de patines alargados hacia arriba, le pareció monstruosa. ¿Había sido María capaz de escribir aquella carta, esas líneas malvadas, solamente porque Renoir había confiado en sus dotes de actriz como nadie lo había hecho antes?, ¿o ella también había cedido bajo el imperio de los elixires mágicos que el director le había obligado a beber? En todos lados, en cada objeto, en la bella letra de niña del Sagrado Corazón vio señales inequívocas de la pasión de María por Renoir. Ella había estado ahí y también había sido aleccionada por el director, hechizada por sus menurjes, seducida a base de mostrarle esas curiosidades, de provocarla enseñándole ese mundo erótico que el viejo parecía conocer como nadie. Tal vez el pasillo, más que un simple museo, era una suerte de arsenal erótico combinado con sala de trofeos, y Renoir había ido guardando no sólo sus armas de seducción, sino las pruebas de todas esas seducciones: los pañuelos, las medias, los sostenes, las pantaletas de las mujeres con las que se había acostado, sus trofeos de amor. Recordó la sonrisa cínica de Renoir advirtiéndole que era un fetichista inveterado. Una ola de celos, de envidia, de coraje se le subió a la cabeza; se sintió maltratado, engañado; sentía la presencia de María en todas partes como zarpazos de pasión y sexo, y hasta creyó percibir restos del olor al coito que había tenido con Renoir, que su perfume acre le picaba los ojos y le incendiaba la garganta, y encontró la única pista que le faltaba para saber cómo se había filmado la película porno: Renoir había terminado de filmarla ahí, al abrigo de sus fetiches; ahí se había desnudado María sin poder oponer resistencia al maldito director: ¡los últimos *rushes* de la película triple equis eran el trofeo máspreciado del museo del divino Jean Renoir! No pudo contenerse y tomó el corset de seda, primero

para buscar en él una prueba fehaciente de que había sido el que María había usado para que la fotografiaran —una firma en la etiqueta, una dedicatoria en la copa del sostén—, pero después, para simplemente palparlo, olerlo, hundir su cara en él o restregarlo en su pecho. La ausencia de María, al lado de aquella prenda olorosa a cópula, se convirtió en un percance irreal.

La ocasión hace al ladrón y José María Sánchez, alias Lucifer, corrió hacia el fin del pasillo (pues como había presentido, por el otro extremo se salía a la sala «Pierre Auguste Renoir») y se fue a su cuarto con el corset negro apretujado en el pecho, perseguido por el aroma a sándalo que ya inundaba todo el piso de la casona.

Lo despertó la música. Primero fue un rumor leve, lejano, pero poco a poco la canción fue haciéndose más precisa hasta que se convirtió en la voz de un Charles Trenet premonitorio. *Que reste-t-ill de nous amour? Que reste-t-ill de ces beaux jours? A photo, vieille photo de ma jeunesse.* Chema estaba tirado en su cama, aturdido y mareado, con las marcas de los ganchos del corset sobre la cara. No supo cuánto tiempo había estado así, pero el mundo se había vuelto un remanso melódico. Apenas y se acordaba de lo que había pasado, pero el corset, tendido como colcha sobre la almohada, le trajo a la memoria el pequeño museo pornográfico de Renoir y recordó que había ido a refugiarse a su cuarto, como un delincuente, para que nadie le quitara la prenda que alguna vez había usado su María. Había tenido la intención de espiar la fiesta de disfraces de Renoir y su sobrina (y así saber quiénes eran los invitados, lo que hacían, lo que platicaban), pero en algún momento de la tarde se quedó dormido sin darse cuenta. Tenía la sensación de haber bebido mucho o que lo habían narcotizado, de que la cabeza se le iba y el resto de sándalo que traía pegado al cuerpo le hacía caer en un sopor de inconsciencia. De ahí, hasta que el rumor de la música lo despertara, no recordaba nada fuera de las imágenes de un sueño cenagoso. Le pareció recordar que había visto en el suelo, como grabado en la alfombra, un trozo de cara siniestra, con unos ojillos negros y maliciosos cargados de venenoso desprecio, que se ponían y quitaban los anteojos verde y rojo de tercera dimensión. Parecía un letrero de luz de neón que se apagaba y se encendía, se apagaba y se encendía. Quizás había visto el fantasma de María deambulando por el cuarto, etéreo y fantástico, probándose el corset negro y enseñándole la variedad de vibradores que poseía Renoir. En cualquier caso, las imágenes se fueron diluyendo al ritmo de la vieja canción francesa cuyo estribillo le llegaba a lo lejos: *Que reste-t-ill de tout celá? Un petit uillage, un vieux clocher.* Seguramente ya habían llegado los invitados y él estaba perdiendo un tiempo de oro durmiendo la mona.

¿Y si descubrían la ausencia del corset?, ¿si Renoir quería enseñar a sus invitados las pruebas de su donjuanería y notaba el lugar vacío en la pared? Era un imprudente, por un ataque de pasión, por un momento para acariciar la prenda íntima y creer que, al fin, se acercaba a María, había echado todo por la borda. Todas las semanas, las palabras, el coqueteo, la cortesía y el dinero que había invertido en ganarse la confianza de Renoir podrían valer nada. ¡Era un estúpido, un indigno arrebatado!

Después de descubrir el hurto, Renoir lo pondría de patitas en la calle.

Se levantó en un terrible estado de remordimientos tardíos y fue a arreglarse al baño, se cambió de traje y decidió bajar con la esperanza de que la fiesta fuera en otra parte de la casa y él pudiera ingeniársela para entrar a la salita de proyecciones y regresar a su lugar la prenda robada.

Para su fortuna, encontró la puerta del túnel abierta. Caminó a oscuras, con pasos cuidados. Conforme avanzaba podía escuchar mejor la canción de Charles Trenet que se repetía y repetía eternamente. Por un listón de luz que se escapaba por la puerta entreabierta de la sala de proyecciones supo que la fiesta era ahí. Nadie hablaba, tan sólo se escuchaba la melodía y el soso zumbido del proyector. Seguramente estaban viendo una película muda. Chema se acercó pero únicamente alcanzó a ver, sobre la cabeza pelona de Renoir, un extremo iluminado de la pantalla. El aroma a sándalo se mezclaba con el perfume de las flores que el viento traía desde el jardín. Retrocedió dispuesto a aprovechar su buena suerte y regresar el corset a su sitio. Hizo el menor ruido posible, apartó con el pie dos cojines, abrió lentamente la puerta de finos grabados venecianos que escondía el pasillo semicircular, cuidó cada uno de sus pasos tratando de esconder la respiración en el ritmo de la música. Tuvo que detenerse porque la cortina que daba a la sala de proyecciones estaba abierta y lo podían ver cuando cruzara frente a ella. Pensó en tirar el corset y salir corriendo; así, si descubrían que él había estado ahí, podría decir que había tirado el corset en un descuido, pero al ver que no faltaba nada, Renoir tendría que confiar en él. Una sonrisa surcó su cara y se dijo que ya que estaba de vuelta y nadie había notado su presencia, muy bien podría averiguar quiénes eran los invitados a la fiesta de disfraces. Con mucho cuidado, pie a pie, con el batir de su corazón lleno de ansiedad, impaciente, aterrado pero también solemne, como los jugadores profesionales de poker hacen aparecer las cartas ocultas en su mano, Chema fue entrando en el callejón de luz para espiar al interior de la sala de proyecciones. Ante sus ojos apareció Renoir, sentado en su sillón reclinable, con la cabeza vuelta al cielo raso, despatarrado, con el vientre peludo al aire y los calzones de Casanova arrugados en los tobillos. Mlle. Tina estaba hincada frente a él, vestida solamente con la ropa interior de bailarina del siglo pasado, acariciando los prominentes senos de su tío y chupando su gran miembro entumecido. La luz gris que reflejaba la pantalla caía sobre ellos proyectando un remedo de imagen en claroscuros intermitentes. Los acordes de la melodía que flotaban en la salita se hacían arrumacos con el humillo estancado del incienso de sándalo. *Que reste-t-ill des billets doux. Des mois d'avril de rendez-vous. Un souvenir qui me poursuit sans cesse.* Mlle Tina se volvió hacia Chema. Tenía el rostro humedecido, los ojos inyectados de sangre, y por la comisura de los labios le escurrían gotas de semen negro.

Chema soltó el corset, presa de un temblor de fiebre, y salió recogiendo sus pasos por el extremo del pasillo. Antes de alcanzar la puerta, el espejo del hall de la entrada puso su cara frente a él, su cara de siempre, que en ese momento lo miró sorprendida

como si lo viera por primera vez.

Cuando llegó al Harry's bar se había echado diez años encima. Tenía el rostro gris de los insomnes, con un gesto de dolor despiadadamente iluminado por la luz mortecina del invierno anticipado.

SEIS

No volví a ver a Chema después de esa ocasión. Nuestra última entrevista estuvo tan llena de exabruptos que me fue imposible calmarlo. Apenas pude desentrañar, de entre la maraña de sus palabras, lo que en verdad había pasado aquella tarde en casa de Renoir. ¿Estaba perturbado porque el viejo director vejaba a su sobrina?, ¿se había excitado cuando los vio en la sala de proyecciones?, ¿volvió a sentirse engañado, utilizado, por aquella pareja de depravados?, ¿tuvo celos, a fin de cuentas, de que Mlle. Tina se entregara a su tío de una forma que él había rechazado pocos días antes en un auto de alquiler? No lo sé. Pensé preguntárselo otro día que estuviera más calmado, pero no regresó nunca más por el bar y no tuvimos tiempo para nada, ni para aclarar lo que había sentido, ni siquiera para despedimos como era debido.

Alguna vez le pregunté a René Clair si sabía lo que había pasado con él, pero el viejo esquivo prefirió cambiar de plática. Me enseñó algunas cartas de Renoir, algunas fotos de juventud, y se divirtió contándome la verdadera historia de Claude Renoir, y la de los amores de Jean con Catherine Hessling, pero eludió el tema de Chema por completo. Insistí y le dije que Chema había sido mi amigo, que me había contado (podríamos decir que con lujo de detalles) todo lo sucedido en aquel otoño tormentoso.

—En cierta forma —concluí— estoy autorizado a conocer el final.

—Nadie sabe el final de nada —me respondió el zorro, demacrado a causa de la gota que le crecía como cáncer en las piernas.

—Usted debe saber si volvió a México o no, si consiguió ver la película. En fin, qué se yo. Dígame simplemente lo que sabe.

René Clair se me quedó viendo muy sonriente, se tomó el último trago de su cognac, me palmeó una mano, me dijo que tenía una vaga molestia en la cadera, que le dolía un poco la rodilla (lo que probablemente significara que en las próximas horas tendríamos lluvia), y se retiró sosteniéndose del brazo del chofer que había venido a buscarlo.

—El alcohol va a acabar conmigo —fue todo lo que me dijo—, pero es el único placer que me queda. No puedo resignarme a vivir en la austeridad, aunque esta copita que bebo de vez en cuando me cueste la vida.

Por mucho tiempo pensé que Chema se había ido del país decepcionado de todo lo que había padecido en esas semanas, que solamente quería olvidar aquélla, su última aventura parisina, y no volver a pensar en nada ni en nadie que pudiera recordársela. Preferí no ofenderme y confiar que cuando se le pasara el coraje me escribiría, pues después de todo yo era su amigo y acabaría por valorar nuestra amistad por encima de sus frustraciones.

Si venía algún mexicano por el bar le preguntaba si conocía a José María Sánchez, alias Lucifer, de oficio crítico de cine, pero nadie supo darme razón de él. Ni siquiera Carlos Fuentes, durante el tiempo que fue embajador, pudo decirme qué había pasado con Chema.

Alguna vez fui a sentarme al café que estaba frente a la casa de Renoir para espiar si alguien entraba o salía, pero tal como me lo había advertido Chema, la casona parecía estar fuera de París, implantada sobre una extraña callejuela que se iniciaba con una escalera de aire veneciano. Ajena a todo, encerrada en sí misma: pertenecía a su silencio, a su inmutable mudez, se bastaba a sí misma y expulsaba a todos los que estábamos fuera. Nunca me atreví a tocar a la puerta y preguntar por mi amigo, me detenía una suerte de pudor estúpido, una falsa conciencia de la intromisión. Me tuve que conformar con lo que sabía. Ni modo, mi amigo de tantas juergas, de tantas confesiones, se había escapado de mi vida.

Me podría haber conformado con cualquier explicación: que Chema había escapado después de robar la película y estaba prófugo en Tánger con su amigo Paul Bowles; que vivía lamentando su mala suerte en una cárcel de Argel, pues Renoir descubrió el hurto del corset y lo había denunciado a la policía; que Mlle. Tina le propinó cinco cuchilladas y Chema había muerto desangrándose en un hospital; en fin, cualquier final era bueno. Podría decir, incluso, que con el tiempo fui elaborando varios finales y cuando le contaba a algún asiduo de la barra las aventuras de mi amigo Chema, escogía uno de tantos y lo adornaba con nuevos matices.

Así hubiera podido seguir, pero un día René Clair pasó por mí al Harry's bar y me pidió que lo acompañara al recién inaugurado aeropuerto Charles De Gaulle.

—Renoir se vuelve a los Estados Unidos —fue la explicación que me dio—. Quisiera verlo por última vez.

Hubo algo en su tono, en la melancolía de sus gestos, que me hicieron acompañarlo en silencio sin preguntar nada. Simplemente me subí a su limosina y me dejé conducir.

Desde el tercer piso vimos una maraña de túneles de vidrio por los que se transportaban los pasajeros de un lado a otro del aeropuerto. Me llamó la atención, cuando pasamos junto a la boca de uno de esos túneles, una advertencia en varios idiomas: «Cuando pase usted este punto no podrá volverse atrás». Me recordó la «Comedia» del Dante y sentí un escalofrío.

No tuvimos que esperar mucho. Estábamos recargados sobre el barandal de concreto cuando René Clair me señaló a tres personas que habían entrado al túnel de salida.

—Ahí van —me dijo con una rara solemnidad.

Renoir iba adelante, encorvado, con las dos manos firmemente apoyadas en el bastón de hueso. Atrás venía una mujer por cuya flacura reconocí inmediatamente a Mlle. Tina; vestía pantalones vaqueros y una blusa corta que se anudaba bajo los senos; de su rostro solamente pude ver lo que sobresalía de sus monumentales

anteojos oscuros. Un hombre mayor —vestido con un traje de lino color crema, camisa blanca, corbata de moño colorada y sombrero panamá— estaba a su lado cuidando una maleta de cuero negro; era Chema, o al menos eso me pareció a la distancia; si la última vez que nos vimos creí que se había echado diez años encima, en ese momento sentí que toda la vida había pasado por él; era un viejo decrepito del siglo pasado, un anciano de al menos setenta y cinco años.

Como si supiera que íbamos a estar ahí, Renoir se volvió hacia nosotros y con mucha dificultad movió una mano para despedirse de su amigo René Clair. Chema (o ese hombre que tanto se parecía a su vejez) también nos vio. No hizo ningún gesto ni pareció reconocernos. Jaló la maleta como si temiera que alguien fuera a robársela y pasó el brazo por los hombros de Mlle. Tina. Continué viéndolo y aún lo recuerdo así, soberbio y suplicante, inclinado hacia la valija, con los ojos bajos, generando con su sonrisa el apetito suficiente para seguir a Renoir a donde fuera; para ocultar, con su movimiento de cabeza, que sus desgracias pasadas no importaban, que las desgracias sólo sirven para marcar fechas, para separar y hacer inteligibles los principios y finales de las numerosas aventuras en las que se instala nuestra vida.

La escena entera, desde que entraron al túnel hasta que salieron de él, no duró ni un minuto.

—Vámonos —me dijo René Clair—. Esto ha sido todo.

Volvimos más callados, si cabe, que cuando fuimos al aeropuerto. Yo estaba tan sorprendido, tan asustado, que no podía permitirme pedir a René Clair que confirmara mis sospechas. Él se concretaba a verme, impasible, apenado por todos los sentimientos que se agolpaban en mi cara, pero sin, tampoco, atreverse a decir nada. Solamente habló cuando su auto se detuvo frente al Harry's bar y yo ya me había bajado.

—La película sí existía —me dijo con cierta melancolía a través de la ventanilla —, pero no la filmó Renoir. Por alguna razón que no recuerdo, la cinta que Jean rodaba con María se tuvo que interrumpir unas semanas, y a Claude se le ocurrió que tenían una oportunidad de oro para invitar a la estrella a Les Colletes, la villa que los Renoir tenían cerca del mar. Ahí, Mlle. Tina descubrió que María era sonámbula y todas las noches se desvestía frente al espejo. Al principio no dijo nada, la espío a solas, refugiada en la oscuridad del jardín, y, como cualquiera, quedó prendada de su piel. Tres o cuatro días después, sin embargo, invitó a Claude a compartir su secreto. El par de mirones se escondió tras unos matorrales y vio a la diva desprenderse lentamente de su ropa, acariciarse y dar vueltas por su cuarto. Claude, ya se imaginará, quedó hipnotizado, y apenas se dio cuenta de que su novia lo besaba y lo acariciaba utilizando el desnudo de María como anzuelo para una sensualidad que todavía no disfrutaba. El pobre no supo a qué hora, literalmente, le bajaron los pantalones, y se dejó hacer lo que Mlle. Tina quiso. Para ese momento (que seguramente había planeado mientras curioseaba los desnudos de María), la solterona se puso un conjunto de ropa interior negra, que días antes había hurtado del cuarto de

María, y obligó a Claude a descubrir el aroma que esas prendas dejaban en su cuerpo. Prolongaron el juego erótico durante varias noches, dejándose crecer una pasión desorbitada, que los hacía revolcarse en el pasto hasta que el amanecer los sorprendía bramando junto a un seto de gardenias.

No podía escuchar las palabras de René Clair sin pensar en la idea que me había hecho de Mlle. Tina, tratando de acoplar esa nueva imagen con la antigua, la de mi falsa Claudine que, como la de la novela, seguramente terminaba sus aventuras parisinas diciéndose: «Y volvemos a mi cuarto, yo apretadísima a su brazo, que me lleva como si me robara, alados y tontos ambos, como novios de cuplé...». ¿Qué habrá cruzado por la cabeza de la solterona cuando se despedía de su Claude?, ¿sería capaz de calificar, de creer todavía, que su seducción era de cuplé?

—Antes de regresar a París —continuó René, escamoteándome la mirada—, temerosa de perder a Claude, Mlle. Tina lo convenció de que filmaran el espectáculo idílico de María desnudándose en la ventana. Con ese espíritu travieso que fortalece la clandestinidad, se introdujeron a la habitación de la diva aprovechando un largo paseo que ella daba con Jean. Riendo, mientras se manoseaban sobre la cama o revolvían los cajones llenos de ropa íntima, Mlle. Tina y Claude Renoir ocultaron varias luces en todos los rincones, y, después de la cena, esperaron a que el objeto de sus amores empezara su ritual nocturno para encenderlas: desde una ventana la filmaron y fotografiaron hasta hartarse: de cerca, de lejos, con un lente gran angular, con filtros, de arriba y de abajo, en fin, de todas las maneras que se pueda usted imaginar, sin que María se enterara de nada.

René Clair hablaba con dificultad, tropezándose con sus propias confesiones. Se aflojó el cuello de la corbata y me miró avergonzado.

—Poco antes de que la mexicana volviera a México. Mlle. Tina organizó una pequeña fiesta de disfraces, a la que solamente asistieron, ella, Jean, Claude y María. El número fuerte del ágape fue la proyección de la película que su novio había editado cuidadosamente durante las últimas semanas. Habían bebido champagne a rabiar, bailado minuets con sus disfraces de la corte de los Luises, y cantado canciones populares hasta desgañitarse. De repente se apagaron las luces, Mlle. Tina repartió unas velas, y los hizo pasar a una salita, donde, al instante, se inició la proyección. Según parece, la película era una joya. Jean Renoir quedó cautivado, sin poder creer lo que estaba viendo, pero María, que en ninguna de sus películas había alcanzado una interpretación como la que transcurría lentamente en la pantalla, montó en una cólera indescriptible: gritó, manoteó por los aires, quiso cachetear a Mlle. Tina, dio vueltas de bicicleta por toda la sala, y rompió de furia pura un viejo jarrón de porcelana con dibujos originales del viejo Pierre Auguste. Debió enorgullecerse de sí misma, de lo que podía llegar a representar, pero la muy tonta nunca entendió lo que era encarnar un mito: ha sido una leyenda muy a su pesar. Salió corriendo de la casa hecha un desastre por las lágrimas que le chorreaban por todos lados. A los tres Renoir no les quedó más que soltar una carcajada. Se

abrazaron, descorcharon sendas botellas de champagne, volvieron a su película, Mlle. Tina se deshizo de su vestido, les mostró, untado a su cuerpo flaco, el corssette que había hurtado del cuarto de María, y en las narices de sus hombres vació una bolsa con todas las prendas que había ido sustrayendo del guardarropa de la diva chillona. Mientras la película seguía pasando y pasando frente a ellos, mostrando las glorias de María, tuvieron su primera orgía.

Yo me quedé de una pieza. Pensé en el José María de los remotísimos años treinta, viendo esa misma escena en su departamento de Guadalajara, sintiendo, quizás, el hechizo de locura que envolvía a los Renoir.

—Volvieron un rito de aquellas reuniones —agregó René Clair tragando saliva—. Una vez al mes se encontraban en la salita de proyecciones, vestían los disfraces más extravagantes que encontraban, observaban una y otra vez la película... y, claro, bebían y todo lo demás... Nunca invitaron a nadie... La obsesión por María era tal, que retocaban sus fotografías, hacían experimentos en el laboratorio con los negativos, o creaban objetos con su cara, sus ojos, o cualquier parte de su cuerpo... vivían con ella, con sus imágenes, esa vida de sueño de la que Jean Renoir llegó a estar tan orgulloso... Fue Claude, quien al cabo, rompió el hechizo de aquellas francachelas y salió huyendo como lo había hecho muchos años atrás, pero el daño estaba hecho... Jean ya no tenía fuerzas para iniciar un nuevo exilio, se quedó a vivir en París, y lo dejó ir con el rencor atragantado en medio de su incipiente vejez. Fue otro después de que Claude lo abandonó, nunca volvió a ser el humorista que todos conocimos, vivió mirando cómo Mlle. Tina coleccionaba los objetos pornográficos que iba guardando, como trofeos, en una covacha que rodeaba la sala de proyecciones: esos objetos fueron el último acicate del amor pervertido que su sobrina le imponía.

»Yo me encontré con Claude en el sesenta y ocho, cuando vino a filmar *Barbarella*, con Vadim. Nos corrimos una parranda y me contó cómo rodaron el filme y todo lo que sucedió en aquellos años de orgías desmesuradas.

—Entonces usted sabía que la película sí existía —dije, sin ocultar mi perplejidad.

—Solamente quería verla, adueñarme de ella. Lo que me contó Claude picó mi curiosidad como nada lo había hecho antes.

Yo estaba inclinado sobre la ventanilla, sin poder despedirme, esperando la conclusión de toda su inaudita confidencia, o que me diera la versión definitiva de lo que le había pasado a Chema cuando regresó a la casa de Renoir aquella última tarde que lo vi.

—¿Usted le vendió el relicario a Efraín Huerta?, ¿fue una coincidencia que Chema se enterara al mismo tiempo de la existencia de la película? —pregunté tartamudeando—. ¿Era verdad que Renoir necesitaba tanto dinero?

René Clair esbozó una pequeña sonrisa, se dejó caer sobre el respaldo de su auto, y como temiendo haberme irritado concluyó a modo de disculpa:

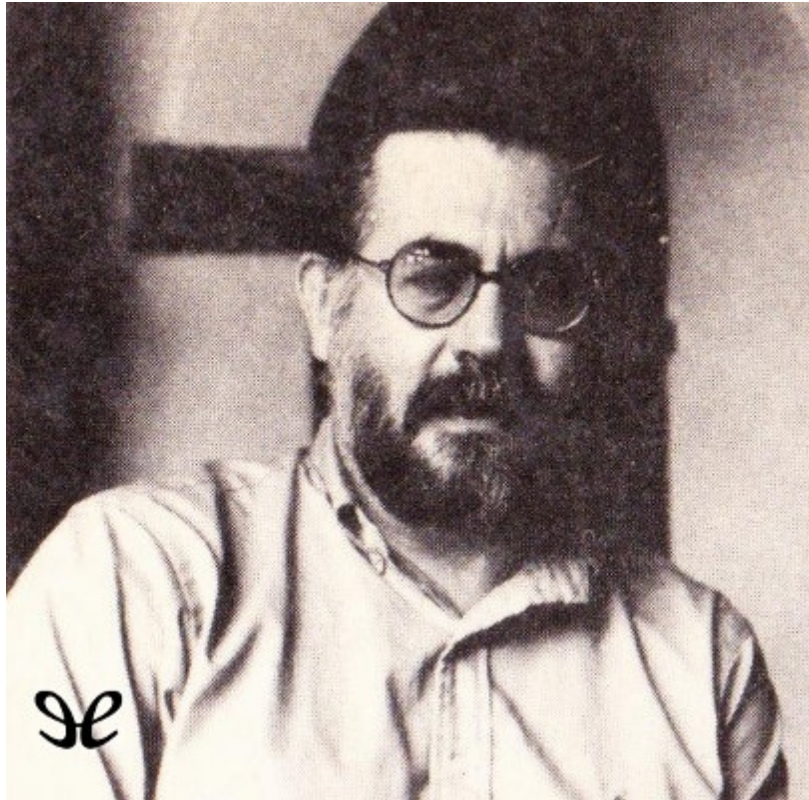
—¡Ay! Ya soy muy viejo... muy viejo.

Y le ordenó a su chofer que lo llevara a su casa. El tenue resplandor de las noches de abril iluminó a la limosina mientras se alejaba lentamente y daba vuelta en la esquina. Yo estaba, con los brazos sin fuerza, hecho un tarugo parado al lado de la puerta del Harry's bar.

Serían las nueve o las diez de la noche, adentro del bar habría unas cuantas personas (mi ayudante platicaba animadamente en la barra con un par de norteamericanos; en la mesa de la esquina estaba el joven Severo Sarduy discutiendo el futuro de la literatura con Leonor Fini, y dos o tres parejas se repartían entre las mesas restantes). No tuve los arrestos para entrar y confiarle a alguno de los presentes mis terrores. No sé por qué, pero empecé a caminar sin rumbo fijo. Simplemente quería alejarme, estar en otro lado, volver a sentir que París era la ciudad amable, llena de promesas, que albergó mis primeros sueños, y decidí que ir a Lapérouse era lo único que podría reconfortarme.

Encontré todo igual, como si el tiempo se hubiera detenido. Solamente las personas eran diferentes, pero el mobiliario, la luz, los espejos, el calor, el ambiente era el mismo de aquella remota noche en que Chema me contara su encuentro con María. Subí al salón Singes (que ahora, tal vez en homenaje a ella, le cambiaron el nombre por el de La Bella Otero), me pareció oír a lo lejos el jazz latino de Django Reinhardt, y pedí que me prepararan la bouillabaisse como Chema me indicara: le dije al chef (que nunca antes había visto) que moliera una rama de hinojo en la *roulle*, que preparara el aceite con clavo molido y canela, que hirviera el pescado y los mariscos en un caldillo de guindilla picada, y que antes de vaciarlos en la sartén los hirviera de una vuelta en aguardiente sazonado con concentrado de pollo. Más tarde, mientras comía sentado a la misma mesa en que mi amigo me narrara su aventura con María, el aliento del destino sopló sobre mí. Pensé en Chema, enloquecido por saber que alguien más había visto desnuda a su diosa, me acordé de la terquedad con la que quiso apoderarse de las fotografías, lo imaginé vagando por las calles de París poseído por los celos, regresando a casa del anciano director para enfrentarlo. ¿Lo habría encontrado viendo la película porno?, ¿lo sorprendió en una segunda *fellatio*, o seguiría todavía en la primera? No pude dejar de pensar en Chema entrando a la salita de proyecciones para descubrir, en la pantalla, a su mito: María se movía en torno a un espejo como una fiera en celo, acariciando cada milímetro de su cuerpo; tan pronto decidía probarse el corset y lo ajustaba a su cuerpo, como, un momento después, decepcionada, lo aventaba a la cama y volvía a acariciar sus senos, ocultaba sus dedos bajo su monte de Venus y veía largamente su imagen reflejada en el espejo. Grises, blancos y negros se sucedían sin transición alguna; ilusión, magia y realismo, todo convivía en María y su entorno, como en un sueño muy definido que se asemejara en todo a la realidad, la realidad que Chema llevaba metida en la cabeza desde los veinte años. María, fabulosa, vagaba por el cuarto acariciándose, o se acostaba en la cama, o volvía de nuevo al espejo, hasta que algo la llamaba, un ruido

mudo, un gato, quizá la presencia de Mlle. Tina y Claude dentro del cuarto, algo que quedaba fuera de la pantalla; corte a un *close up* majestuoso y su cara perfecta, sus cejas arqueadas, sus pómulos de judía disfrazada, el lunar como evidencia de la perfección en medio de su rostro, cada detalle de aquella cara sin mácula conducía a los labios succulentos en los que Chema leía su condena: «A mí nadie, nunca, va a volver a hacerme el amor». Sólo quedaba su imagen congelada, su imagen (como su mismo recuerdo) en blanco y negro, silenciosa e irreal, mientras todo caía en el silencio... Y con ese sabor que deja la canela y la nuez moscada en el paladar, sentí, yo también, que los celos se extendían por todo mi cuerpo y que de mi plato humeante salía una historia tan extravagante como cualquiera de las películas de María: de la bouillabaise, como de la vieja taza de té de tila de Proust, surgió la aventura de mi amigo José María Sánchez, alias Lucifer.



SEALTIEL ALATRISTE (México, D. F., 1949) siempre ha estado vinculado profesionalmente al mundo editorial y dirigió Aguilar, Altea, Taurus y Alfaguara. Fue colaborador asiduo de varias revistas y suplementos culturales. Publicó las novelas *Por vivir en quinto patio*, *Quien sepa de amores*, *En defensa de la envidia* y *La misma historia*. Con *Verdad de amor* obtuvo el Premio internacional Planeta/Joaquín Mortiz, 1994. El 15 de febrero de 2012, cuando ocupaba el cargo de coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y poco después de haberse anunciado que él era el ganador del Premio Xavier Villaurrutia (2011) por *Ensayo sobre la ilusión y Geografía de la ilusión*, renunció a ese cargo y al premio tras una larga lista de acusaciones públicas de plagios literarios y periodísticos.